

*El hombre
que amé
odiar*

REVA NIGHT

El bombero que amé odiar

Reva Night

Derechos de autor

Derechos de autor © 2021 por Reva Night

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción y cualquier similitud con personas, eventos o lugares reales es una coincidencia.

Índice

[Acerca de este libro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

26. [Adelanto de Guerra entre Vecinos](#)

Acerca de este libro

Como el agua y el aceite, así somos Alex y yo.

Ese bombero no puede ser mi héroe.

Cuando llamé a los bomberos, él apareció.

Luciendo demasiado bien.

Actuando demasiado grosero.

Pero ese guapo diablo sigue irrumpiendo en mi vida.

Se niega a dejar de ser el héroe de mis sueños.

El bombero que amé es una novela independiente dentro de una serie conectada, sin final abierto y sin infidelidades. Incluye un final feliz que hará que tu corazón resplandezca.

Capítulo Uno

Raina

—¡Aléjate de ese sinvergüenza!

No.

—¡Apártate de ese bribón!

Definitivamente no.

Tomó su delicada muñeca y la apartó del Duque, provocando que ella se desmayara.

Tal vez. Muevo las piernas otra vez bajo mi escritorio, luego me recuesto para releer las últimas páginas. Estoy tan cerca de terminar este libro, pero sigo desacelerando cuando pienso en el hecho de que no sé qué escribiré para mi próximo libro. La ansiedad me está dando B.E. Es como la disfunción eréctil; no puedes decirlo sin contraerlo. Así que ni siquiera puedo pensar en el rima-con-loqueo del escritor.

He escrito sobre prácticamente todos los períodos históricos para explorar el romance a través de las épocas. Todas las eras excepto la contemporánea. Los hombres modernos no me hacen nada, así que tengo el mejor trabajo.

Mi gato atigrado de tres patas salta sobre mi escritorio y suspiro. —Monroe. Eres el hombre perfecto para mí. —Lo atraigo a mi regazo y él me ronronea. Luego se acurruca contra mí—. ¿Por qué no hay más hombres como tú?

Monroe era un rescate. Lo encontré siendo un gatito en el Bulevar Monroe, y estaba cerca del final de un libro, así que no se me ocurrían más nombres.

Me deja acariciarlo por un minuto más, antes de saltar de mi regazo y alejarse. Todavía hace calor aquí, incluso sin el calentador peludo en mi regazo. Me levanto y me estiro, luego abro la ventana. La brisa entra y cierro los ojos para disfrutarla plenamente.

También, para evitar la vista. Aún no he desempacado, y estoy rodeada de cajas de cartón. Solo han pasado unas semanas, pero las cajas me acosan. Estoy a unos días de simplemente aceptarlas como muebles permanentes.

Me asomo por la ventana y dejo que el viento tire de mi cabello rubio. Me siento como una heroína de la regencia, parada en un balcón, esperando que su futuro esposo regrese de una guerra. No, no de una guerra... esperando que él regrese de romper con su prometida, la mujer con la que sus padres lo presionaron para que se comprometiera. Porque son socios comerciales con los padres de ella. Oh, tengo que anotar eso.

Agarro una nota adhesiva y garabateo todo, luego agrego las notas a mi tablero Kanban. Miro el tablero e inclino la cabeza hacia un lado. ¿Tiene sentido que él tenga una prometida si solo tiene 21 años?

Necesito hacerlo mayor. Pero si lo hago mayor, entonces tengo que hacer mayor a mi personaje femenino principal también, porque ella solo tiene 17 años, y hay demasiadas novelas de la regencia con algún tipo súper viejo con una chica joven, lo cual es simplemente asqueroso. Además, a mis lectores les disgustaría. Tengo los mejores lectores y no los decepcionaré de esa manera.

Camino al otro lado de la habitación para encender el ventilador de techo. Cambia la sensación de la habitación casi instantáneamente. No quería encender el aire acondicionado todavía. Acomodándome en la silla de mi escritorio, trato de despejar mi mente de la próxima historia. Es difícil, no tengo el final de este libro en mente todavía. Pero estoy obsesionada con mi próximo libro.

Como siempre lo hago.

—Mantén la compostura, Raina. —Escribo eso en una nota adhesiva, luego la pego en la esquina de mi monitor. Un poco de motivación siempre es bienvenida. Reajusto mi postura, forzando mis hombros hacia abajo. Luego, tomo un respiro profundo y escribo.

-

No he terminado, pero he avanzado bastante. Otras 3,000 palabras, lo cual es un ritmo alto para mí. Me recuesto y me estiro, mientras reviso el último párrafo. He descubierto cómo reunir a Mary y Frederick. Probablemente.

Doy palmaditas en mi regazo y leo, mientras espero que Monroe aparezca. Si el viaje en carruaje a su fiesta de cumpleaños no es tiempo suficiente para que hablen, tal vez él pueda llevarla a dar un paseo después de la fiesta. Miro alrededor y me doy cuenta de que Monroe no está en mi oficina. Eso es extraño. Normalmente se queda cuando escribo. Le gusta acurrucarse cerca de mis pies debajo del escritorio. ¿Dónde demonios está?

Entonces veo la hora y me quedo boquiabierta. 3:30 de la tarde. La última vez que miré el reloj fue hace cinco horas. Suspiro. Me salté el almuerzo otra vez. Trisha estaría tan decepcionada de mí. Mi mejor amiga siempre está encima de mí para que me cuide mejor.

Me pongo de pie y escucho los crujidos de las articulaciones de anciana en mis pies y rodillas. También he estado saltándome mi yoga matutino. Necesito volver a ello. Creo que mi tapete de yoga debe estar aún guardado en alguna parte. Verlo en mi antigua sala solía ser mi señal visual para usarlo mientras veía la televisión.

Salgo de mi oficina para buscar a Monroe y mi tapete de yoga en la sala, pero ninguno está a la vista. No está en su cama ni en el sofá. Voy al comedor y descubro que tampoco está comiendo las flores del florero en la mesa. ¿A dónde más podría haber ido?

—¿Monroe? ¿Dónde estás, amigo? —En la cocina, sacudo su bolsa de golosinas y espero. Siempre viene corriendo por ellas. Pero esta vez no hay Monroe. Tomo un respiro profundo y purificador, y a pesar de eso, empiezo a entrar en pánico.

Es hora de repasar mis pasos. Sacudo la bolsa de golosinas mientras camino por la casa, volteando cajas, levantando toallas, en cualquier lugar que se me ocurra que podría estar escondido de mí. No está detrás de la cortina de la ducha, ni entre mis almohadas. Cuando llego a mi oficina, me doy cuenta de mi error.

La ventana está abierta.

Corro afuera descalza y lo llamo. Monroe ha sido un gato de interior durante todos los años que lo he tenido. No sabe qué hacer en el mundo exterior. Busco en los arbustos, llamándolo por su nombre.

No puedo comenzar mi vida en Rockville sin mi pequeño hombre. ¿Qué haces cuando tu gato de interior se ha escapado? ¿Engrapando volantes en los árboles y postes de luz? ¿Ir de puerta

en puerta, preguntando a los vecinos si han visto a un gato naranja confundido vagando por las calles?

Entonces, escucho un maullido de pánico arriba. Mis pies se vuelven plomo y miro hacia arriba. Hay un enorme pino en mi patio delantero, con un tronco en el que podría caber y ramas fuera de mi alcance.

Que es, por supuesto, donde Monroe está sentado, gritando y suplicando por mi ayuda.

No tengo una escalera y me siento como la peor madre de gatos del mundo por ello. ¿Debería molestar a mis vecinos? ¿Y si ellos tampoco tienen una escalera? Aparte de eso, no quiero dejarlo solo para ir a preguntar. Oh diablos, voy a ser una de esas estereotípicas señoras locas de los gatos, llamando a los bomberos para rescatar a su bebé, ¿verdad? Saco mi teléfono y los llamo. Es la única solución.

La señora al teléfono contesta rápido. Imagino que no hay mucha acción para ellos en un pueblo tan pequeño. Intento mantener mi voz calmada para que Monroe no se asuste más, pero mientras explico mi situación, hablo más rápido, y mi garganta está tensa. Odio escucharlo tan asustado. Simplemente me rompe el corazón.

La mujer al teléfono dice: —Alguien estará allí pronto. Dale algunas caricias a Monroe de mi parte cuando esté a salvo, ¿de acuerdo, querida?

Sonrío ante sus amables palabras. —Lo haré, gracias —dejo caer el teléfono de vuelta en mi bolsillo y transmito el mensaje—. Monroe, alguien vendrá pronto, ¿de acuerdo, pequeño? Te prometo que estarás bien.

Pero parece que no me cree.

-

Capítulo Dos

Alex

No puedo creerlo.

—¿Qué? —pregunta Ben—. ¿No crees que estén hechos el uno para el otro?

Michael interviene desde la cocina:

—Tío, está casada —agarra sus perritos calientes del microondas y se une a nosotros en la sala.

Ben se burla:

—¿Estamos viendo el mismo programa? Su matrimonio no funciona, y es cuestión de tiempo antes de que aparezca alguien que la aprecie.

—El otro tipo tampoco es el adecuado para ella, tío —lanzo mi pelota de tenis al aire y la atrapo. Mi coordinación mano-ojo está mejorando, pero el ejercicio fue recomendado por mi médico para ayudar desde la conmoción cerebral. Sufrí una fea caída en el último incendio y mi casco me salvó la vida, pero no previenen las conmociones—. Además, él está enamorado de la otra chica, la vecina de al lado.

Ben niega con la cabeza y Michael se ríe. Yo y el resto del equipo nos hemos enganchado a unas repeticiones de un drama adolescente. Empezó como una broma, algo de lo que burlarnos entre llamadas, pero todos nos hemos metido de lleno. De hecho, ayer las cosas se calentaron tanto que el capitán salió de su oficina y apagó la televisión durante una hora. Nos maldijo y dijo:

—Un montón de bomberos sentados, viendo esta basura. ¡Son hombres! ¡Compórtense como tales!

Entonces Tara se aclaró la garganta y se señaló a sí misma.

Él resopló y dijo:

—Lo siento, Tara —luego volvió a su oficina. El capitán todavía no sabía cómo hablar con un equipo mixto; era entrenador de fútbol americano en la escuela secundaria antes de

convertirse en bombero. Pero lo intentaba, lo cual ella apreciaba.

Hoy, sin embargo, lo pillamos viendo el programa desde el pasillo. Cuando Tara lo señaló, él se fue pisando fuerte a su oficina y murmuró:

—Estúpidos adolescentes. Necesitan correr unas vueltas.

—Estoy de acuerdo con Ben en esto, chicos. El chico está enamorado de su profesora y eso nunca funciona —dice Tara—. Y nadie debería casarse a los dieciocho. Eso es una locura.

—¡Gracias! —dice Ben con entusiasmo justo antes de que la radio cobre vida.

—Estación de bomberos, aquí central —siempre dice Terri. Es el protocolo, pero nadie más nos va a llamar por radio, así que pongo los ojos en blanco.

Bridges agarra la radio y dice:

—Adelante, central.

—Tenemos un gato en un árbol en Marina Road —Terri nos da la información pertinente y me quedo helado. Sé lo que viene.

Todo el equipo se gira y me mira. Todos con la misma expresión.

—¿Un gato, eh? —Bridges me sonríe con picardía.

Les lanzo una mirada fulminante a todos. Es mi maldición.

Terri pregunta:

—¿Está Alex por casualidad?

El equipo estalla en risitas. Excepto yo. Bridges dice:

—Afirmativo, Terri.

—¡Que alguien tome una foto para el tablón!

—¡Vete al cuerno, Terri! —grito, esperando que Bridges esté manteniendo el botón presionado para que me oiga.

Bridges se ríe:

—Veré qué puedo hacer, Terri. Cambio.

Le digo:

—Sabes que odio los gatos, tío.

Ben dice:

—¡Pero ellos te adoran!

Lo miro con el ceño fruncido, ganándome más risas en el proceso. Somos un pequeño departamento de bomberos en un pueblo pequeño, lo que significa que muchas de nuestras llamadas son por asuntos menores. Rockville no es conocida por incendios de tres alarmas. Es más conocida por ancianitas que se han caído o gatos en los árboles. Y como solo tenemos una ambulancia y un puñado de policías, nos llaman para todo. Y si es un gato, soy yo a quien hacen rescatarlo.

Siempre he odiado a los gatos. Cuando era más joven, al gato de mi hermana le encantaba dormir sobre mi cabeza, y me arañaba cada mañana cuando se levantaba. No importaba lo que hiciera, Houdini siempre encontraba la manera de entrar en mi habitación y subirse a mi cabeza. Si intentaba acariciarla durante el día, me arañaba la mano. Los gatos son complicados.

Así que siempre he sido más de perros. Los perros son fáciles. Si les gustas, mueven la cola. Si no les gustas, te dejan en paz o gruñen para hacértelo saber. Les tiras una pelota y van a buscarla. Simple.

No como los gatos.

Los llamas y te ignoran. No van a buscar. Si mueven la cola, es porque están a punto de saltar. Todo es en sus términos.

No los entiendo, no me gustan. Pero yo les gusto a ellos. Cada vez que rescato uno, se frotan

contra mí y ronronean fuerte, como si fuera su persona favorita en el mundo. Y me tenso cada vez, porque estoy esperando que me arañen, justo como solía hacer Houdini.

—¿No puede nadie más hacer su trabajo por aquí? —pregunto a la sala.

—Oh, vamos, Alex —se burla Tara. Se pone la mano en la oreja y se mofa—: ¿Qué es eso? ¿El gatito está pidiendo que Alex venga a rescatarla?

Ben se une a ella y se pone la mano en la oreja:

—¡Yo también lo oigo! ¡Miau-lex!

Maúllan mi nombre de un lado a otro y pronto, los demás se unen a ellos en la conversación gatuna. Una sala entera de adultos burlándose de mí con voces de gato. Justo lo que siempre quise.

Molesto, camino hacia la radio y respondo:

—Placa 6308 respondiendo.

—Gracias, Alex —ronronea Terri.

-

Marina Road es una calle bonita. Siempre me había preguntado sobre comprar una casa allí. Está bordeada de pinos y cerca del agua, ya que conduce a la marina. Los árboles son el mayor atractivo para mí, sin embargo. Nunca he sido muy de barcos.

La calle sería un ajuste apretado para el camión de bomberos, así que me subí a una de las camionetas normales para esta llamada. Llevan escaleras altas y otro equipo más pequeño. No hay necesidad de conducir hasta aquí con todo el equipo para un gato en un árbol.

Disminuyo la velocidad para buscar los números de las casas, pero entonces veo a una mujer preocupada en su jardín delantero haciéndome señas. Me detengo junto a ella y en un instante está al lado del camión. Intenta hablar a través de la ventanilla, pero aún la tengo subida. Claramente no está pensando con claridad. Sin embargo, es bonita, así que estoy menos molesto de lo que podría haber estado en otras circunstancias. Pongo el camión en estacionamiento y me bajo, y ella está a mitad de una frase, señalando el árbol en su jardín delantero:

—...y no tengo una escalera ni...

—¿Usted es Raina Groves? —Odio interrumpir a la gente, pero estoy acostumbrado en mi línea de trabajo. Los bomberos necesitamos solo los hechos, no los comentarios.

—Sí.

—¿Y ahí es donde está su gato? —Señalo el pino en su jardín delantero.

Ella asiente nerviosamente.

—Sí.

—Muy bien —agarro la escalera del camión y la llevo hasta el pino.

Ella me sigue de cerca.

—Se supone que no debe estar afuera, es un gato de interior, ¿no sé en qué estaba pensando!

Coloco la escalera y le digo:

—Nunca se sabe con los gatos.

—Abrí la ventana y no pensé en el hecho de que no hay mosquiteros en esta casa antes de comprarla. Debería haberme dado cuenta, pero necesitaba mudarme y no...

—Escucharé su historia mientras subo a rescatar a su gato, ¿de acuerdo? —Las he oído todas.

No me di cuenta de que una plancha de pelo podía incendiar mi casa. Debería haber puesto un temporizador para esa olla, así no habría dejado que se evaporara toda el agua y se quemara. Ojalá hubiera cerrado esa ventana, para que la lluvia no hiciera un charco en las escaleras. La gente tiene accidentes todo el tiempo. Por eso nos llaman.

La causa no es mi preocupación. No soy un inspector de incendios. Me gusta rescatar a las

personas, o en este caso, a los gatos. Entro, me ocupo del problema y me voy. Lo cual es exactamente mi plan con este gato de aspecto extraño. No se parece en absoluto a un gato de interior, no mientras le falta una pata. Parece desaliñado. Y aullando en una rama como si hubiera perdido la cabeza, parece que está a punto de entrar en pánico conmigo.

¿Por qué hacen esto? ¿Es instinto para ellos subir a un árbol del que no pueden bajar? Ese es un instinto estúpido. Alcanzo al gato y me bufa. Genial.

Murmuro:

—Mira, amigo, solo estoy tratando de ayudarte, ¿de acuerdo?

Está temblando, y cuando lo agarro, se tensa. Pero no me araña ni me muerde, así que lo tomaré como algo bueno. Se escabulle bajo mi mano, así que lo agarro por el pescuezo y lo acerco a mí. Efectivamente, está ronroneando un segundo después.

—¿Está bien? —grita Raina debajo de mí.

Le aseguro:

—Está bien —mientras bajo por la escalera.

—Oh, gracias a Dios —dice Raina con voz temblorosa.

No se aleja de la base de la escalera mientras bajo, así que le digo:

—Necesito que se aparte del área de aterrizaje.

—Lo siento mucho —se aleja de un salto, pero solo brevemente. Tan pronto como mis botas tocan tierra, está encima de mí, arrancando a su peluda bestia de mis brazos. Sus grandes ojos verdes están llorosos mientras dice:

—¡Oh, mi pequeño hombre! —Lo abraza fuertemente, lo cual parece gustarle. Luego, se vuelve hacia mí y dice sin aliento—: ¡Muchísimas gracias!

—No hay problema.

—No, en serio —lo acaricia y dice—: No sé qué haría si alguna vez le pasara algo. Parece que le agradas. Nunca le gustan los hombres.

—Supongo que solo tengo suerte.

Raina no me escucha. Está demasiado concentrada en tener a su peludo manojito de alegría de vuelta en sus brazos. Es delgada como un rail, y tengo el impulso de darle un sándwich. Sus rizos rubios están recogidos y controlados en una cola de caballo desordenada. Sin maquillaje, sin sujetador, sin zapatos. Sus enormes ojos verdes parecen lentes de contacto de esmeralda, pero tengo la sospecha de que ese es su color de ojos real. No parece que se esforzaría por fingir nada. Es una belleza natural, aunque un poco demasiado delgada para mi gusto.

No es que importe. Ni mi opinión sobre su cuerpo, ni mi fugaz atracción hacia ella importan en absoluto. Nunca podría estar con una persona amante de los gatos. Aun así, es terriblemente hermosa...

Ella pregunta sin aliento:

—¿Cómo puedo pagárselo?

Quiero decir algo sucio, como si estuviéramos en una película porno. Casi me río ante el pensamiento, pero eso habría sido extraño. Me encojo de hombros y le digo:

—Solo hago mi trabajo.

Ella se pone de puntillas, luego me atrae hacia ella tirando de mi chaqueta y me besa en los labios.

Estoy en shock. He tenido solo otra mujer que reaccionó así, pero la había sacado de un coche en llamas. Es solo un beso rápido, pero aun así. Todo mi cuerpo reacciona a ella mientras la sangre corre por mis venas. No estoy seguro de qué decir o hacer en el momento, excepto dejar que me bese. Cuando me suelta, me enderezo y me aclaro la garganta.

—Bueno, um, de nada.

Se sonroja intensamente, como si estuviera sorprendida de haberlo hecho.

—Él lo es todo para mí —explica.

Asiento lentamente.

—Puedo verlo.

—Yo, um, yo...

—La dejaré volver a su día —vuelvo a subir a mi camión y me alejo de la chica más bonita que he visto en meses. Que es una muy buena besadora. Me recuerdo a mí mismo—: Amante de los gatos. Déjalo ir.

-

Capítulo Tres

Raina

—No voy a dejar pasar esto —le digo a Monroe, mientras aúlla en su transportín—. Trisha te va a examinar, y es definitivo. No tengo ni idea de qué más hiciste ahí fuera, aparte de trepar a un árbol al que no tenías por qué subir. Deja de lloriquear, porque no vas a salir de ese transportín.

Agarro mis llaves, teléfono y bolso de camino a la puerta, agradecida de que tuviera una cita disponible tan rápido después de su escapada de ayer. Salgo marcha atrás y estoy a mitad de camino cuando me doy cuenta de que Monroe ha dejado de aullar. —¿Has decidido ser un buen chico ahora?

No. No lo ha hecho.

Lo he dejado en casa.

Vuelvo corriendo a casa y entro para encontrarlo dormido en su transportín. Susurro: —Oh, realmente eres un buen chico—. Lo llevo con cuidado al coche, aseguro su transportín con el cinturón del asiento del copiloto, y nos vamos de nuevo.

Durante el trayecto, no puedo dejar de pensar en el bombero de ayer. Ni siquiera supe su nombre. Simplemente apareció, ignoró lo que le dije, y sacó a mi gato del árbol. Y luego, lo besé. Es tan impropio de mí. No tengo ni idea de qué me ha pasado. Y ni siquiera quiso charlar o mimar a Monroe. ¿Quién hace eso?

Es un largo viaje hasta la clínica veterinaria de Trisha Nash, pero vale la pena por la atención extra que recibe Monroe. Es la mejor veterinaria que he conocido, y también mi mejor amiga desde el instituto. Al estar en una zona rural, hay un montón de veterinarios de campo, pero incluso si no fuéramos mejores amigas, seguiría llevando a Monroe con ella. La gente viene de lejos para que atienda a sus animales. Además, el viaje me da tiempo para pensar.

Volviendo al bombero. En mi línea de trabajo, no suelo interactuar mucho con hombres. Las novelas románticas suelen estar dirigidas a mujeres, la industria está llena de ellas, y en el pasado, he pasado semanas sin hablar con un hombre. Así que tratar con un tipo callado, casi brusco, fue extraño para mí.

Pero tiene buena constitución para ser un héroe o un villano. Alto, casi un pie y medio más alto que yo, lo que lo pone por encima de los seis pies. Hombros gigantes. Pelo chocolate desaliñado. Ojos oscuros y pensativos que me decían que tenía secretos que compartir. Pómulos altos, mandíbula cuadrada. Nariz fuerte que podría haberse roto una o dos veces. Largas pestañas negras —

Un coche me pita. Me libero de mi ensoñación, saludo en señal de disculpa al conductor detrás de mí, y arranco. *Probablemente piense que estaba enviando mensajes en el semáforo,*

suspiro para mí misma. Solo estaba fantaseando con mi próximo héroe. O villano.

Era algo grosero. No realmente grosero, más bien brusco. No sentí barba cuando lo besé. Manos limpias. Apuesto a que se depila como cualquier otro hombre moderno.

Puaj.

Está bien, quizás no sería un héroe histórico ideal. Me gusta escribir sobre héroes reales, los galantes, los apuestos. Hombres de verdad, con barba de tres días y vello en el pecho. Hombres que tratan a una mujer como un tesoro y me hacen perder la cabeza con gestos románticos salvajes... Quiero decir, hacen perder la cabeza a *mis lectoras* con gestos románticos salvajes. Ya no hacen hombres como los de antes, así que yo los hago como los de antes.

Me doy cuenta de que ya estoy a cuatro edificios de la clínica de Trisha, antes de darme cuenta. Debo haber pasado más tiempo pensando en el bombero de lo que creía. El centro del pueblo es adorable, si es que se le puede llamar centro. Hay un puñado de edificios, incluyendo un Dollar General y un bar. Estaciono el coche en su aparcamiento de tierra, agarro el transportín de Monroe y entramos en su oficina azul.

Cierro la puerta del coche con la cadera y Trisha ya está saliendo a recibirme. Su sonrisa torcida me hace devolverle el gesto. Con su acento sureño, dice: —Raina Groves, como que vivo y respiro, ¡trae aquí a mi gatito de tres patas favorito!

—Trisha Nay-ash —la asalto con mi terrible acento sureño—, bueno, ¿cómo diablos estás?

Se ríe y me arrebató el transportín de Monroe. —¿Tenías que infligirme esa imitación de un acento apropiado?

Me encojo de hombros. —Es mejor que mi acento cockney inglés que intento cuando escribo mis libros.

—Oh, ahórramelo, por favor —mantiene la puerta abierta y entramos, pasando de largo a la chica de recepción—. Así que te mudaste de Mount Pleasant para poder estar a una hora de cualquier lugar importante?

—Me gusta la tranquilidad —digo encogiéndome de hombros.

—Claro —se burla. Una vez en la sala de examen, se pone los guantes y saca a Monroe de su transportín. Mientras le rasca el trasero, dice: —Cuéntame otra vez qué pasó.

Me siento en la encimera y balanceo los pies con un pataleo. —Se escapó por una ventana y trepó a un pino.

—¿Parecía herido ayer?

Niego con la cabeza. —Mayormente solo quería estar extra segura. Parecía estar bien. Molesto con el bombero grosero, pero bien.

—Ojalá tuviera más clientes como tú. Sobreprotectores. Paranoicos. Ya sabes —me mira con un brillo en los ojos—, clientes de *ciudad*.

—Ya te lo dije, me mudé a Rockville por la tranquilidad. No soy una persona de ciudad.

—Vas a extrañar tu Starbucks cualquier día de estos, Raina, te conozco.

Me encojo de hombros. —Tengo una cafetera y honestamente, Trisha, no he dormido tan bien en años. No escucho el tráfico todo el día. Sin aviones. Tengo aire fresco de verdad. Ya ha hecho maravillas por mi creatividad —Le lanzo una bolsa de los premios favoritos de Monroe y ella los atrapa—. Creo que él también está más feliz. Nunca tuvo el impulso de explorar en Mount Pleasant.

—Bueno, los gatos hacen eso a veces, cuando están en un nuevo ambiente. Querrás mantenerlo encerrado por unos meses, ventanas cerradas, ese tipo de cosas. Solo para estar del lado seguro. Y hablando del lado seguro, voy a sacarle algo de sangre —Agarra las herramientas que necesitará para ello—. Parece estar bien, pero me gustaría tener una prueba definitiva.

—¿No tienes otras citas hoy?

—No. La gente del campo normalmente no trae a sus animales por un exceso de precaución. Los traen cuando *tienen* que hacerlo.

Frunzo el ceño. —No soy una persona de ciudad.

—Mm, hmm. Entonces, ¿hubo un bombero?

Parpadeo. —¿Qué?

—Dijiste que había un bombero grosero. ¿Qué pasó?

—Oh, cierto. Fue él quien sacó a Monroe del árbol.

—¿Qué hizo que fuera grosero? —preguntó Trisha.

—Nada en particular. Simplemente fue cortante con todo. Seco. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Estaba bueno?

—¡No! —digo un poco demasiado rápido para mi gusto.

Su ceja arqueada me dice que me ha pillado. —¿Ah, no?

—Era un imbécil. Ni siquiera acarició a Monroe después de bajarlo del árbol.

—¿Eso es todo lo que hizo para ganarse tan terrible reputación?

—No. Parecía que se creía demasiado bueno como para estar haciendo el trabajo insignificante de salvar a mi pequeño.

Trisha sonrío con malicia. —¿Así que era un poco demasiado señor Darcy?

—¡Oh, no te atrevas a mancillar el buen nombre del señor Darcy!

Ella se ríe y yo también. Crecimos viendo las adaptaciones cinematográficas de Orgullo y prejuicio, aunque más exactamente, yo insistía en verlas cuando era mi turno de elegir las películas. Trisha dice: —Raina, él no existe.

—¿El bombero?

—El señor Darcy. Sé que lo estás esperando, pero...

—No empieces otra vez, Trisha —digo con un suspiro.

—Vale. Cuéntame más sobre tu bombero. ¿Era guapo?

Asiento con vacilación. —Alto, moreno y con cuerpo de defensa. Pero demasiado bien afeitado. Demasiado pulcro.

—El señor Darcy siempre iba impecablemente vestido y bien afeitado —me pincha.

Pongo los ojos en blanco. —No era ningún señor Darcy.

—Y tú no eres Elizabeth Bennet, pero todos nos conformamos.

Finjo un grito de protesta. —¡Cómo te atreves!

Se ríe. —Debe de ser terriblemente guapo para que protestes tanto. ¿Cuál es el dicho antiguo sobre eso?

—"La dama protesta demasiado, me parece", y sabes que odio cuando usas mi fijación histórica en mi contra.

—Bueno —extrae la sangre y comienza a guardar sus herramientas—, creo que te gusta y no quieres admitirlo.

Aparto la mirada y confieso: —Lo besé.

—¿QUÉ?

Estoy segura de que mi cara está roja como un tomate. —Fue en el momento, me sentí como una heroína de una de mis novelas, como si me estuviera rescatando a mí y no a Monroe, y lo besé por gratitud, nada más.

Trisha se ríe: —¡Eres una descarada!

—¿Cómo van las cosas por aquí?

Gracias a Dios que lo deja pasar. Su asistente viene a buscar la muestra de sangre momentos

después. Trisha me cuenta todo sobre los problemas del novio de su recepcionista, un cliente que confundió los pezones de su perro con tumores y los cerdos de un tipo raro. Tomo notas mentales de sus giros de frase. Los sureños tienden a usar una fraseología similar al inglés de la Regencia, así que hay un patrón en sus agrupaciones de palabras que es casi poético y muy útil para mi trabajo. Un asistente le entrega una hoja impresa y ella la mira por encima. —Bueno, Monroe está perfectamente bien, según su análisis de sangre.

—Menos mal —le sonrío y él me ignora. Si estuviera preocupada, probablemente saltaría por toda la habitación. Es un chico muy empático.

—¿Quieres ir a comer?

—¿Hay algún sitio por aquí para comer?

Ella pone los ojos en blanco. —No es tan pequeño este lugar. —Después de caminar hasta el restaurante más elegante de la ciudad (que resulta ser el único restaurante del pueblo), nos sentamos fuera en la terraza a comer un sándwich—. Así que, este bombero...

—¿Qué pasa con él?

—¿Nombre?

—No estoy segura. No lo escuché.

Trisha frunce el ceño. —¿Un tipo guapo viene a rescatarte, lo besas y no le preguntas su nombre?

—No fue así. Estaba preocupada por Monroe y todo pasó tan rápido.

—También es más fácil mantenerlos a distancia si no sabes su nombre, ¿verdad?

—¿Por qué te metes conmigo por esto? ¿No tienes una vida amorosa propia?

Se ríe. —Por el momento, solo tengo la tuya para jugar.

—¿No funcionó con el mecánico?

Ella niega con la cabeza. —Tuvimos una diferencia de opinión y no se podía remediar con más citas.

—Eso es extrañamente específico y terriblemente vago. ¿Qué hizo mal?

—Cuando mencioné que estaría encantada de vacunar a su perro gratis, dijo que no cree en las vacunas.

—Oh —reprimó una risa. Sé exactamente cómo se siente con respecto a eso.

—Sí. Nunca iba a funcionar después de eso.

Asiento. —Bueno, espero que encuentres a alguien que crea en la ciencia médica tanto como tú. Tal vez un médico.

Ella se ríe. —No es probable en este pueblo. Pero nunca se sabe. La gente se muda a pueblos pequeños todo el tiempo. —Me mira intensamente.

—¿Otra vez con esto?

Trisha dice: —Eres una chica de ciudad, Raina. Cuando dijiste que te mudabas a Rockville, me quedé totalmente sorprendida. Y me preocupa que lo hayas hecho porque estabas huyendo de tu mala ruptura. Sabes que me preocupo por ti, cariño.

Suspiro. —Lo sé. Eres lo más parecido que tendré nunca a una hermana. Es agradable que alguien se preocupe por mí. —Lo pienso y añado—: A veces. Pero tienes que dejarme manejar mi vida amorosa. O mi falta de ella.

—¿Quieres hablar de Spencer?

—En absoluto. Y él no es la razón por la que me mudé a Rockville. Es solo que, me quedé en Mount Pleasant, esperando que algo bueno llegara a mi vida después de él, y nunca llegó. Así que decidí que necesitaba un cambio completo, un nuevo comienzo. ¿Es eso demasiado raro?

Ella sonrío. —Para nada. De hecho, suena muy saludable. Me alegra oírlo.

—Dios mío, ¿acabas de aprobar algo que hice?

Eso le arranca una risita. —Tal vez. Pero no te acostumbres.

-

Más tarde esa noche, estoy en casa en la cama, pensando en el bombero. Era bastante atractivo, salvando a Monroe como si no fuera gran cosa. *Sus anchos hombros bloquearían el sol si estuviera encima de ti*, reflexiono. Como si yo fuera a tener sexo al aire libre. Aun así, besaba bien, especialmente para alguien que no sabía que iba a ser besado.

Mi mano se desliza entre mis pechos, hacia abajo. Rodeo mi ombligo antes de que mis dedos encuentren un buen lugar. Mi espalda se arquea mientras mis caderas cobran vida. Ha pasado tiempo, y la fantasía del misterioso bombero me excita más de lo que esperaba. Sus mejillas cinceladas sonrojándose mientras lo llevo al clímax. Sus gemidos... Dios, me encanta cuando un hombre es vocal en la cama. Antes de darme cuenta, estoy jadeando y acercándome a lo bueno. Es tan alto, apuesto a que está bien dotado. Pensar en él hinchándose aún más dentro de mí, eso lo logra. Me estremezco y jadeo fuertemente en la oscuridad, completamente sola.

Cuando dejo de temblar, abro un poco la ventana para que entre aire. Hace un calor sofocante en mi habitación ahora. O tal vez soy solo yo.

-

Capítulo Cuatro

Alex

—Cállate, esta es la mejor parte —maldice Tara—. Iré por tu Hot Pocket, tú quédate quieto. — Sale corriendo a la cocina antes de que pueda objetar.

Ben asiente.

—Sí, Alex, solo mira.

Al descubrir que nunca había visto *Prácticamente magia*, Tara insistió en que la viéramos en ese mismo momento. Nunca he sido aficionado a las películas para chicas, pero tenía que admitir que esta era bastante buena.

—Chicos, podríamos haber pausado, oh. ¿Está poseída ahora?

Ben escupe:

—¡Solo mira la maldita película!

—Está bien —me recuesto y suspiro. No es que no esté interesado. Es que mi mente está en otro lugar. Tara entrega el Hot Pocket ardiente y lo dejo en la mesa para que se enfríe. Mientras las hermanas y las tías intentan salvar a Nicole Kidman del fantasma de la masculinidad tóxica, la película casi parece profética. La subtrama de la historia de amor llega a su clímax y, por alguna razón, pienso en Raina Groves.

Es extraño. Normalmente no pienso en una mujer una vez que la veo en su peor momento. Estaba tan nerviosa y alterada por un maldito gato. Pero supongo que es de esperarse. Es su mascota. Tal vez no debería ser tan crítico con su elección de compañía. Dios sabe que mis compañías pasadas son cuestionables.

La película termina y siento la mirada ardiente de Tara sobre mí. Así que le digo:

—Sí, de acuerdo. Fue una buena película.

Ben se ríe.

—¿Buena? Te olvidaste de comer tu Hot Pocket.

Miro donde lo dejé, y la cosa crujiente se ha enfriado por completo.

—Vaya.

Tara sonrío radiante y dice:

—¡Lo sabía! Bien, me toca elegir la siguiente...

Ben interviene y dice:

—Ni hablar, es mi turno.

—Está bien —resopla ella—. Pero nada de dramas policiales. Ya estoy harta de Scorsese.

Él hace un puchero.

—Pero, *Taxi Driver*.

—No.

—¿*Buenos muchachos*?

—Absolutamente no —dice ella con firmeza.

—¿*Pandillas de Nueva York*? Vamos, tienes que darme *Pandillas de Nueva York* —se queja.

—De acuerdo, es una buena película, pero la vimos el mes pasado.

Intervengo:

—Esperen, ¿por qué no puedo elegir yo?

Tara dice:

—Porque tienes un gusto de mierda para las películas. Nos hiciste ver la película de *Trolls*.

—Tiene toda la razón, amigo. No tienes voz en esto.

Los miro a ambos con el ceño fruncido, luego pregunto:

—¿*Duro de matar*?

Inmediatamente sonrén, y Tara dice:

—Creo que está en Netflix.

—Pónganla, voy a calentar esto de nuevo.

Bridges dice:

—Eso es triste, amigo. Voy a pedir una pizza de verdad. —Saca su teléfono y se pone manos a la obra.

—Oye, ¿por qué no intentaste elegir la película?

Él niega con la cabeza.

—No me importa lo que pongan. Estoy fuera de casa durante mi turno, lo que significa que mientras nadie ponga *Frozen* o *Crepúsculo*, soy un tipo feliz.

—¿Ahora los niños mandan en la tele en casa?

Suspira.

—Pensabas que la noche de *Trolls* aquí fue mala. ¿Sabes lo malo que es escuchar nada más que "Let It Go" durante doce horas? ¿Cantada desafinadamente? ¿Con ceceo?

Me río y pregunto:

—¿Por qué no les consigues su propia tele?

—No. No voy a ser ese tipo de padre.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes el tipo, ¿verdad? Los que son más felices cuando sus hijos están encerrados en sus propias habitaciones, tipos desinteresados. No.

—¿Entonces prefieres escuchar a tus hijos cantar *Frozen* durante doce horas?

Asiente.

—Mientras me pintan las uñas de las manos y los pies, y me ponen lazos en el pelo.

—Tío —me acerco para que no se avergüence frente a los demás—, ¿hicieron eso?

—¿Sabes cuando vas al club de striptease y sigues encontrando brillantina en ti mismo tres días después?

—Sí.

—Creo que las strippers usan esmalte de uñas de niña pequeña, porque estuve encontrando

brillantina azul y rosa durante una semana en la ducha. Pensé que me lo había quitado todo, pero maldita sea.

Suelto una carcajada.

—Esas niñas te tienen envuelto alrededor de sus pequeños dedos brillantes, ¿no?

Asiente con orgullo.

—Sin duda alguna.

—¿Te gusta ser padre?

—Es el mejor trabajo del mundo. ¿Por qué preguntas?

Me encojo de hombros.

—Parece mucho trabajo. Y paciencia. No estoy seguro de tener nada de eso.

Bridges pregunta:

—No sabía que estabas saliendo con alguien.

—No lo estoy. Solo estoy pensando en... la vida. Mi hermana tiene una niña pequeña, y está más feliz de lo que la he visto nunca.

—Es tu gemela, ¿verdad?

Asiento.

—A veces me hace preguntarme.

—Eso probablemente sea bueno.

—¿Qué quieres decir?

Me da una mirada pensativa, luego dice:

—Eres difícil de descifrar, Alex. Actúas como si odiaras las películas románticas; actúas como si odiaras los gatos...

—Eso no es actuación.

—Bien, lo que sea. El punto es que disfrutas siendo un gruñón. Nada es nunca exactamente como te gusta. Cuando sales con alguien, eres muy crítico.

—¡No lo soy!

—Sí lo eres, hombre. La última chica de la que me hablaste, Jennifer, ¿verdad?

—Sí.

Sonríe con ironía.

—Dijiste que sus pies eran demasiado grandes.

—Una chica no debería tener pies más grandes que los míos.

—Y la anterior a esa, Samantha. Rompiste con ella porque...?

—Era desordenada.

Me lanza una mirada sarcástica.

—¿Qué? ¡Lo era! ¡Su apartamento era un peligro de incendio! No podía dormir allí.

—Sí, ¿y en la mañana te encontró haciendo qué?

Admito en voz baja:

—Limpiando.

—Tienes algunos problemas de control, amigo.

—No, ella tenía problemas de seguridad.

—¿La anterior a ella?

—Era una fan acérrima de Cher. —Suspiro—. ¿Cuál es tu punto, Bridges?

—Tienes que aprender a, suéltalo —canta.

—No empieces con eso...

—¡Suéltalo! —canta Tara.

Ben hace una mueca y pregunta:

—¿Qué hiciste, Alex?

—No lo sé, pero ojalá pudiera deshacerlo. Voy a irme al catre —sabía que esos dos estarían un buen rato con esa maldita canción, y no podía soportarlo de nuevo. Vivimos en la estación de bomberos, dos semanas de servicio, dos semanas libres. Esto da lugar a conversaciones profundas, pero también nos sacamos de quicio mutuamente. Irse al catre es la señal universal de "necesito algo de paz y tranquilidad".

Pero Bridges señala:

—La pizza llegará en cinco minutos. ¿Quieres que vaya a buscarte cuando llegue?

—Sí, gracias —me dirijo al dormitorio y me subo a mi litera. Por alguna razón, mi mente sigue pensando en mi vida. Normalmente, pienso en la película que acabamos de ver o en algún artículo de noticias que he leído. Pero esta noche no puedo distraerme. Paso las páginas de mi teléfono, esperando encontrar una distracción. Pero lo único en lo que mi mente se detiene son los grandes ojos esmeralda de Raina. Si tuviera algo de privacidad real aquí, el recuerdo de sus ojos sería todo el porno que necesitaría. Pero entonces también tenía que pensar en ese beso...

—¡La pizza está aquí! —grita Bridges desde el pasillo.

—¡Ya voy! —respondo. La pizza es menos complicada que una señora de los gatos. Es tan pequeña, apuesto a que ni siquiera come pizza.

-

Por la mañana, voy al gimnasio de la estación de bomberos, que es una forma grandilocuente de describir un banco, un soporte para pesas y algunas placas. Pero al menos los tenemos. Tara me está haciendo de apoyo.

—¿Cómo le va a Donovan?

Sonríe.

—Está genial. Acaba de conseguir un ascenso. Ahora es Asistente del Gerente.

—Eso es maravilloso.

—Nunca antes habías preguntado por él, Whitmore. ¿Qué pasa?

—¿No puedo preguntar por tu prometido?

—Claro —me mira con sospecha y luego dice—: lo próximo será que me preguntes por nuestros planes de boda.

—Sí, ¿cómo va eso?

—Bien —coge la barra de mis manos y la coloca en el banco. Tara había sido competidora de fitness y era la mujer más fuerte que había conocido—. ¿Qué está pasando? Suéltalo.

—¿Estoy mostrando interés en la vida de mi compañera de trabajo y ahora me interrogan por ello?

—Alex, a veces rozas el estoicismo.

Suspiro.

—Es solo que... ¿alguna vez miras tu vida y piensas: "Bueno, tal vez debería hacer algunos ajustes"?

—¿Y por qué querrías hacer ajustes?

—Veo a todas estas personas emparejadas y parecen más felices que yo.

—Mm, hmm. Sabes que Donovan y yo nos vamos a casar, ¿verdad?

Asiento.

—¿Cuál es tu punto?

—No estoy interesada en ti de esa manera...

Me quedo estupefacto.

—¡No! ¡No, no es eso lo que quería decir en absoluto!

Se ríe con ganas y levanta las manos.

—Vale, vale.

—Para nada, Tara, quiero decir, eres genial, pero no es...

—Lo entiendo, Alex, crees que no soy lo suficientemente joven o guapa para ti...

—¡Eso no es lo que he dicho! —entro en pánico.

Se ríe tan fuerte que le caen lágrimas por las mejillas.

—Dios, eres tan fácil de torturar. Casi no es divertido.

—Para que quede claro, ¿sabes que no estoy interesado en ti, verdad?

—Sí, lo entiendo, Alex.

—Y no es porque no seas joven o guapa, Tara —¿cómo navegar esto sin una queja de Recursos Humanos?—. Eres objetivamente estéticamente equilibrada.

Suelta una carcajada y sigue llorando.

—¡Oh, Dios, eso es terrible!

Resoplo.

—Solo quiero decir...

—Está bien, Alex, te lo juro. No me has ofendido, solo estaba jugando contigo —se limpia las lágrimas y luego pregunta—: ¿De qué se trata todo esto?

No sé cómo decirlo sin meter la pata, así que simplemente lo suelto.

—Quiero ser feliz, como la gente que veo emparejada. ¿Tiene sentido?

Asiente.

—Lo entiendo. Cuando tenía tu edad, sentía algo de envidia de mis amigos casados. Siempre parecían tan felices... pero no lo eran, no todos. De mis amigos, dos de seis están divorciados, y sospecho que otros dos no estarán casados con la misma persona cuando lleguemos a los cuarenta. Las cosas siempre se ven diferentes desde fuera de una relación, Alex. Así que disfruta de estar soltero.

—Pero, pensé que tú y Donovan estabais bien...

—Oh, no quería dar a entender que hablaba de nosotros. Estamos genial. La planificación de la boda es una pesadilla, pero el resto es estupendo —continúa hablando sobre la planificación y la elección de colores para la boda y sabores para el pastel, y aunque me desconecto completamente, siento envidia de su aburrido tema. Quiero estar quejándome de lo mismo. ¿Qué demonios me pasa?

-

Capítulo Cinco

Raina

Me cepillo el pelo por millonésima vez y me miro fijamente en la webcam. Estoy muy nerviosa. Odio hacer estas cosas, pero me encanta conectar con mis lectores. Como escritora, no tenía idea de cuánto hablar en público implica. Tengo la suerte de contar con una editorial y una agente fantástica detrás de mí, así que no tengo que hablar en público tanto como muchos autores independientes.

La transmisión en vivo de preguntas y respuestas de hoy es para promocionar el libro en el que estoy trabajando ahora mismo, y eso es complicado. El truco es dar solo pistas, nada de spoilers. Pero como toda la historia está fresca en mi mente, es difícil no soltar la sopa. Y mis lectores lo saben. Ya he dejado escapar puntos importantes de la trama en sesiones de preguntas y respuestas anteriores, así que intentan hacerme caer con preguntas capciosas. Es divertido para ellos y para mí, y un infierno para mi agente. Pero cuanto más me acerco al territorio de los spoilers, más se venden mis libros, así que a ella no le importa cuando juego con sus preguntas.

Me he puesto maquillaje para la cámara y me he puesto una blusa decente, así que parezco una profesional, pero siempre me siento como si estuviera jugando a disfrazarme como cuando era niña. Solía ponerme los vestidos de mi madre y su maquillaje y fingir ser una presentadora de noticias. Siempre me ha gustado contar historias. Pero no hay tiempo para detenerse en ese pensamiento. La señal de la transmisión en vivo se enciende, mi agente me envía un mensaje para ver si estoy lista, y es hora del espectáculo.

-

Después del programa, al instante me desplomo en mi silla, como si alguien hubiera cortado los hilos de mi marioneta. No me había dado cuenta de que estaba tan tensa para este. Mi calentador de pies peludo no está debajo de mi escritorio. —¿Monroe?

Me pongo de pie y tiro de los pasadores en mi cabello. —¡Oye, amigo, ven aquí! —Camino por el corto pasillo hasta mi sala de estar y no está en ninguna de sus camas para gatos. Ni siquiera está en el condominio para gatos de tres pisos que le compré por ser tan buen chico cuando le sacaron sangre—. ¿Mi hombrecito? —Agarro su bolsa de golosinas de la cocina y la agito. Solo quiero desplomarme en mi sofá con Monroe ronroneando en mi regazo mientras me distraigo con alguna porquería de telerrealidad. ¿Por qué es esto demasiado pedir?

No aparece, y empiezo a preocuparme. Voy a la última cama para gatos en mi dormitorio y está vacía. Entonces mis ojos se enfocan en la ventana.

La ventana medio abierta.

La había entreabierto para que entrara la brisa anoche, pero pensé que era solo una rendija.

No medio abierta. —Monroe me va a dar un maldito ataque al corazón —le digo a nadie porque él no está en casa para escucharme quejarme—. Monroe, dondequiera que estés, ¡tenías un solo trabajo! ¡Uno! Escucharme quejarme y recibir golosinas, y creo que es un trato bastante bueno —mi voz se quiebra mientras entro en pánico y agarro mis llaves. No tengo idea de cuánto tiempo ha estado fuera o dónde podría estar esta vez, así que cierro con llave detrás de mí.

No está en el árbol esta vez. Maldita sea. Una brisa suave sopla, y no me habría dado cuenta, si no hubiera agitado las hojas. Miro a mi alrededor, y un movimiento naranja en mi visión periférica llama mi atención.

Una cola se mueve de lado a lado en la parte superior de la chimenea de mi vecino.

—Oh, ¿me estás tomando el pelo? —le pregunto.

Me ve y comienza a maullar a todo pulmón.

—Entonces, ¿has decidido que necesito conocer a los vecinos? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Maúlla en respuesta.

Camino descalza a través de nuestros céspedes y noto sus elegantes lechos de rosas a ambos lados del camino hacia su puerta principal. Si mi próximo libro va lo suficientemente bien, tendré que hacer algo así para mi casa. O tal vez lavanda. Me encanta el aroma.

Su puerta principal tiene un letrero de madera que dice "¡Primavera!" en una fuente alegre. A la derecha, una bandera estadounidense baila con la brisa. Estas son personas que se preocupan por cómo se ven las cosas. Y aquí estoy yo, con una bonita blusa y shorts de mezclilla cortados con manchas, la cara completamente maquillada y sin zapatos. Profesional arriba, Daisy Duke abajo. Soy un corte de pelo mullet humano.

Suspiro ruidosamente, luego golpeo aún más fuerte. Estoy tan preocupada por Monroe, y no puedo verlo desde ese ángulo; su porche cubierto está bloqueando la vista. Reboto sobre las plantas de mis pies, mientras espero y me preocupo. Finalmente, una mujer mayor rechoncha abre la puerta.

Tiene el pelo gris con un apretado permanente de anciana y lleva un cárdigan rosa brillante. Su vestido de casa es suelto y fluido. —¿Puedo ayudarte?

—¡Hola! Soy su nueva vecina y mi gato está en su techo. Lamento mucho molestarla.

Ella se ríe con todo el cuerpo. —Bueno, esa es una buena manera de presentarse, ¿no es así? Me preguntaba cuándo llegaríamos a conocerte. Soy Lynda Logan, pero la mayoría de la gente me llama Lynn o Lyndy.

—Soy Raina —Mi gato maúlla enojado y le digo—: Ese es Monroe.

—Bueno, ¿por qué no pasas? —Ella mantiene la puerta abierta para mí.

Una parte de mí no quiere entrar. Es un espacio claustrofóbico, lleno de chucherías y baratijas. Cada superficie lisa está cubierta con un pequeño letrero de madera con un dicho ingenioso (?), una figurita o una planta falsa. Sospecho que una adicción a QVC decoró su hogar. Y ninguno de los colores combina. Ni siquiera cerca. Trago saliva y me aganto. *No a todo el mundo le gustan las cosas simples y sencillas*, razono. —Muchas gracias.

El sofá es rosa y está flanqueado por dos sillas amarillas. Están sobre una alfombra turquesa. El papel tapiz es una mezcla de rayas con un patrón floral insertado en cada otra franja, y todo es multicolor, pero ninguno de esos colores es rosa, amarillo o turquesa.

Un enorme centro de entretenimiento se cierne sobre los muebles. Es nuevo, elegante y moderno. Una cosa más que no pertenece aquí, pero de una manera completamente diferente.

La sigo hasta la cocina, que es igualmente cursi, pero esta habitación huele divinamente. Ella se gira y dice: —Toma asiento, te traeré un poco de té helado.

—Oh, en realidad solo estoy aquí para...

—Ya he llamado a los bomberos, querida. Cuando escuché a tu hijo en el techo, supe que no podía bajarlo yo misma, así que realmente lo único que queda por hacer es esperar y tomar té. Siéntate.

Me encojo de hombros y me dejo caer en una de sus sillas cubiertas de plástico. Dios, espero que no sea el bombero misterioso. Ella regresa del refrigerador con dos vasos y una jarra. Lynn sirve el té, luego pone posavasos de corcho para los vasos. Es un té helado sureño muy dulce. — Oh, está bueno.

—Gracias. A mi marido le gustaba extra dulce.

—¿Tiempo pasado? —Hago una mueca.

Ella asiente.

—Lo siento mucho por tu pérdida.

Lynn sonríe y dice:

—Lo siento, querida, no lo dije con esa intención. Ha reducido su consumo de azúcar este año, así que ahora solo toma un vaso al día, en lugar de una jarra. Jimmy está perfectamente bien.

—¡Oh! —Me río y me sonrojo—. Bueno, me alegro.

—Entonces, ¿tu gato suele ser problemático?

—No, normalmente no. Es un gato de interior la mayoría de los días. Pero se está adaptando a su nuevo entorno y está siendo un poco difícil al respecto.

Ella sonríe y asiente.

—Los animalitos pueden ser una bendición y un dolor de cabeza.

Oímos una puerta en el otro extremo de la casa y aparece un hombre mayor. Alto y delgado, vestido con tonos marrones y cuadros, es el opuesto físico de Lynn.

—Bueno, ya es suficiente por hoy. Oh, ¿tenemos visita?

Ella dice:

—Esta es Raina. Se mudó a la casa de los Miltenberger. Raina, este es Jimmy.

Él me estrecha la mano y sonríe tan ampliamente que sus ojos azules se arrugan.

—Encantado de conocerte, señorita.

—Igualmente —le devuelvo la sonrisa. Hay algo en él que me hace sentir cómoda al instante.

Lynn pregunta:

—¿Qué estuviste haciendo en la oficina todo el día?

—Investigando sobre rosas.

—Jimmy, has estado cultivando rosas durante más de cuarenta años. ¿Qué más necesitas saber sobre ellas?

Él resopla y se sirve un vaso de té.

—Son plantas complicadas, Lyndy.

Ella se acerca y dice:

—Él cree que no sé que mira chicas desnudas en la computadora, pero lo sé.

Me río y él dice:

—¡No vayas a asustar a la chica! No soy uno de esos pervertidos.

Ella pone los ojos en blanco y dice:

—No olvides que fui yo quien encontré esas fotos de desnudos que trajiste de Vietnam.

—Eso es material conmemorativo del ejército.

Ambas nos reímos y él nos sonríe. Lynn dice:

—Estoy segura de que nuestro hijo volverá con todo tipo de recuerdos cuando regrese de su

servicio en Afganistán. Todos los chicos lo hacen. No es gran cosa, Jimmy.

—¿Está desplegado? —pregunto.

Asienten. Él dice:

—Nuestro chico es un excelente soldado.

—¿No estarás soltera, verdad? —pregunta Lynn.

—Lo estoy, pero...

—¿Ese es tu gato en nuestra chimenea? —interrumpe Jimmy.

Asiento.

—Ese es Monroe.

—¿Por qué no te quedas a cenar? Hice cazuela de pollo con brócoli, la favorita de Jimmy.

Sonrío.

—Es muy amable de su parte, pero cuando lleguen los bomberos, tendré que llevar a Monroe a casa y...

—Los bomberos también pueden comer, siempre cocino de más para que nos queden sobras.

Tengo la sospecha de que no hay forma de decirle que no.

—Suená genial —digo con un suspiro.

Jimmy mira por la ventana y dice:

—Los bomberos están aquí.

Por favor, que no sea el bombero que besé. Y sobre el que me masturbé.

-

Capítulo Seis

Alex

Resoplo mientras bajo por Marina Road. Por un lado, estoy harto de los rescates de gatos. Por otro, no quiero lidiar con Raina y la extraña atracción que siento por ella. ¿Acaso los gatos esperan a que esté de turno? Nunca oigo que nadie más atienda estas llamadas. Soy el afortunado.

Suspiro sonoramente cuando aparco cerca de la casa de Raina. Tan pronto como apago el motor, escucho los maullidos de su gato. Levanto la mirada y ahí está la bola de pelo naranja de tres patas en la chimenea del vecino. Ese pequeñajo no tiene instinto de supervivencia.

Me recuesto en el reposacabezas por un momento y ordeno mis pensamientos. Ruego que no me acose como la última vez. Me saca de quicio cuando la gente se amontona al pie de mi escalera. Es el equivalente a mi escritorio. Necesitan apartarse. Pero ahí estaba ella, luciendo preocupada y sexy y en mi camino.

¿Sexy?

No, quiero decir, irritante. Suena parecido. Probablemente por eso pensé sexy. No puede ser sexy. Es puro problema. En fin.

Tan pronto como cierro la puerta del camión, la puerta principal se abre. Una mujer mayor sale con un vaso de té helado. Es bajita y rechoncha y tiene una gran sonrisa. —¡Vaya, hola!

—¡Hola, señora! —Bajo la puerta trasera y saco la escalera.

El gato grita, supongo que a mí. La bola de pelo debe reconocerme como el tipo que lo ayudó la última vez. Si sigo salvándolo, tendré un nuevo amigo peludo. Genial.

La anciana dice: —Es un llorón ruidoso, ¿verdad?

—Sí, señora. Pertenece a la vecina, ¿cierto?

Justo entonces, Raina sale por la puerta principal. —Oh, eres tú otra vez.

—Soy el chico de los gatos en la estación. —La miro y se ve tan diferente. Y extrañamente desaparejada. Su cabello y maquillaje están perfectos, lleva una blusa bonita, pero los shorts de mezclilla y los pies descalzos la hacen parecer como si estuviera en medio de arreglarse cuando esto sucedió.

—¿Tú eres el chico de los gatos? —está sorprendida por la noticia.

Me pregunto qué tan obvio es que no me gustan los gatos. —Sí, así que, um, empezaré. — Me dirijo al otro lado de la casa y ella me sigue. Genial.

Apoyo la escalera, y ella comienza: —¿Crees que estará bien? Este es un viaje mucho más alto por la escalera. ¿No deberías tener un camión con canastilla o algo así?

Le lanzo una mirada que la silencia. —No es mi primera vez, señorita Groves.

Ella me mira fijamente, luego lee mi nombre en mi chaqueta. —Señor Whitmore, él lo es todo para mí...

—Entonces tal vez no debería dejarlo salir tanto.

—¡Yo no dejé salir a Monroe! ¡Se escapó! —Parece ofendida.

—Volveré enseguida. —Mientras subo la escalera, Monroe me mira fijamente desde el borde. Estoy bastante seguro de que sabe que hice enojar a su mamá. Murmuro: —Lo que sea, Monroe, solo quiero bajarte con ella. —La casa estilo rancho no es muy alta, así que solo me toma un minuto llegar hasta él. Pero entonces casi salta a mis brazos y ronronea. —Sabía que no estabas enojado conmigo. —Bajo y él hace la misma maniobra saltando a los brazos de Raina, desequilibrándome. Tengo que cambiar mi peso rápidamente o me caeré. Ella extiende la mano para estabilizar la escalera, pero le espeto: —¡Lo tengo!

—Perdón, cielos —murmura ella.

Una vez en el suelo, la miro a los ojos. Está enojada porque le grité, y el dolor suaviza su frialdad distante que vi antes. La hace parecer... extrañamente más humana. Sus labios se mueven, como si quisiera decir algo, y noto lo carnosos y llenos que son. Maldición, es hermosa. —No quise decir nada con eso. Estaba a punto de caerme por culpa de tu gato y me sobresalté.

—¿Esa es tu idea de una disculpa?

—No tengo nada por qué disculparme. Si alguien debe hacerlo, eres tú, por dejar suelto a tu gato.

Ella me fulmina con la mirada, pero la anciana dice: —Bueno, gracias por rescatar al señor Monroe. ¿Le gustaría un poco de té helado o algo de cenar? Tengo botellas de agua en el refrigerador, bien frías, si necesita irse.

—No, gracias, señora, voy de regreso a la estación y tengo todo lo que necesito allí —digo mientras cargo la escalera.

—Gracias de nuevo por toda su ayuda —dice ella, dando un suave codazo a Raina.

—Sí. Gracias por el consejo sobre cómo cuidar a mi mascota, también —dice amargamente mientras me lanza dagas con los ojos.

—Ajá. Cuídense —digo mientras subo al camión. Mientras retrocedo, noto la postura de Raina. Furiosa y hermosa, el viento agitando sus rizos rubios sueltos alrededor de su rostro. Antes de irme, robo una última mirada en su dirección.

Nunca podría funcionar con alguien como ella.

Pero no soy un quitter.

-

—¿Alguna vez has conocido a alguien que detestaste instantáneamente, y se convirtió en algo más? —le pregunto a Bridges mientras lo aseguro en el banco. No sé por qué me pidió que lo asegurara. Podría levantar mi peso en el press de banca. Sospecho que tiene algo en mente, pero hago mi pregunta primero.

—No puedo decir que sí. Generalmente acierto con mis primeras impresiones de alguien.

—Hmm —suspiro.

—Estás buscando cambiar a alguien. ¿Quién?

—No quiero hablar de eso todavía. ¿Estás bien?

Él asiente. —Estoy genial. La familia también está bien. Solo me preguntaba por ti, hombre.

—¿Qué pasa conmigo?

—El otro día, cuando estabas haciendo todas esas preguntas sobre la familia y todo eso, no era hipotético, ¿verdad?

No sé cómo evitar hablar de ello con él. Con 1,96 metros y 113 kilos, Bridges me hace sentir pequeño, lo cual es decir mucho. Midiendo 1,88 metros, estoy acostumbrado a ser el tipo más grande de la habitación. O lo estaba, hasta que llegué al Departamento de Bomberos de Rockville. Su lado paternal me hace querer contarle todo. Lo hace demasiado fácil de hablar. —Supongo que ha estado en mi mente últimamente. Raro, ¿no?

—Así que, ¿has conocido a alguien que te odiaba al principio y ahora estás pensando en formar una familia? ¿Con ella?

Me río. —Eso es una locura. No, yo solo, um, no. No es así. Diablos, ni siquiera la he besado.

—¿Solo has salvado a su gato dos veces?

Siento que mi cara se calienta y aparto la mirada. —No sé de qué estás hablando, hombre.

Él se ríe a carcajadas y dice: —Bueno, si te conviertes en padre, mi primer consejo es que te vuelvas un mentiroso mucho mejor. Nadie va a creer que esos regalos son de Santa, si mientes tan mal. Los niños saben cuándo estás mintiendo.

Lo miro con el ceño fruncido. —Mira, nunca va a pasar nada con ella. Estoy pensando en otras mujeres.

—Ah. Vale. —Su boca dice que me cree, pero sus ojos cuentan una historia diferente.

Sacudo la cabeza. —Está bien, de acuerdo. Creo que me gusta un poco.

—¡Por fin! —Me da una palmada en la espalda y se ríe—. ¿Qué tiene de malo que te guste?

Me encojo de hombros. —Es una amante de los gatos.

—Tú eres un amante de los perros. Nadie es perfecto.

—Es delgada.

—A ti te gusta cocinar.

—Me odia.

Se ríe. —Eso es solo pasión, tío. Puedes trabajar con eso.

—Supongo.

—Además, ella no te odia.

—No, me odia absolutamente. Lo vi en su cara hoy.

Bridges sacude la cabeza. —No te conoce lo suficiente como para odiarte, Alex. El odio, el odio de verdad, viene de conocer bien a alguien y despreciar cada parte de ellos. Esto es solo un desagrado, y los desagradados pueden cambiar.

—Quizás.

—¿Sabes qué no cambia?

—¿Qué? —me pregunto.

—Que necesitas dejar de dar largas y subir al banco.

Me río y él limpia el banco, mientras yo descargo la barra para mi serie. No pretendo levantar lo que él podría. Nadie en la estación es tan tonto como para hacer eso. —¿Realmente crees que puedo cambiar su opinión sobre mí?

—Pasa todo el tiempo. Salvaste a su gato. ¿Por qué no le gustas en primer lugar?

—Es extraño. Como que nos conocimos, y yo estaba pre-molesto por todo el asunto del gato, ya sabes cómo soy, así que no tenía ganas de hablar de la situación cuando llegué allí. Y ella

parecía molesta por mi silencio. Pensé que si me quedaba callado, no podría hacer ningún comentario sarcástico sobre los gatos, así que pensé que estaba haciendo bien. Y ella me besó.

—¿Síndrome de Nightingale?

Me encojo de hombros. —¿Cuenta como Nightingale si no la rescatas a ella, sino a su gato?

Bridges lo piensa por un momento. —Sabes, no estoy seguro. Pero por el bien del argumento, digamos que sí.

—Así que, ya ves, no le gusto.

—¿Qué pasó hoy?

Le explico toda la historia. —...y la escalera se tambaleó...

Se estremece. —Odio cuando eso pasa.

—Todos lo odiamos. Y ella trató de alcanzarla, intentó ayudar, pero le grité. A partir de ahí, se molestó por todo lo demás que dije. Como si el beso nunca hubiera ocurrido.

—Suenas complicada.

Asiento. —La busqué. Nunca adivinarás lo que escribe.

—¿Libros infantiles?

—Novelas románticas victorianas.

Se ríe. —Oh, joder, tío, va a ser un problema.

Capítulo Siete

Raina

Por segundo domingo consecutivo, me han invitado a cenar con los Logan.

Lynn (a quien sigo a punto de llamar señora Logan, pero me gritó) continúa trayéndome cazuelas, con el pretexto de asegurarse de que estoy comiendo lo suficiente. A decir verdad, creo que simplemente está feliz de tener a alguien más para quien cocinar.

Metó a Monroe bajo mi brazo, y él protesta con un gorjeo. —Sabes que vas a la casa de los Logan, pequeño, y allí te dan sobras de la mesa, así que cállate con todo eso.

Camino hasta allí descalza y encuentro al esposo de Lynn mirando sus rosales. —Hola, señor Jimmy —Es lo más formal que me permite.

Él sonríe y dice: —Señorita Raina, ¿cómo está? Y señor Monroe, buenos días, buen señor. La puerta está abierta, pase.

Evito mirar las paredes y la cacofonía visual, luego dejo a Monroe en el suelo. Él sale disparado hacia el objeto de su deseo: el cactus falso. Ha hecho un juego de tratar de destruirlo y falla cada vez, así que a Lynn no le importa.

La encuentro en la cocina. Todavía lleva puesta su ropa de iglesia, pero cubierta con un delantal. Tiene las mangas arremangadas hasta los codos y está trabajando en un gran tazón humeante. —Ven, ayuda a esta vieja —Me lavo las manos primero y luego me uno a ella. Resulta que el tazón está lleno de patatas hervidas y mantequilla. Ha estado trabajando con un machacador—. Necesito que te encargues de esto para que pueda revisar el pollo en el horno.

—Sí, señora —empiezo a trabajar las patatas—. ¿No está friendo el pollo? —No estoy decepcionada. Solo muy sorprendida.

—El colesterol de Jimmy salió alto. Pueden ser cuarenta años de pollo frito los domingos, o simplemente una prueba mala. De cualquier manera, estoy asando el pollo.

Pregunto con sarcasmo: —¿Cree que su colesterol mejorará con toda la mantequilla en las patatas?

—Por eso estoy asando el pollo, querida. Se trata de equilibrio.

Me río y le digo: —Espero ser tan sabia como usted algún día, Lynn.

—Todo el mundo debería esperar tales cosas —dice, y me guiña un ojo—. Así que, esta semana en la iglesia, no creerás lo que hizo Debbie Harris.

—Oh, ¿qué hizo?

Los chismes de la iglesia de Lynn eran la forma más leve de cotilleo que jamás había visto, pero funcionaban maravillosamente como material secundario para mi novela, así que estaba toda oídos. Anhelaba mi bloc de notas; esta semana, la señora Harris se superó a sí misma al

regañar a todos por las donaciones a su organización benéfica, mientras sostenía un bolso caro. Era un escándalo, según los estándares de Lynn, y lo suficientemente apto para todos los públicos como para encajar en mi dulce libro de romance victoriano. Para cuando terminó, estábamos a la mitad de la cena.

Monroe había comido tanta piel de pollo que me preocupaba que le doliera la barriga. Pero no quería herir sus sentimientos, así que pregunto suavemente: —¿Quizás ya es suficiente para él?

—Señor Monroe, es suficiente, vamos, ahora —le dice Lynn. Él se escabulle y se acuesta en la sala de estar—. Le gusta tanto que odio negárselo.

—Sé a qué te refieres. Es difícil ser el adulto en la relación con ese tipo. Si no te importa un cambio rápido de tema...

Jimmy niega con la cabeza. —Me encantaría escuchar cualquier cosa que no sea sobre Debbie Harris por una cena.

Lynn hace una cara de enojo y luego le saca la lengua.

Me río y luego pregunto: —Estoy trabajando en un nuevo libro y tengo en mente dos personajes que me gustaría basar en ustedes dos, si no se oponen.

Lynn jadea: —¿En serio?

Jimmy también está sorprendido. —Pero si solo somos un par de viejos aburridos, ¿por qué diablos nos querías en tu libro?

Me río. —Ustedes dos son geniales. No lo haré si se oponen...

—¡Tonterías! —declara Lynn—. Estaríamos honrados.

Jimmy asiente. —Es que pensé que éramos demasiado normales para estar en un libro.

Sonrío. —Ustedes dos han hecho que Rockville se sienta como un verdadero hogar para mí y Monroe —miro hacia donde estaba—. ¿Dónde se metió ahora?

Jimmy se levanta. —Revisaré afuera.

Mi estómago se hunde y mi cabeza cae hacia atrás. Murmuro: —Por favor, no, otra vez no.

Jimmy regresa y está al teléfono. —Así es, Marina Road. Sí, su gato.

Oh, diablos. Me conocen por esto. Probablemente soy la loca de los gatos para los bomberos. Luego me doy cuenta, si me conocen ahora, apuesto a que Whitmore evitará la llamada. Esto es bueno.

¿Podría tener tanta suerte?

-

Espero en el porche delantero con Lynn y el señor Jimmy. Para cuando llegan, he rezado cinco veces por una visita sin Whitmore. Y aparentemente, nadie está escuchando. —Él otra vez no.

—Esta es la tercera vez que te ayuda, ¿verdad?

—Sí.

—Deberías invitarlo a entrar para tomar una limonada. O algo dulce —insinúa.

Respiro profundamente y digo: —No sé de qué estás hablando.

—Oh, claro que lo sabes, querida. Vaya, lo besaste la primera vez que vino.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

Ella se ríe. —Porque los vi.

Me mantengo firme en el asunto. —Bueno, no me gusta.

—Mm, hmm. Bueno, sea como sea, ha sido de gran ayuda para ti y tu hijo peludo, y lo cortés es invitarlo a tomar una limonada. Y lo respetuoso es escuchar a tus mayores —dijo con un brillo en los ojos.

Jimmy intervino: —Vamos, Lyndy, no te metas en sus asuntos. Si ella quiere ser grosera con el buen hombre que sigue salvando a su gato, es su problema. Aunque la gente habla. Y si mantiene esta actitud, nadie querrá ayudarla cuando haya problemas reales.

Me río sorprendida por él. —Bien, bien, me rindo. Lo invitaré a entrar. Cielos.

Comparten un choque de puños antes de que Whitmore traiga su escalera al porche. —A Monroe le gusta su chimenea, ¿eh?

Lynn dice: —Le encanta brevemente.

Él se ríe y luego dice: —Es un placer verla, señorita Groves.

Lynn me lanza una mirada y le digo: —Llámame Raina.

—Yo soy Alex —dice con una ligera sonrisa. Sus labios tienen la curvatura más agradable. Me sorprende lo intensos que son sus ojos oscuros. Como si constantemente estuviera pensando en quinientas cosas—. Iré a instalarme —Luego trota con la escalera alrededor de la esquina.

Me lanza esa mirada otra vez, y cedo. Me pregunto si así es tener padres de verdad. Arrastro los pies y para cuando me uno a él, ya está a mitad de camino por la escalera, con Monroe en sus brazos.

—Alex, ¿te gustaría un poco de limonada? ¿En mi casa?

Monroe salta a mis brazos, pero esta vez, Alex está preparado y la escalera no se tambalea. Baja y dice:

—Claro. Dejaré el camión bien estacionado y te alcanzo allí.

-

Sus ojos recorren todas las cajas restantes que conforman mi hogar.

—Todavía me estoy instalando. Siéntate —señalo las sillas de la mesa de la cocina y voy por la limonada.

—Recién te mudaste a Rockville, supongo.

—¿Por qué otra razón estaría todo en cajas?

—La gente se muda todo el tiempo dentro de la misma ciudad. Rupturas, problemas con el alquiler...

Niego con la cabeza y sirvo nuestros vasos.

—Lo siento. Sí, eso tiene sentido. Estoy algo irritable por lo de Monroe. Me pone nerviosa cuando hace estos numeritos de escapista.

—Cuando éramos pequeños, el gato de mi hermana se llamaba Houdini.

Me río.

—¡Estás mintiendo!

—Te lo juro por Dios —sonríe—, ese pequeño diablo se escapaba de todo lo que ella intentaba ponerle.

—Entonces, ¿entiendes que estas cosas simplemente pasan?

Asiente.

—Son escurridizos.

—¿Quizás entonces no deberías culpar al dueño? —pregunto directamente.

Lo he atrapado y él lo sabe. Sonríe nerviosamente, luego aparta la mirada.

—Sí, fui un poco idiota ese día. Lo siento por eso.

Niego con la cabeza.

—Situaciones tensas. Siento que mi gato te siga alejando de las llamadas emocionantes.

—Afortunadamente, no tenemos muchas de esas.

—¿Afortunadamente? Hubiera pensado que preferirías esas.

Agita las manos en el aire.

—Absolutamente no. En un mundo perfecto, mi trabajo no existiría. Nadie tendría un incendio nunca más.

—Nunca lo había pensado así —sonríó—. Pensé que todos ustedes eran adictos a la adrenalina.

—No te equivoques, hay un poco de eso involucrado, pero en su mayoría, simplemente me gusta ayudar a la gente.

Lo dice con tanta sinceridad que me quedo absorta. Está siendo dulce y genuino. No esperaba eso.

—¿Qué... um, por qué el despachador te sigue enviando, de todos modos? Hubiera pensado que enviarían a control de animales.

—Rockville tiene dos tipos de control animal, y no confiaría en ellos para ayudarte con tu gato. Ni con nada más.

—¿Por qué es eso?

—Grandes fumadores de hierba.

Me río y él sonríe.

—Tienes una risa bonita.

Miro sus ojos marrones para ver si se está burlando de mí. Se han suavizado y calentado. No puedo mantener el contacto visual. Es como si la estática en la habitación hubiera cambiado. Sus manos están sobre la mesa, junto a las mías.

—Tienes... manos realmente grandes. Dios mío, hombre, ¿eres un mutante?

Se ríe fuerte.

—No son tan grandes.

Me acerco y pongo mi mano junto a la suya.

—¿Ves? Son el doble de grandes que las mías.

—No, estás en un ángulo raro, acércate y mírame de frente.

Lo hago y me encuentro casi a horcajadas sobre sus largas piernas. Su mano sigue siendo el doble de grande que la mía y callosa por el trabajo, estoy segura. Tocarla se siente correcto. La estática se ha intensificado. Mi voz es suave cuando pregunto:

—¿Ves? Eres enorme.

—Apuesto a que se lo dices a todos los chicos.

Me río de nuevo, y no estoy segura de quién se mueve primero, pero nos encontramos en el medio y nos besamos. De repente, sus brazos me rodean con fuerza, y el beso se vuelve intenso. Un gemido escapa de mis labios. Es como si estuviera hambriento de mí y solo mi cuerpo pudiera saciar su sed. Sus manos exploran mi espalda baja, mientras mis dedos buscan el dobladillo de su camiseta. Encuentro una cálida calle empedrada de abdominales bajo el algodón. Paso mis uñas por ellos, y él agarra mis muñecas.

Nuestro beso se rompe, y me mira a los ojos.

—Te deseo, Raina. Pero no te quiero si crees que me debes algo.

—Te debía limonada. Esa deuda está pagada.

Sonríe a medias de nuevo.

—Bien.

Entonces me atrae para otro beso.

Me echo hacia atrás y tomo su muñeca, para que me siga al dormitorio. Dejo que lo empuje sobre la cama. Me pongo a horcajadas sobre él, encima de sus vaqueros, y pienso, *¿qué estoy haciendo? ¡Ni siquiera lo conozco!* Pero realmente no me importa. Quiero esto.

Antes de darme cuenta, ambos estamos sin camisa, y sus manos acunan mis pequeños senos.

Luego, una mano se cuela en mis shorts por la pierna. Sus dedos juegan conmigo allí, y estoy segura de que va a hacer que arruine mis shorts. Gimo y me retuerzo sobre sus ásperos dedos. Me está volviendo loca, así que busco un condón en mi mesita de noche. Se lo lanzo al pecho, luego me levanto y me quito los shorts. Alex lo sostiene y pregunta:

—¿Estás segura?

Sonrío y asiento.

—Quítate los vaqueros y ponte ese condón.

—Sí —dice, luego se libera de sus vaqueros y calzoncillos. Me ve a punto de hacer lo mismo con mis bragas, pero dice—: Espera.

—¿Qué?

Balancea sus piernas sobre el borde de la cama, luego me atrae entre ellas. Sus ojos están en los míos, mientras sus dedos pellizcan delicadamente los lados y gradualmente las bajan. Alex besa mi ombligo cuando mis bragas caen al suelo. Pero no me mira allí. Sus ojos permanecen en los míos todo el tiempo, mientras envuelve sus brazos a mi alrededor y me atrae hacia él. Luego rueda sobre su espalda, llevándome con él.

Lo beso, mientras yago sobre su cuerpo, su pene enfundado en el condón atrapado entre nosotros. Mordisqueo sus labios, luego busco a tientas allí abajo. Su enorme mano derecha agarra mi trasero, y su mano izquierda sostiene la parte posterior de mi cabeza. Murmuro:

—¡Lo necesito ahora!

Sin decir una palabra, nos hace rodar para que quede de espaldas, con él encima. Alcanza entre nosotros, y estoy segura de que está a punto de empujarse dentro de mí, pero en su lugar juega con mi botón. Jadeo fuertemente y él pregunta:

—¿Es esto lo que necesitas?

—Mm, no —gimo.

Sonríe con suficiencia, luego desliza un dedo dentro de mí. Tiemblo por la sensación. Su piel áspera se siente exquisitamente varonil. Alex exige:

—Dime qué necesitas, Raina.

—¡Necesito correrme!

Sonríe y lo miro a los ojos. Su toque es delicado, pero firme. Estoy al borde de algo épico. Es tan bueno en esto. Mis respiraciones se convierten en jadeos y él susurra:

—Hazlo por mí.

Eso es todo lo que se necesita para que mi cuerpo atraviese el torrente. Me corro con fuerza sobre sus dedos y libero un gemido que viene desde mis huesos. Mi cuerpo tiembla y se estremece, y no quiero que termine nunca. Se frota contra mí allí unas cuantas veces y estoy desesperada por ello.

—Oh Dios, Alex, ahora, por favor!

Algo animal se apodera de sus ojos y embiste dentro de mí. Jadeo con fuerza, como si acabara de salir del fondo de una piscina. Es más grande de lo que anticipaba. La deliciosa presión que ejerce en mí es casi demasiado. Entierra su rostro en mi cabello y gira la cabeza para mirarme. Gruñe:

—Raina, se siente increíble.

—¡Tú también! —susurro sin aliento.

Masajea mis pezones con su mano libre, luego la desliza entre nosotros y vuelve a mi clítoris. Grito con la siguiente embestida y él pregunta:

—¿Estás bien? ¿No te estoy lastimando?

—No, bueno... es un dolor placentero.

Se detiene en seco.

—Raina, no quiero hacerte daño.

Acaricio su rostro y le digo:

—Confía en mí, esto se siente... —Me estremezco cuando mis caderas se mueven por reflejo —. Increíble.

—Sé a qué te refieres —Se apoya sobre mí, asiente y luego continúa. Es tan cálido y pesado encima de mí. Es mejor de lo que había fantaseado. Hay una comodidad en ello que no puedo explicar. Aunque no todo necesita una explicación. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y él gime fuertemente—. Si haces eso, no duraré mucho más.

Sonrío con picardía y le digo:

—Hazlo por mí —Luego arqueo mi espalda para recibirlo más profundamente. El nuevo ángulo lo presiona contra mi punto G y una sensación totalmente nueva se apodera de mí. Le gruño, y algo se desata en mi cuerpo.

—Dios, sí —gime con reverencia. Entonces Alex me embiste como si no hubiera un mañana. Su poder y su pasión son inigualables. Me siento tan agotada y tan pequeña debajo de él. Clavo mis uñas en su piel, pero no hay forma de domar a su bestia. Cada embestida me acerca más a mi propio orgasmo. Es como si alguien hubiera soltado las riendas de un caballo desbocado. Él se sacude y jadea, y yo voy a la par. Estoy al borde una vez más.

—Vas a... hacer que... —No puedo terminar la frase. Sale como un grito cuando llego al clímax de nuevo.

Él ruge y su cuerpo se arquea para una última embestida. Todo su cuerpo tiembla, y su rostro está cubierto de un brillo, como estoy segura que está el mío. Luego se derrumba en la cama a mi lado, mientras luchamos por respirar. El momento es glorioso y abrumador.

¿Qué demonios acabo de hacer?

Esto no es propio de mí. No me acuesto con tipos al azar. Bueno, él no es tan al azar. Pero tampoco es *mi* chico.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando él dice:

—Oh, maldición, olvidé que estoy en horario de trabajo.

—Oh, cierto, eh...

Se levanta de un salto, luego se tambalea sobre sus pies mientras recupera el equilibrio.

—¿Estás bien?

—Estoy fantástico. Orgasmo intenso. Estaré bien. Solo un poco mareado.

Me río entre dientes.

—Oh.

—Odio ser este tipo, pero esto realmente podría meterme en un montón de problemas. Necesito irme. Como, ahora mismo. Pero te juro que normalmente no soy así —Se viste muy rápido. Tal vez sea cosa de bomberos.

Descarto su preocupación con un gesto.

—No te preocupes. Y mis labios están sellados.

Él se ríe y sacude la cabeza.

—No lo digo en ese sentido. Solo...

—Podrías meterte en problemas. No, te escuché la primera vez. Lo entiendo. Y está bien si esto fue solo algo de una vez para ti, Alex. Sin presiones —De todos modos, no es mi tipo de chico. Si es solo algo pasajero, entonces no tengo que preocuparme por sentimientos o lidiar con las excusas de un chico moderno.

Él sacude la cabeza, luego mira su teléfono.

—Oh, diablos, tengo que irme.

Asiento.

—Sí. Conduce con cuidado.

Se inclina y me besa.

—Eso fue increíble.

—¡Ve! —Me río—. Ya estás en problemas.

—Adiós —asiente, y luego huye.

El silencio llena mi casa y mi rostro se ensombrece. *¿En qué demonios estaba pensando?*

-

Capítulo Ocho

Alex

—Recibimos una llamada de uno de los embarcaderos, Alex. Es tu especialidad —dice Ben.

Espero que no sea cerca de Marina Road. Han pasado un par de días desde mi candente encuentro con Raina y no estoy seguro de cómo manejar nada de esto. Podría usar una buena distracción, pero pregunto:

—¿A qué te refieres con que es mi especialidad?

—Gatitos en las vigas.

—Oh, maldición —me dirijo pisoteando hacia la radio y pregunto—: Terri, ¿por qué control de animales no puede encargarse de esto?

—Cualquier cosa por encima de los dos metros es tu territorio, Alex.

Ben me sonríe, hasta que ve la expresión en mi rostro.

—Oye, amigo, yo lo tomaría, pero el Capitán ya está encima de mí por mis informes y estoy en mi hora de almuerzo.

Tara y Michael están fuera, el Capitán no aceptará una llamada por gatitos, así que mi última opción es Bridges. Le doy mi expresión esperanzada y él cede.

—Está bien, iré contigo.

—Lo tomaré —le digo a Terri que vamos en camino y salimos. Preparamos el camión y agarro una caja para los gatitos. Bridges toma las llaves y estoy feliz de dejar que alguien más conduzca, así puedo pensar. Pero mis pensamientos son interrumpidos.

—Oye, quería preguntarte algo —dice Bridges.

Me sorprende.

—¿Todo bien, amigo?

—Para mí, sí. Pero quería saber lo mismo de ti. Has estado distante, incluso para ser tú. ¿Pasa algo?

—Estoy bien.

Él insiste:

—¿Tu hermana está bien? ¿Alyssa? ¿Su familia?

—Sí, están bien. Mejor que bien —Ella vive en Charleston, casada con un tipo rico y es dueña de una linda panadería. Su vida es perfecta.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Es realmente estúpido.

—¿Qué hiciste, hombre?

Niego con la cabeza.

—Tuve sexo con esta mujer, y...

—¿Perdiste tu virginidad? ¡Felicidades!

Le doy un puñetazo en el deltoides y me río.

—Sí. Hace años. No es el punto, gracioso. Ya sabes todos los rescates que he estado haciendo...

—Esa mujer, ¿Raina algo?

—Groves, sí. Ella. Cuando estaba en una llamada por su gato.

—Tienes que estar bromeando. No puedes ser tan tonto.

Sacudo la cabeza.

—Soy así de tonto.

—Ni se te ocurra decirle a nadie más en la estación. Perderías tu trabajo si eso se supiera, Alex. No puedes andar jugando cuando estás de servicio. ¿En qué diablos estabas pensando?

Está serio. Ya nunca usa mi nombre.

—Sí, lo sé. Ni siquiera quería decírtelo, pero no sabía con quién más hablar.

—Lo entiendo. ¿Todo... salió bien?

Asiento.

—Fue el mejor sexo de mi vida, y ni siquiera hicimos mucho. Pero había esta conexión. Esta cosa eléctrica entre nosotros. Y luego después, me di cuenta de que todavía estaba de servicio, así que tuve que irme, por lo que me sentí terrible...

—Con razón.

—Sí. Y se puso incómodo al final.

Bridges dijo:

—Creo que eso es como la mayoría de las aventuras de una noche, ¿no?

—Lo dice el tipo que se casó en la secundaria.

—Fue el año después de la secundaria, muchas gracias.

—Todo el asunto... fue tan extraño. Conectamos mejor que con cualquier otra persona con la que haya estado. Se sintió más real que cualquier cosa, aunque realmente no la conozco.

—Sí, claro. Justo antes de que perdieras todo sentido común y te convirtieras en una amenaza para tu propia carrera.

—Sí, antes de eso.

Llegamos al muelle del embarcadero y hay una pareja preocupada de gente de yate esperando. La gente de yate es obvia. Polos pastel, algún tipo de pantalón blanco o caqui y zapatos náuticos. Se ven tensos y desagradables. Bridges dice:

—Esos son los que llamaron.

—¿Quieres ser tú el que hable?

—Sí, claro. Así tú puedes encargarte de los gatitos.

—Caí en esa, ¿verdad?

—Sí, lo hiciste.

Yo llevo la escalera y Bridges trae la caja cuando vamos a su encuentro. El embarcadero es enorme, con espacio para tres botes. Fue diseñado para parecer una cabaña. La pareja nos guía

adentro y señala dónde están los gatitos. Podría haberlos localizado por los débiles maullidos.

—Te dije que las vigas expuestas atraerían animales para anidar, Harold —dice la amargada esposa.

Él pone los ojos en blanco y replica:

—Dijiste búhos, no gatos.

La pareja comienza a discutir y nos ponemos a trabajar. Apoyo la escalera en la viga mientras Bridges espera abajo. Él les pregunta:

—¿La gata madre es suya?

La esposa dice:

—No, es una callejera que estaba matando a todas las aves nativas. Creo que ha huido. No se la echará de menos.

Casi la llamo perra por decir algo tan terrible, pero luego recuerdo que probablemente sea lo suficientemente rica como para ser un problema para mí. Miro alrededor en las vigas y le digo a Bridges:

—Tiene razón. No hay gata madre aquí arriba.

—¿Cuántos gatitos? —pregunta él.

—Seis.

—¡Uno para cada uno de nosotros en nuestro turno en la estación!

Pongo los ojos en blanco.

—Dame la caja.

Lo hace y recojo las pequeñas bolas de pelo. Son tan jóvenes. Sus ojos aún están cerrados. Cada uno es de un color diferente también. Se mueven peligrosamente cerca del borde cuando trato de recogerlos a todos. Pobrecitos, no saben que estoy aquí para ayudar.

Bridges dice:

—Iré a buscar a la madre.

—Sí.

Agarro al último gatito y lo meto en la caja, luego se la entrego a la amargada esposa.

Bajo y tomo la caja de vuelta. Ella dice:

—Son tan pequeños. Toma —entonces se desata el cárdigan de los hombros y lo acomoda alrededor de los gatitos.

Dado su comentario anterior, me sorprendí.

—Yo... me aseguraré de que se lo devolvamos.

Ella se encoge de hombros.

—Quédenselo. Tengo docenas.

—Si insiste.

Bridges regresa y dice:

—Encontré a la madre. No lo logré.

—Maldición. ¿Qué va a pasar con ellos?

-

—¡Gatitos! —Tara chilla como una niña pequeña y salta de su asiento. Ben se despierta del sofá y se une a la multitud que está siguiendo a Bridges hacia la mesa de la sala de estar.

—Hay seis, y creo que eso significa que hay uno para cada uno de nosotros —dice Bridges. Tara saca su teléfono para averiguar cómo alimentar gatitos a mano, y estalla una guerra sobre quién se queda con qué gatito. Incluso el Capitán se une a la acción.

Voy a preparar mi almuerzo.

Cuando regreso, queda una. Ben dice: —La tuya está en la caja.

—No tengo un gato.

—Ahora sí —dice Bridges.

Refunfuño: —Alguien más puede llevársela.

—Ninguno de nosotros puede llevarse dos gatos, Alex —dice Ben.

Echo un vistazo a la caja y veo que es blanca con manchas negras y naranjas. La mancha más notable es la que rodea sus ojos. Parece que llevara una máscara de bandido. Está buscando calor en el suéter, y siento una extraña necesidad de ser su fuente de calor. Mi corazón se hincha cuando la levanto. Maúlla y mordisquea mi pulgar, como si fuera a darle leche.

Tara y Ben se van a buscar suministros para la camada, pero apenas lo noto. Estoy demasiado fascinado por la bola de pelo. Bridges pregunta: —¿Cómo vas a llamarla?

—Probablemente se la daré a alguien cuando sea lo suficientemente fuerte. No tiene sentido ponerle nombre.

—Mm, hmm.

-

—Pareces una pequeña ladrona, ¿verdad? —le pregunto a la gatita en mi habitación. Me alegro de haberla tenido durante mis semanas libres. Es más fácil manejar su alimentación cada dos horas en casa, en lugar de en la estación. Todos los demás tienen a alguien con quien pueden dejar a su gatito, y estoy a punto de volver al trabajo. Se han estado burlando de mí por dormir con la gatita en mi pecho en el sillón de la sala de descanso, pero es la manera más fácil de atender sus necesidades.

Bridges incluso me dijo que le recordaba a su esposa cuando amamantaba a sus bebés. Círculos oscuros, bolsas bajo los ojos, voz ronca.

Pero esa fue la primera semana, que fue la peor. Las cosas están mejorando ahora. Sus brillantes ojos azules están abiertos, excepto cuando se alimenta. Generalmente se queda dormida durante eso. Cuando retiro el biberón, se aferra a mi dedo y juega con él.

Me estoy enamorando. No puedo evitarlo.

Luego se revuelca y amasa la manta. Le digo: —Harías una pasta excelente, jovencita. ¿Existen ladrones que hagan pasta? ¿O famosas ladronas?

Ella ronronea como respuesta.

—Bueno, está Catwoman, pero eso es demasiado obvio... había una ladrona en un dibujo animado. Tenía un nombre de ciudad, ¿cuál era...? ¿Carmen Sandiego! Tú eres Carmen, ¿verdad?

Ronronea más fuerte y se cae de lado, luego se queda dormida. Envidio su capacidad para dormirse de golpe. Sería muy útil en mi línea de trabajo.

-

—¿Cómo está tu pequeña? —Tara se inclina para acariciar a Carmen. Estaba alimentándola en mi pecho en el sillón otra vez, y casi todos la saludan a ella antes que a mí. No me importa.

—Va bien. Come todo el tiempo.

—Los bebés hacen eso —dice ella—. ¿Ya decidiste un nombre?

—Carmen. Como-

—¿Carmen Sandiego! ¿Por la máscara? Oh, eso es tan lindo. Y ha crecido tanto.

—Sí, ha empezado a explorar mi casa.

Ben pregunta: —Si está explorando, ¿qué vas a hacer si recibes una llamada hoy? Ya no puede quedarse en una caja.

—Podría pasársela al Capitán.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Crees que el Capitán cuidará de tu gatita para siempre?

Tara pregunta: —¿Ya la has llevado al veterinario? Necesita sus vacunas. ¿Y has investigado

sobre alimentos sólidos para ella?

Me siento abrumado por la pequeña bola de pelo en mi pecho. Tienen razón. No puedo quedármela para siempre. Sabía desde el principio que algo tendría que cambiar, pero lo había apartado de mi mente. —Voy a tener que dársela a alguien más, ¿verdad?

Tara dice suavemente: —Sí, grandullón. ¿Estás bien?

—Sí —asiento—. Sé exactamente a quién dársela.

-

Capítulo Nueve

Raina

Acaricio el pelaje de Monroe mientras leo mis últimas páginas. Estoy casi terminando la edición de mi último libro y tengo un sentimiento agri dulce en el pecho. Algo así como después de tener sexo con Alex. Me estoy despidiendo de mis personajes y los estoy liberando al mundo, pase lo que pase.

Por muy triste que sea decir adiós, tengo la oportunidad de saludar a mi tablero Kanban de ideas y crear un mundo completamente nuevo en el que mis lectores puedan perderse. Chinchetas, notas adhesivas y trozos de papel al azar llenan mi tablero. Tengo que divertirme uniéndolos todos. Es como un rompecabezas complicado, y es parte de mi proceso.

Hay secciones para mi heroína y mi héroe, el villano, el antagonista y seis miembros del elenco principal. Cada uno está lleno de pequeñas ideas, y se entrecruzarán entre sí hasta que dé con la mezcla correcta de características que hagan que las cuerdas de mi corazón canten la melodía adecuada.

Pero esta novela aún no está totalmente terminada. Me gusta editar mientras paso por la acción descendente, porque puedo agregar pequeños huevos de Pascua aquí y allá, que envolverán todo en un bonito lazo al final. Enlazar temáticamente la historia hasta el final es lo que distingue mis libros del resto.

Escribir es como una meditación para mí. Solo existen el tecleo de las teclas y los ronroneos de Monroe fuera de los personajes en la página. Así que cuando alguien llama a mi puerta, él y yo saltamos un metro. Qué extraño. No he pedido nada. No es domingo (día de la cena de Logan) ni miércoles (día del guiso de Logan), así que, ¿quién demonios está llamando a mi puerta?

Monroe viene conmigo a abrir. Me asomo por la mirilla por seguridad, pero Lynn me había regalado uno de esos carteles de madera cursis para mi puerta para ser festiva. En cambio, estaba insegura. No podía ver nada a través de ese cartel. Suspiro y abro la puerta.

Alex Whitmore. El tipo de acostarse y largarse.

Mi cuerpo se anuda y instantáneamente intento cerrar la puerta.

Él grita: —Lo siento, Raina, espera, necesito tu ayuda.

Frunzo el ceño y vuelvo a abrir la puerta. Dios, se ve bien. Su camisa de franela a cuadros y sus vaqueros deberían estar en mi suelo. Está sosteniendo un pequeño bulto contra su pecho.

—Sé que debería haber llamado o algo antes de presentarme en tu puerta, pero nunca conseguí tu número y, bueno, eres la única persona en la que pensé para esto —entonces, baja sus enormes manos y me muestra lo que hay en el bulto.

Una diminuta gata calicó de ojos azules me maúlla, y me derrito en un chillido. Le quito el bebé envuelto y le digo: —¡Entra aquí!

Me sigue adentro y llevo a la gatita a la mesa de la cocina. Muevo el florero y otras cosas para que no haga pis en nada importante. —¡Es preciosa! —Presiono mi dedo contra su nariz y le digo: —¡Boop! —Parece que le encanta y se inclina hacia adelante para más.

—La rescatamos a ella y a sus hermanos de una casa de botes. Su madre no sobrevivió, así que cada uno se llevó un gatito.

—Ajá, ¡boop!

—El problema es que todos los demás tienen a alguien en casa que puede cuidar de un gatito. Yo no. Y no puedo seguir llevándola a la estación. Está creciendo rápido y le gusta explorar ahora, así que no se quedará en una caja... —su voz se quiebra lo suficiente para decirme a qué se refiere y lo difícil que es esto para él.

Alex, el que odia a los gatos, se ha enamorado de esta bebé.

Lo miro, pero antes de que pueda decir algo, continúa: —No sé de gatos. No sabía que tenía que ponerle vacunas o cómo introducirla a la comida sólida. Tuve que aprender todo en línea y con los otros en la estación, pero ellos no pueden estar aquí para mí las 24 horas del día, los 7 días de la semana, y yo tampoco puedo estar aquí para ella así. Quiero decir, ¿qué pasa si hay una llamada y me voy por doce horas? A veces pasa. No tengo otro lugar adonde llevarla.

Mis ojos se entrecierran mirándolo.

—Entonces, si puedes, ¿la acogerías?

—¿Quieres que me quede con tu gatita?

Se encoge de hombros. —Sería tuya.

—¿Tiene nombre?

—Carmen, como Carmen Sandiego.

Sonrí. —Eso es adorable. Por la máscara, ¿verdad?

Su sonrisa ilumina la habitación. —Sí. Parece una ladrona.

Alguien le robó el corazón. Pero me lo guardo para mí. —Es cierto. —Carmen mordisquea mi dedo y ya la amo.

Él pregunta: —Tengo algunas cosas para ella en mi camioneta. ¿Quieres que las traiga o prefieres comprarle cosas nuevas?

—Tráelas, Whitmore. No necesito quitar tiempo a mi escritura para ir de compras.

—Vuelvo enseguida. —Sale corriendo de mi casa en un instante. Nunca esperé este lado de él. Es tan tierno y dulce con una gatita. ¿Quién hubiera pensado que eso era lo que necesitaba para encontrar su humanidad? Trae dos grandes bolsas de compras llenas de mezcla de fórmula, juguetes y mantas. Realmente se esforzó.

Pienso en este hombre de piedra despertándose cada dos horas para alimentar a Carmen, y la expresión desconsolada en su rostro cuando tuvo que tragarse su orgullo y pedirme que la cuidara. No es el tipo que pensaba que era. —Lo has hecho bien, Alex —le aseguro—. Estabas en camino de ser un excelente papá gato.

Él sonríe, pero hay una tristeza en ella que hace que mi corazón lata con fuerza en mi pecho. ¿Por qué tiene este poder sobre mí? Alex pregunta: —¿Estás segura de eso? Me siento terrible por esto.

—¿Por qué parte? ¿La parte en la que no me llamaste después de que nos acostamos, o la parte en la que me dejas una gatita para que la críe? —No intenté ser cortante, pero salió así.

Su cabeza cae en sus manos. —Te juro, Raina, que normalmente no soy así.

—Sí, ya he oído eso antes.

—No lo soy. No abandono a alguien después del sexo, no dejo de llamarlos después, y ciertamente no eludo mis responsabilidades con otra persona. Ha sido un mes muy inusual para mí, y estoy tratando de navegar por esto lo mejor que puedo. Y no sé lo que estoy haciendo.

Mis labios se tensan en una línea y resoplo por la nariz. Aunque estoy resentida por algunas cosas, sé que es mejor. —Tuviste que ir a trabajar después del sexo. Y no estás eludiendo tus responsabilidades al traerla aquí. Traerla aquí le da la mejor oportunidad que puede tener. Esa es la definición de ser responsable, Alex. Aún te reprocharé por no llamar, pero solo a medias.

Su cabeza se inclina como la de Monroe cuando está confundido. —¿A medias?

Admito: —Yo podría haberte llamado. Sé dónde trabajas.

—Oh —se queda mirando al vacío por un momento y luego dice—: Ni siquiera pensé en eso. Sí. ¿Por qué no lo hiciste?

—La verdad es que no tenía idea de qué decirte —me encojo de hombros y luego juego a hacer boop con Carmen—. Es una razón estúpida, pero es la única que tengo. Bueno, eso y que no sabía si te metería en problemas en el trabajo si te llamaban chicas.

Él se ríe.

—No, no tengo chicas llamándome. Ni en el trabajo ni en casa.

—¿Cómo es eso posible? Eres tan guapo.

Se sonroja, y eso solo lo hace más atractivo.

—Gracias. Eh, bueno, mi trabajo hace que salir sea muy difícil. Aunque los bomberos sean una de las profesiones "de fantasía", a muchas mujeres les cuesta lidiar con mi trabajo. Estar allí dos semanas seguidas y luego librar otras dos, hace que la mayoría de las chicas pierdan el interés rápidamente.

Pongo a Carmen en mi última caja de Amazon sobre la encimera de la cocina y pregunto:

—¿Eso es lo que pensaste de mí? ¿Que perdí el interés?

Se pasa los dedos por el pelo y admite:

—No me permití pensar eso contigo. No podía soportar ser rechazado por alguien como tú.

—¿Alguien como yo? ¿Qué significa eso?

Se acerca y dice:

—Eres la persona más apasionada que he conocido en mi vida. La conexión que tenemos es... inflamable. Y si me rechazaras, sabría que nunca podría tener eso de nuevo. Pero si no te llamaba, si no te volvía a ver, entonces no podrías rechazarme. Y podría recordar ese día en tu habitación como una fantasía que nadie más podría igualar, sin arrepentimientos, sin amargura. Es el tipo de recuerdo que mantiene caliente a un hombre en el frío.

El deseo corre desenfrenado por mis venas y agarro la parte posterior de su cabeza para atraerlo rápidamente a mis labios. Se pone tenso y luego se relaja. Me bajo de mi asiento a su regazo y me siento a horcajadas sobre él en la silla. Le abro la camisa de franela de un tirón, luego le muerdo el cuello y lamo hasta llegar a su oreja, que muerdo suavemente. Él masajea mi trasero con firmeza, lo que me hace frotarme contra él. Mientras me levanto la camiseta por encima de la cabeza, me congelo.

—Espera, no estás de servicio, ¿verdad?

Sonríe.

—No.

—Bien —entonces, la lanzo al otro lado de la habitación y lo beso.

Me agarra el trasero y luego me levanta.

—Espera, espera.

—¿Qué pasa?

—Esa silla limita mi movilidad.

—La mesa no —salto sobre la mesa y me tumbo para quitarme los shorts.

Alex se quita la camisa de franela y se desabrocha los vaqueros. Luego se detiene, pareciendo la portada de una novela romántica.

—¿Condón?

—Tercer cajón a la derecha.

Se ríe.

—¿Guardas condones en la cocina?

—¿Y no te alegras de ello?

—Sí, oye, es un plan brillante —coge uno. Luego mira mi cuerpo desnudo—. Eres preciosa.

—Póntelo ya.

Niega con la cabeza.

—Te mereces algo mejor —entonces me levanta en sus brazos y me lleva a mi cama. Alex me deja en el borde y dice—: Tumbate.

—De acuerdo —lo hago, sin estar segura de a dónde va esto. Pensé que se me habría lanzado encima en cuanto entráramos aquí.

En su lugar, sus dedos acarician mis muslos mientras se arrodilla en el suelo entre mis piernas. Luego pone mis piernas sobre sus hombros. Oh, Dios. No me he depilado en meses. Pero él no parece notarlos. O le gusta. Murmura «Tan bonita» antes de abrirme y chuparme allí.

—Mm, Dios, ¡sí! —tiemblo por la sensación. Sus dedos se enroscan dentro de mí y juegan con mis lugares más felices en mi interior, mientras la boca de Alex me devora por fuera. De repente estoy temblando y mis muslos se sacuden con fuerza. Empiezo a preocuparme de que le vaya a aplastar la cabeza. ¡Demasiado tarde! Grito cuando me corro en su boca y mis piernas lo aprietan. No tengo ningún control sobre mi cuerpo, ninguno en absoluto. Todo mi cuerpo rebota en la cama, usando sus hombros como punto de apoyo. Finalmente, la tensión orgásmica disminuye y él logra liberarse de mi agarre.

—Dime que me deseas.

—Mm, hmm, ahora —es todo lo que puedo pronunciar. No tengo palabras después de lo que acaba de pasarle a mi cuerpo.

Alex agarra mis caderas y me lanza hacia arriba en la cama. Observo cómo se quita los vaqueros y se pone el condón. Luego se une a mí. Esta vez, sin embargo, me abraza por detrás y empuja lentamente dentro de mí. Olvidé lo grande que es. Maldición. Es esa embriagadora sensación de estiramiento otra vez. Casi demasiado y, sin embargo, nunca suficiente. Ronronea:

—Dios, se siente tan bien, Raina.

Jadeo:

—Alex.

—¿Sí?

No puedo hablar. Mi boca no funciona. Pero agarro su cadera y lo arrastro encima de mí mientras me giro boca abajo. Me empuja lánguidamente contra el colchón. Es tan pesado y macizo encima de mí, y se siente exactamente como lo que necesito. Pero entonces, no puedo respirar en absoluto. Le doy un toque en el cuerpo y nos levanta hasta que estoy a cuatro patas.

—Así —jadeo.

—Sí, así —murmura de acuerdo.

Nunca lo hago en esta posición, pero con él se siente perfecto. Incluso lento así, o tal vez especialmente porque vamos despacio. Me rodea con su brazo y me sostiene cerca, mientras besa mi cuello. Incluso esta posición es íntima y tierna.

Siento que se acerca otro y es todo lo que puedo hacer para no gritar de alegría. Su polla recorre mi punto G de arriba a abajo. Nunca supe que podría sentirme así dentro de mí misma. Es un placer excruciante, tan intenso que estoy al borde del delirio. Mis células están vibrando.

—Mm, sí, *ohDiosmío* —grito justo antes de que me alcance.

Estallo debajo de él, rígida al principio, pura carne sin huesos después. Grito tan fuerte que estoy segura de que mi garganta se ha desgarrado. Las vibraciones derriten cada parte dura de mi cuerpo, y cada músculo está hecho de éxtasis.

Todo está temblando a mi alrededor. O dentro de mí. Alex jadea:

—Oh, ¡ahora mismo! —y tiembla dentro de mí. Cae sobre mi espalda, haciendo que mis manos y rodillas fallen. Caemos en la cama en un agotado éxtasis.

-

Capítulo Diez

Alex

Raina ronca. Es un ronquido adorable, como el de un gatito, pero ronca de todos modos. Y me encanta. Me acurruqué a su alrededor después de que nos enfriamos, y ahora, su respiración rítmica se ha convertido en ronquidos completos, o tanto como alguien de su tamaño podría realmente roncar.

No puedo dormir. Estoy demasiado excitado después de eso. Me levanto cuidadosamente de la cama, agarro mi ropa y voy a ver a Carmen. Monroe está junto a su caja en el mostrador, y me abalanzo sobre él, pero antes de hacer contacto, me doy cuenta de que la está lamiendo. No comiéndosela. Y ella parece muy feliz por ello, ronroneando contenta e inclinándose hacia arriba. Mi corazón se hincha y me visto.

Carmen tendrá una buena vida aquí con Monroe y Raina. Sé que tomé la decisión correcta para ella, pero aún es difícil saber que la dejaré atrás. Pero, ¿lo haré? Si empiezo a salir con Raina, entonces podré ver a Carmen también. Gano por partida doble.

Merodeo por su casa durante una hora y me decido por ver algo de televisión con los gatos en el sofá. La casa de Raina, a pesar de las cajas, es acogedora. Me gusta más mi lugar, pero su sofá es más cómodo que el mío. Debería reemplazar el mío. *O mudarte aquí*, grita alguna voz intrusa en el fondo de mi mente. Sacudo la cabeza ante mí mismo por pensar en tal cosa. Ni siquiera hemos tenido una cita real. Es demasiado pronto para estar pensando en esas cosas.

Aun así, pienso mientras acaricio a los gatos, *estoy muy cómodo aquí. Podría acostumbrarme a la vida con gatos. Vaya, ¿de dónde vino eso?*

—Hola —dice una Raina somnolienta desde el pasillo. Lleva una gran camiseta azul marino sin nada en las piernas. Desearía que llevara mi camiseta. La luz de la tarde atrapa sus rizos salvajes y hace que su cabeza parezca llevar un halo ardiente.

Sonrío instantáneamente. —Hola.

—¿Carmen está bien?

—Ella y Monroe parecen estar haciéndose amigos.

Ella medio sonrío y se para cerca del sofá. —A él le gusta todo el mundo. Incluso cuando no

debería.

—¿Así es como perdió la pata?

—No sé cómo la perdió. Lo encontré así.

—Bueno, no creo que la necesite. Parece llegar a todas partes sin ella.

Ella se ríe un poco, pero puedo ver que algo le preocupa. —Alex, necesito hablar contigo sobre algo.

—Adelante.

—No puedo seguir haciendo esto contigo.

Todos los pensamientos cálidos que tenía se convierten en hielo en mis venas. —¿De qué estás hablando?

—Esto —sacude la cabeza y mira hacia otro lado—, tiene que ser la última vez.

Acaricio a Carmen por lo que se siente como la última vez que probablemente la veré, luego me pongo de pie. —Hay algo bueno entre nosotros, Raina. Algo real. Así que, dame una razón decente, y nunca más te molestaré.

Ella suspira, luego dice: —No sé si es una razón decente, pero es la única que tengo. Eres demasiado moderno para mí.

Una risa involuntaria y aguda sale de mí. —En todos mis años de citas, nunca había escuchado eso. No es una razón decente, pero al menos es única.

—No eres como los hombres sobre los que escribo, Alex. Eres amable y dulce, y eso no hace nada por mí.

—Hizo bastante por ti en la cama, y debo recordarte, ¿tú eres la que sigue saltándome encima?

Ella pone los ojos en blanco y dice: —Mira, pareces un tipo realmente bueno, pero no estoy...

—¿Buscando un tipo realmente bueno?

—Déjame terminar —espeta—. Es difícil de explicar, pero los chicos modernos... son tan sensibles. Necesito un chico que no aguante tonterías, que corte leña y que pueda construir una cabaña de troncos. Un chico que me abraza, en lugar de preguntarme por qué necesito ser abrazada. Solo necesito un chico que...

—Raina, puede que pienses que eso es lo que estás buscando, pero lo que realmente estás buscando es una excusa para no dejar entrar a nadie.

—Eso no es cierto, Alex. Pero quien sea que deje entrar, necesita ser fuerte por mí. Necesito un chico que no juegue a ser psiquiatra aficionado cada vez que tengo un problema.

La juzgué completamente mal, y me entristece. Estoy triste por mí, pero estoy aún más triste por ella. —Crees que quieres un leñador que no escuche, pero todo lo que oigo es una mujer que tiene miedo de estar cerca de un hombre. No sé quién te lastimó. Pero no voy a ser el tipo que intente compensar lo que él hizo. —Llego a la puerta, antes de decirle—: Si eres tan inteligente como creo que eres, algún día te arrepentirás de esto. Espero que consigas lo que sea que creas que quieres de la vida. Pero vales más que eso. —Cierro su puerta de golpe detrás de mí y me arrepiento inmediatamente. No quería asustar a Carmen.

-

Conduzco a casa pero no puedo salir de mi camioneta. No quiero estar en mi apartamento vacío. Sin Carmen. Sin ningún otro ser vivo. Solo mi PlayStation y libros. Debería conseguir una planta. Un cactus, para no tener que preocuparme por él cuando esté fuera durante dos semanas seguidas.

Voy a la ferretería y miro los cactus, pero ninguno de ellos me llama la atención. En realidad no quiero un cactus. Quiero respuestas. Quiero saber por qué Raina es tan espinosa sobre salir

conmigo. Entonces lo veo.

Es corto y delgado, con espinas en todas las direcciones. La maceta azul marino es bonita y de gran tamaño para que pueda crecer. No hay etiqueta, y el reponedor no sabe qué tipo es. Pero hay algo en él que me gusta. Lo llevo a casa y le encuentro un lugar en una ventana. Cuando la luz del sol golpea las agujas, brillan, y todo me golpea.

Compré un cactus Raina.

Necesito ayuda. Conduzco hasta la casa de Bridges. Es el tipo más inteligente que conozco cuando se trata de mujeres, y necesito un profesional. Cuando finalmente entro en su camino de entrada, miro alrededor.

La casa de los Bridges estaba en el borde de la ciudad. Su vecino más cercano estaba a un acre de distancia, y envidiaba su privacidad. La casa azul era de dos pisos con un porche blanco en el frente y un garaje para dos coches. Había robles altos en el patio, perfectos para trepar. Su esposa, Steph, ha estado trabajando en sus jardines de flores durante años, pero puedo ver plantas arrugadas donde algunos de los niños deben haber estado jugando.

Cuando entro al porche delantero, hay una silla mecedora para niños que no estaba allí la última vez que visité. Toco el timbre y escucho chillidos infantiles dentro. Entonces, Bridges, sosteniendo a un inquieto niño pequeño, abre la puerta.

—Hola, amigo, pasa —me dice. Limpio mis botas en el felpudo y entro al vestíbulo—. ¿Todo bien?

—Solo necesito hablar.

Asiente con comprensión y luego pone al niño de pie.

—Luke, ve a decirle a mamá que tenemos visita.

El pequeño dice con entusiasmo:

—Sí, señor —antes de correr hacia el patio trasero con sus regordetas piernas de niño pequeño.

—¿Tienes tiempo para hablar? Sé que aparecí sin avisar, lo siento por eso...

—No te preocupes por nada, amigo. Quítate los zapatos e iremos a la sala. Los niños están jugando en todas partes. Traeré unas cervezas y hablaremos.

Me desato las botas y lo sigo hasta la cocina.

—¿Cómo está la gatita?

—Genial. Madelyn se ha hecho cargo de ella, así que está creciendo como la espuma. Toma —me entrega una lata de cerveza y nos retiramos a la sala. Su hija de diez años se parece a su padre: más inteligente de lo que la gente quiere reconocer. En cierto modo, me alegro de que esté ocupada con su madre ahora. Conociéndola, podría resolver el problema sin pestañear, y no necesito que una niña me haga sentir más tonto de lo que ya me siento. Continuó—: Ella y Luke discutieron sobre cómo llamarla.

—¿Qué decidieron?

—Queso.

—¿Porque es naranja? —Como Monroe.

Asiente.

—Creo que Maddie cedió ante Luke porque quiere que sea feliz.

—Es una buena niña.

—Es la mejor hija que podría pedir. Y no creo que estés aquí para hablar de lo maravillosos que son mis hijos. Suéltalo, Whitmore.

Suspiro.

—¿Recuerdas a esa chica de la que te hablé? ¿Raina Groves?

—La chica de la limonada, ¿la que fuiste lo bastante tonto como para tirarte durante tu turno?
—Su tono está cargado de juicio.

—Esa misma —digo, negando con la cabeza.

—¿Qué hiciste? Y, por favor, dime que no fue durante tu turno.

—No en mi turno. Esta vez no... —le aseguro—. En realidad, la vi hoy.

Suspira dramáticamente y luego pregunta:

—Han pasado un par de semanas desde la última vez que la viste, ¿verdad?

Asiento.

—No desde que conseguí a Carmen.

—¿Y qué hacías allí?

—Dándole a Carmen.

—¿Le diste tu gata? —pregunta confundido.

—Su gata, ahora —le corrijo—. No puedo cuidar de una gatita. No de la manera en que se merece ser cuidada. Y no puedo seguir dejándosela al capitán cuando tengo que atender una llamada. Tuve suerte de que fuera tan comprensivo las primeras veces.

—¿O es que odias a los gatos? —pregunta con una mirada burlona.

—No odio a Carmen —ni a Monroe.

Jadea exageradamente.

—¿Alex Whitmore, el Odiador de Gatos, se ha reformado?

Pongo los ojos en blanco.

—Lo que sea, tío, Carmen es linda.

—Lo es —asiento—. Entonces, ¿qué pasó cuando se la llevaste a Raina?

—Nos besamos...

—Y... —me conoce demasiado bien.

—Otras... cosas.

—Mmm, hmm —Bridges me lanza una mirada pícara—. Te la tiraste otra vez, ¿verdad?

—Fue mucho más que eso.

—Oh —me mira fijamente a los ojos y tengo que apartar la mirada—. Te ha dado fuerte, ¿eh?

No se equivoca. Le cuento todo sobre el encuentro, muy contento de que los niños y Steph no estuvieran allí para escucharlo.

—...y entonces me dice que soy demasiado moderno para ella.

—¿Qué significa eso?

Me río con amargura.

—Ni idea. Dijo que quiere un hombre que corte leña y pueda construir una cabaña de troncos y...

—¿Quiere un leñador?

—Eso es lo que me pareció a mí.

Se ríe.

—Nunca pensé que oiría a una mujer quejarse de que un bombero no fuera lo suficientemente masculino para ella.

—Igual —asiento—. Ella escribe esas novelas románticas históricas y quiere un héroe de una de ellas. Según ella, yo no soy ese tipo.

—Parece mucho lío solo para echar un polvo.

Me encojo de hombros.

—Había empezado a parecer algo más que eso. Supongo que me equivoqué.

—Si realmente te gusta, Whitmore, tienes que dejar que ella venga a ti. Ya te ha dicho que ha terminado contigo, así que si vas tras ella ahora, sería...

—Patético. Desesperado. Exactamente lo que soy.

Bridges se ríe desde las entrañas.

—Y eso definitivamente no es lo que haría un leñador.

Pongo los ojos en blanco.

—Nunca pensé que estaría compitiendo con un hombre de fantasía ficticio.

—Todos lo hacemos, hermano, ¿no te has dado cuenta hasta ahora?

—¿De qué hablas?

—Cada mujer, hombre, persona, todos crecemos con esta idea en nuestras cabezas sobre con quién queremos estar. Con el tiempo, los moldeamos para que se ajusten a nuestra vida en esa etapa, y los proyectamos sobre quien esté cerca cuando estamos listos para una relación —se encoge de hombros—. Parece que los de ella están mejor imaginados que la mayoría, pero todos lo hacemos. No puedes estar a la altura de su leñador de fantasía, y ella no puede estar a la altura de tu fantasía de una mujer realista.

Duele, pero es la medicina que necesitaba.

—Gracias, Bridges.

—No suenes tan triste. Siempre puedo presentarte a mi prima Jenny.

Niego con la cabeza.

—Necesito algo de tiempo para asimilar todo esto. Pero gracias —la verdad es que su prima Jenny es tan alta y ancha como el propio Bridges—. Me voy a ir, si te parece bien.

—Necesitas tiempo para pensar, lo entiendo. Pero si no saludas a Steph, no dejaré de oír quejas.

Sonrío.

—Vamos.

-

Capítulo Once

Trisha

Retiro el biberón de la boca de Carmen, y ella chilla con indignación justificada. Luego, la coloco en el antiguo transportín de Monroe, y ella mira a su alrededor, muy confundida.

—Vamos a ver a Trisha para tus vacunas, preciosa.

Monroe deambula por la sala de estar, preocupado por el bienestar de Carmen. No les gusta estar en lados opuestos de una puerta, y mucho menos que ella se vaya conmigo sin él. Entonces, lo soborno para que entre en su propio transportín con una golosina.

Carmen está creciendo rápido y tiene buen apetito, así que hoy es solo para su primera ronda de vacunas. Rápidamente, me doy cuenta de que es mejor llevarlos al coche de uno en uno. Cuando intenté llevar ambos, fue demasiado incómodo. Así que Monroe se quedó maullando en la casa durante medio minuto entero.

En la carretera, es un viaje fácil a la consulta de Trisha, pero me pierdo en los duros adoquines de los abdominales de Alex. No puedo evitarlo. El sexo fue increíble, y había pasado un día entero tratando de lavar su aroma de mis sábanas. Resultó que todo estaba en mi mente, y no sabía cómo lavar eso.

Solo de pensar en él, todo mi cuerpo se acalora. *Tengo que dejar de pensar en él, eso es todo, decido. Él no es el indicado para mí. Es demasiado moderno, demasiado pulcro. Nunca podría tener una pasión duradera con alguien como él. Nunca podría barrerme de mis pies. Excepto por aquella vez que me llevó a la cama. Pero eso es porque quería tener sexo. Y eso es todo lo que le importa, como un neandertal-*

Un coche toca la bocina detrás de mí. *¿Cuánto tiempo ha estado el semáforo en verde?*, me pregunto antes de hacer un gesto de disculpa al conductor. Piso el acelerador y sigo conduciendo. Necesito algo que me distraiga de Alex, antes de que cause un accidente. La radio está llena de canciones de amor, así que eso no ayuda. *No es que lo ame. Solo mantiene mi mente en el espacio mental equivocado.*

Despejo mi cabeza justo antes de aparcar en la consulta de Trisha. Está más concurrido de lo habitual, y me toma dos viajes llevar a los niños a su sala de espera. Los coloco en la única silla libre, me registro en recepción y me quedo de pie junto a ellos. No quiero que estén en el suelo; hay una cabra en la sala de espera y no deja de olfatear a los otros pacientes. Monroe sisea cuando se acerca, lo que hace que Carmen intente sisear.

Trisha sale de la parte de atrás y ve primero a la cabra. Me sonrío y dice:

—Solo será un poco más.

—No hay problema —miento, llena de preocupaciones yo misma. Pero hojeo una nueva

revista de moda y me pregunto por qué a alguien le importan esas cosas. Ninguna de las nuevas modas tiene la clase o la elegancia de un vestido antiguo o un corsé.

No es que yo fuera a usar algo así nunca.

Una vez que recuerdo que vivo en el mundo moderno, miro la ropa con más atención. Aun así, nada de eso encaja conmigo. Estoy bastante feliz con mis shorts y camisetas, con el ocasional día de vestirme elegante. Estoy cómoda como soy.

¿Lo estoy?

Monroe se inquieta y comienza a maullar en su transportín, así que lo coloco en la silla del pastor de cabras. De esta manera, puede ver a Carmen. Se calma y le pregunto:

—Supongo que todos necesitamos estar cómodos, ¿eh, pequeño?

—Oye —dice Trisha desde la puerta—. ¿Lista? —Entonces se une a mí y agarra el transportín de Carmen.

—Vamos.

Tomo a Monroe y entramos en la Sala de Examen B. Ella abre la puerta, y Carmen salta a sus manos.

—Bueno, cuéntame cómo acabaste con esta pequeña belleza —arrulla sobre Carmen. Salto sobre su mostrador y le cuento todo el sórdido asunto, pero ella me interrumpe constantemente—. ¿Alex, tu señor Darcy?

—Él no es ningún señor Darcy, pero sí, ese tipo que sigues confundiendo con el señor Darcy.

—¿Cómo fue el sexo?

Pongo los ojos en blanco y le digo:

—Nunca terminaré si sigues interrumpiéndome.

Ella sonríe y pregunta:

—¿Tan bueno, eh?

—Sí —gimo—. Nunca he... nunca ha sido... No sabía que podía ser así, Trish. Nunca.

—Vaya, vaya.

Asiento.

—¿Y simplemente apareció con la gatita?

—Fue tan dulce con ella, además. Fue raro.

—¿Raro cómo? —pregunta mientras continúa examinando a Carmen.

—Era tan molestamente gentil con ella. Como que sé que tenía que estar despertándose cada dos horas para alimentarla, y ni siquiera le gustan los gatos. Y deberías haberlo visto, tenía una manera de ser con Carmen. Como si cada vez que la miraba o pensaba en ella, sus ojos y su voz se suavizaran.

—La ama.

—Parece que sí —el pensamiento hizo que mi voz temblara. Aclaro mi garganta y me enderezo—. Y es tan molesto.

Trisha se ríe.

—¿Qué parte? ¿La parte donde está enamorado de una gatita o la parte donde te gustó verlo enamorado de la gatita?

—Oh, cállate, es demasiado blando.

—Dijiste que es este bombero súper musculoso, ¿no?

Asiento.

—¿Y?

—Me suena a que es duro y suave. Y esa es como la mezcla perfecta, ¿no?

—Para una mujer que quiere un hombre moderno, seguro que es genial. Lo eché después del

sexo, así que...

—¡Raina! —dice, demasiado fuerte.

Me encojo de hombros.

—No es lo que estoy buscando —cruzo los brazos obstinadamente.

—Déjame ver si lo entiendo bien. Has estado detrás de este tipo, así que cuando aparece, lo consigues, y luego lo echas. Pero ¿él es el que es demasiado moderno?

—No es así, Trisha.

—Es bombero, lo que significa que su profesión es rescatar a la gente. Literalmente arriesga su vida por los demás.

—Cierto.

Ella vuelve su mirada hacia mí, y no puedo apartar la vista.

—Está construido como una torre hecha de músculos, tus palabras, no las mías.

—Sí.

—Y ha rescatado no a uno, sino a dos gatos, los cuales dices que odia. Sin embargo, lo hace de todos modos y se enamoró de uno de ellos.

Sus declaraciones eran como alfileres en mi globo de odio hacia Alex.

—¿Y?

—Alex es literalmente un salvador que tiene el cuerpo de un dios y es capaz de cambiar.

Me trago mi molestia con ella.

—¿Tu punto?

—Te lo digo con amor, chica. Estás siendo estúpida. Y eso no es propio de ti. Él es un héroe victoriano.

Un jadeo parte mis labios y me siento ofendida por su evaluación. —¡Él no se parece en nada a los hombres sobre los que escribo! Esos hombres son profundos y complicados y apuestos, tienen grandes arcos argumentales sobre redención...

—¿Acaso no ha redimido contigo su aversión por los gatos? —Señala a Carmen—. Y no sabes si tiene un pasado sombrío que lo haga complicado, porque sigues ahuyentándolo.

—¡No tuvo ningún problema en acostarse conmigo!

—¡Y por lo que parece, tú tampoco!

—¡Es tan moderno!

—Lo cual sigue siendo uno de los requisitos más tontos de todos, y solo una excusa para mantener a todos los hombres a raya.

La miro con el ceño fruncido. Alex dijo algo muy parecido. Pero no confirmaré su evaluación sobre mí diciéndole eso. Estoy demasiado enfadada con ella para darle esa satisfacción, así que cambio de tema. —¿Cómo está Carmen?

—Oh, está bien. Ni siquiera te diste cuenta cuando le puse las vacunas, porque estabas demasiado concentrada en contarme sobre Alex, el sexy bombero, del que niegas que te guste a pesar de que es perfecto para ti.

Coloco suavemente a Carmen en su transportín, luego me giro bruscamente hacia Trisha y le digo: —Gracias. Nos vamos ya.

—Bien, vete. Pero eso no cambia el hecho de que tengo razón.

Pago en recepción y saco a mis niños por la puerta, esperando que Trisha tenga otra cita justo después de mí. No necesito una charla ahora mismo. Necesito escribir.

-

Han pasado dos semanas desde que Carmen llegó a nuestras vidas, y se ha convertido en una gatita sana y feliz de cinco semanas. Cuando escribo, ella y Monroe se quedan bajo el escritorio,

cada uno a menos de treinta centímetros. He estado en una especie de frenesí, recorriendo mi tablero Kanban, armando mi nuevo elenco de personajes.

Ahora mismo, estoy trabajando en el Personaje Principal Masculino, o PPM. Hasta ahora, las notas que he juntado incluyen alto y dispuesto a ponerse en peligro. Ya había escrito su encuentro inicial, así que esa escena también está ahí. Cuando la releo, me doy cuenta de que es terriblemente similar a cómo conocí a Alex.

Luego, noto que todos los nombres que he recopilado para él comienzan con A o una vocal. Andrew, Alfred, Oliver, Atherton, Abraham, Owen, Emmett... esto no funcionará.

Reviso el resto de las notas del PPM, y todo es Alex. Cabello oscuro, hombros anchos, mandíbula fuerte... mirar su sección en el tablero es como enfrentarlo. Es distante, luego se enamora de la protagonista, en contra del buen juicio de ambos. Y ella eventualmente acepta.

Oh, diablos. Estoy contando nuestra historia.

Me agacho y levanto a Carmen, luego le pregunto: —Necesito la opinión de una mujer. ¿Soy una idiota?

Ella maúlla y juguetea con un rizo rebelde cerca de mi frente. La vuelvo a dejar en el suelo y suspiro. Luego miro fijamente el tablero otra vez. *¿Realmente soy tan tonta? ¿De verdad me gusta? No puede ser.*

Voy a la cocina y me hago un sándwich para cenar. Mientras pienso en la estúpida situación en la que me he metido con el libro, garabateo su nombre en una nota adhesiva. Si voy a escribir sobre él, bien podría usar Alexander. Pego su nota en la nevera y pienso en él.

Basar un personaje en una persona real siempre es una propuesta peligrosa. Si las cosas salen mal, siempre tienes el libro para recordártelos. Si las cosas salen bien... bueno, nunca he tenido cosas que salgan bien. Por eso estoy soltera.

No quiero que sea bombero en el libro, sin embargo. Tal vez un médico o algo más fácil de investigar que los bomberos victorianos. Trato de mantener mis libros tan históricamente precisos como puedo sin que eso entorpezca la trama. Con los lectores victorianos, te encuentras con muchos aficionados a la historia, y realmente pueden quitarte la diversión de la fantasía en las redes sociales cuando te equivocas en algo.

-

Es más tarde de lo que pensaba cuando termino. Me quedo dormida en cuanto mi cabeza toca la almohada. Parece que no puedo seguir pensando en Alex ni en nada más. Pero no pasa mucho tiempo antes de que Monroe salte sobre mi pecho. Murmuro: —¿Qué demonios, pequeño?

Luego se acurruca y se duerme profundamente. Me acomodo de nuevo para el resto de la noche y noto que Carmen está apoyada en mi mesita de noche, con sus patas delanteras en el alféizar de la ventana. Su cuerpo blanco está iluminado, casi como cuando alguien tiene luces navideñas en la casa. —Ven a la cama, pequeña.

Pero ella se queda donde está. Y no es época navideña.

Empujo suavemente a Monroe hacia la cama y me levanto para ver qué ha captado su atención. Puedo ver el patio de los Logan desde la ventana de mi dormitorio. La vista suele ser la chimenea a la luz de la luna o el tenue resplandor de la luz de la sala a través de su porche delantero.

Esta noche, son llamas. Solo llamas.

Jadeo, y tengo el teléfono en la mano antes de poder pensar. Salgo corriendo por mi puerta, gritando a la operadora del 911: —¡Fuego! ¡En Marina Road, hay un incendio, la casa de mi vecino está en llamas!

—¿Tiene la dirección exacta?

La grito mientras corro hacia su camino de grava. Una parte de mi mente sabe que las piedras dejarán mis pies en carne viva por la mañana, pero no puedo sentirlo. Lynn está allí, en su bata de forro polar, mirando fijamente su sueño americano envuelto en llamas. Grito su nombre y ella salta, sus ojos llorosos y su rostro contorsionado por el miedo. —¡Jimmy está dentro!

—¡Hay alguien todavía en la casa! —grito al 911.

—¿Es eso el 911? —pregunta Lynn, y asiento rápidamente.

—La ayuda está en camino. ¿Puede quedarse en la línea? —pregunta la operadora.

—Sí, pero ¡necesito sacarlo de ahí! Déjeme que ponga a la dueña al teléfono...

—Espere, no...

Le paso el teléfono a Lynn, quien pregunta: —¿Cuándo llegarán?

Busco un lugar seguro para entrar corriendo, pero no puedo ver nada. Todo es humo o llamas. De repente, una viga cae frente a donde estaba considerando entrar. Una nube de humo la sigue, y me ahogo con el aire acre. Entonces, corro de vuelta hacia Lynn y veo las luces rojas inundar nuestra calle. Los bomberos están aquí. No soy una persona religiosa, pero rezo a quien sea que pueda estar escuchando para que salven al señor Jimmy.

-

Capítulo Doce

Alex

—Incendio en una casa, alguien atrapado dentro... Calle Marina...

No escucho nada más. Antes de darme cuenta, mis pies están en las botas y mis tirantes arriba. Me pongo la chaqueta sin pensar, y el casco ha encontrado su camino a mi cabeza. Estoy en el camión preparándome, mientras espero a los demás. No pasa mucho tiempo antes de que estemos en camino.

Cuando vas de camino a un incendio, cualquier incendio, el tiempo se ralentiza y se acelera. Cada calle parece demasiado larga, y de repente ya estás allí. Una vez vino un terapeuta al cuartel para dar una charla grupal sobre cómo el trabajo de bombero puede llevar al trastorno de estrés postraumático. Según él, esta distorsión del tiempo es completamente normal.

Mi primer incendio fue cuando tenía diez años. Y cada incendio después de ese siempre me hace volver a aquel momento.

Podría ser engañoso llamarlo mi primer incendio, pero así es como siempre lo he considerado. Nuestra casa se incendió cuando mi hermana gemela y yo no estábamos. Nos quedamos a dormir en casa de nuestros abuelos. Ella llevaba un camisón verde menta con unicornios, y mi pijama estaba cubierto de dinosaurios. Dormimos en literas en la habitación de invitados. Es curioso los pequeños detalles que recuerdas años después.

A la mañana siguiente, la abuela nos levantó temprano y nos llevó a la sala de estar. Me quejé y protesté, y Alyssa también. Pero entonces vimos la expresión en el rostro del abuelo y nos callamos. No nos miraba. Simplemente miraba por la ventana. Los ojos de la abuela brillaban con lágrimas mientras nos decía: —Ha habido un incendio...

Después de enterrar a nuestros padres, Alyssa cambió. Se encerró en sí misma y se obsesionó con la repostería. Ahora dirige una pastelería en Charleston y tiene una familia allí, su esposo Grand y su hija Clara. Son la familia perfecta. Estaría envidioso si no estuviera tan orgulloso de ella por haber superado sus problemas.

Yo también cambié. Me obsesioné con la ciencia del fuego. Proteger a la gente se convirtió en mi enfoque después del incendio, porque no podía permitir que lo que nos sucedió a nosotros

le pasara a nadie más. Si pudiera cambiar la suerte de alguien, lo haría. Sin importar qué.

La voz quebrada de la abuela está en mi mente mientras bajamos por la calle Marina. Eso y un solo pensamiento: *Que Raina no sea la que está atrapada en la casa*. Por la dirección, sabía que era su vecino, pero ella pasa tiempo con ellos, y podría ser ella la que está dentro. El pensamiento hace que mi pecho se apriete de pánico.

Las lenguas de fuego lamen las ventanas, mientras el humo se eleva hacia el cielo. Como las casas están muy separadas, el fuego no se ha extendido. Ben dijo: —El despacho se equivocó. No es toda la casa.

El despacho siempre se equivoca. Viene con el trabajo. Los testigos ven un incendio en una casa y es el mayor incendio que han visto jamás, así que por supuesto, se informa así. Pero nunca es tan grande y me alegré de verlo.

Los vecinos, sin embargo, están horrorizados. Están dispersos en sus jardines delanteros y algunos en la calle. Ben tiene que aparcarse el camión con cuidado, después de abrirse paso entre ellos tocando la bocina. El resto de nosotros saltamos y nos ponemos a trabajar. Nunca he tenido problemas para concentrarme en la tarea en cuestión; después de todo, pasas por tanto entrenamiento que se convierte en memoria muscular. Pero había una parte de mi mente que estaba dividida del resto. Era una parte de mi cerebro con la forma de Raina.

Fue la primera persona que vi cuando llegamos corriendo con la manguera. El alivio casi me hizo tropezar, me sentí tan aliviado por la sensación. Estaba de pie junto a la señora Logan en pijama. Puedo dejar de preocuparme y concentrarme enteramente en el fuego.

Todo pasa en un borrón, pero es el borrón al que estoy acostumbrado. Mi cuerpo está pesado por el miedo e impulsado por la adrenalina. Es como correr a través de barro hasta la cintura hacia algo que podría matarte de media docena de maneras.

Las voces de los equipos resuenan en mi cabeza por la radio. Las voces retumban en mi cabeza. Mi respiración pulsa en mi máscara. Bridges corre por el jardín para alejar a Raina y a la señora Logan, y por la radio, dijo: —El marido todavía está en la casa.

—Entendido —respondo.

Todos tienen sus puestos. El mío es entrar y rescatar a los supervivientes. Este caso parece relativamente sencillo, ya que la puerta principal está abierta de par en par. Me apresuro a entrar.

Humo por todas partes, así que camino con cuidado sobre el suelo alfombrado y paso por un borrón de demasiada decoración para buscar al marido. Nadie en la cocina y el fuego no empezó allí. Está casi limpia.

Subo las escaleras de dos en dos. Llego al final de un pasillo estrecho. El papel tapiz se desintegra por las llamas y se encoge en cenizas. Las llamas apuñalan alrededor de los bordes de las puertas, buscando combustible. El humo enmascara los dos pies superiores del espacio del techo.

Choco contra algo. Es duro. Probablemente no es el marido, sino una mesa. Grito: —¡SEÑOR!

—¡Aquí! —grita una voz. Está en la habitación al final del pasillo.

—¡Quédese ahí si puede, voy para allá! —Corro hacia la voz y uso la radio para decirles que traigan una escalera a la habitación en el extremo oeste de la casa. Tara responde afirmativamente. Hay más charla sobre la ambulancia, pero la aparto de mi mente para concentrarme en sacarlo de allí—. ¡Voy a entrar, aléjese de la puerta!

—¡De acuerdo!

Abro la puerta y retrocedo rápidamente. El humo se derrama en el pasillo desde la habitación. Pero solo humo. Sin llamas. Un anciano está sentado contra la pared del fondo cerca de una

ventana, tosiendo y ahogándose. Está rodeado de humo y apenas puedo verlo.

La puerta del baño en suite está abierta al otro lado de la habitación, con llamas y humo saliendo por la puerta. Todo lo que está cerca está chamuscado y cubierto de hollín.

—¡Lo tengo! —le grito mientras me acerco. Tan pronto como abro la ventana, sé que nuestro tiempo en la habitación es limitado. En el momento en que el humo encuentra una nueva salida, inunda el exterior y añade más aire al fuego, haciendo que crezca exponencialmente. Tara tiene la escalera en posición, y la aseguro a la ventana—. ¿Puede ponerse de pie?

Tose: —Creo que sí, hijo —Agarro sus brazos para ayudarlo a levantarse y él entrecierra los ojos mirando mi máscara—. ¿Eres el chico de los gatos?

—Soy el chico de los gatos —respondo. En el momento en que intenta sonreír, sus pulmones expulsan humo hacia mí. Lo agarro antes de que se derrumbe en el suelo—. Vamos a sacarlo de aquí —Lo acerco a la ventana y lo ayudo a trepar hacia atrás. Es incómodo para todos la primera vez, y aún más cuando te falta oxígeno. Hace una mueca cuando toca el alféizar caliente, pero encuentra el equilibrio más rápido de lo que esperaba. Tomo sus brazos y Tara agarra sus piernas —. Lo tenemos, señor.

—Lo sé —esboza una pequeña sonrisa.

Sigo sus brazos y Tara lo guía hacia abajo. Cap grita por la radio: —¡Salgan, se está derrumbando!

—Entendido —respondo. Sigo al señor Logan por la escalera, agradecido de que no haya nadie más en la casa.

Los paramédicos se llevan rápidamente al señor Logan, y comienza la verdadera batalla. El agua golpea contra las paredes, mientras el humo sale por los agujeros hechos por el equipo. La casa no tiene salvación. Luchamos así para salvar el resto del vecindario. Mientras observamos, el techo se derrumba hacia adentro, junto con las paredes del piso superior.

Todo el evento dura tal vez noventa segundos, pero pasarán días antes de que me calme por completo. Siempre es así para mí. Para otros, pueden ser horas o semanas. Algunos bomberos nunca se recuperan, y o bien abandonan el trabajo o anhelan la adrenalina del próximo rescate y se convierte en una adicción para ellos. Nunca quiero trabajar con alguien así. Son peligrosos.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho. Me quito el casco y la máscara, luego agarro una botella de agua. Es fácil deshidratarse con todo ese equipo y a esas temperaturas. Mi cuerpo está demasiado caliente. La adrenalina me mantiene acelerado.

El terapeuta que vino para nuestra presentación dijo que la adrenalina hace que las pupilas se dilaten exageradamente, por eso todo parece mucho más brillante durante un tiempo después de un incendio. La sangre se redistribuye, por lo que el cerebro tiene mejor acceso a la glucosa, lo que explica la caída de azúcar en sangre después. Casi siempre hay una carrera masiva por hamburguesas y tacos después de que todos regresamos de un incendio.

El fuego se reduce a brasas húmedas y humeantes mientras observo. El orgullo y la alegría de los Logan no es más que una masa oscura y brillante en la oscuridad. Es triste, pero me alegró ver a la pareja ser llevada junta en la parte trasera de la ambulancia. Siempre que él no tenga otras condiciones médicas, estará bien. Respiro profundamente aliviado, sabiendo que hice mi trabajo.

Unos pasos rápidos se acercan, y mi respuesta de lucha o huida aún está en alerta máxima, así que me giro para enfrentar a mi atacante antes de que llegue a mí. Es Raina y me rodea con sus brazos. Sin pensarlo, la atraigo hacia mí. Es un abrazo incómodo, debido a mi equipo. Pero ella me abraza más fuerte de lo que había imaginado que podría, dado su tamaño.

Quiero hundir mi rostro en sus rizos despeinados, pero sé lo ahumada que la dejaría, y me

resisto. Mis manos enguantadas la sostienen y no puedo dejar de pensar: *Quiero más de esto. Quiero esto todo el tiempo.*

Ella murmura contra mí: —Gracias.

Siento que debería ser yo quien le agradezca. En este momento, no tengo miedo de nada. —
¿Puedo ir mañana? ¿Para ver a Carmen? ¿Y a Monroe?

—¿Y a mí? —pregunta con esperanza en sus ojos.

Sonrío. —Y a ti.

—Absolutamente —dice con entusiasmo. Creo que nos sorprendió a ambos.

—¿Estás segura de eso?

—Sí —dice firmemente—. Tengo una videollamada con mi agente por la mañana, pero voy a cancelarla. Estoy demasiado alterada con todo esto que ha pasado.

—Tiene sentido. Necesito reunirme con mi equipo. ¿Nos vemos a eso de las ocho?

Ella asiente rápidamente, luego me deja ocuparme de mis asuntos. No puedo creer que haya aceptado, pero estoy eufórico. Así es la adrenalina. Todo es lo mejor o lo peor durante un rato. Y estoy feliz de disfrutar este subidón con Raina. Cuando me reúno con todos, Bridges dice: —Vi que te dieron un abrazo.

—Cállate.

Sonríe cuando pongo los ojos en blanco.

-

Capítulo Trece

Raina

No quiero salir de la cama. Me he ganado dormir hasta tarde después de lo de anoche. Seguí a la ambulancia hasta el hospital y, cuando nos enteramos de que no iban a dejar salir al señor Jimmy anoche, la llevé de vuelta para que recogiera su coche. Me he ganado con creces una hora extra de sueño.

Pero entonces mi teléfono cobra vida. Monroe maúlla al oírlo, así que estiro el brazo y lo miro. Un email empalagoso, con ese tono meloso que usa cuando está molesto. Me perdí la reunión. Le envió un mensaje disculpándome y le cuento lo que pasó anoche. Me llama.

—¿Están todos bien? Es terrible.

Estoy demasiado gruñona para usar palabras de verdad.

—Todos estarán bien. Inhalación de humo. Necesito dormir, Harold.

—Sí, lo necesitas. Suenas fatal.

—Gracias. Buenas noches.

Pero no puedo dormir. El humo sigue siendo intenso cuando abro la ventana; debe ser la humedad, que lo mantiene en el aire. La cierro rápidamente. No puedo soportar ese olor por mucho más tiempo. Me había dado tres duchas para quitármelo del pelo y de la piel cuando llegué a casa anoche. Incluso me desvestí en el lavadero para evitar que impregnara el resto de la casa. Hice todo lo posible para evitar que mi casa apestara a humo, así que ¿por qué algo me está molestando?

Alex. A las ocho.

Y son las 11:30. Maldita sea. ¿Ya habrá venido y se habrá ido? De repente, me pongo de pie y la adrenalina se dispara. Necesito ducharme una vez más antes de que llegue. Corro por la casa, para gran disgusto de los gatos. Abro cajones de golpe y rebusco en ellos para encontrar el atuendo perfecto, maldigo mi falta de estilo y mi incapacidad para prestar atención a esa maldita revista en la oficina de Trisha, y luego salto a la ducha. Estoy empapada cuando oigo el timbre. Por supuesto.

Grito:

—¡Un momento!

Sabiendo perfectamente que no puede oírme. Una toalla en el pelo y mi bata es todo lo que llevo puesto. De camino a la puerta, los gatos me siguen de cerca maullando por su desayuno. Soy un completo desastre cuando llego allí.

Y Alex se ve perfecto. Camisa blanca con botones, mangas remangadas hasta los antebrazos. Vaqueros. Los hombres lo tienen tan fácil. Echa un vistazo a donde se me ha abierto la bata,

antes de hacer contacto visual. Me la sujeto para cerrarla y le digo:

—Pasa.

—He traído el desayuno —dice alegremente, y levanta unas cajas rosas y blancas atadas con una cuerda de colores. Pasa junto a mí y yo corro a cerrar la puerta y mantener a los gatos dentro. Dice—: Sé que dijimos a las ocho, pero necesitaba dormir hasta tarde, y pensé que tú también lo necesitarías, y aún no tengo tu número de teléfono, así que espero que esto esté bien.

Capto un atisbo de energía nerviosa en ese parloteo. Deja las cajas sobre la mesa del comedor y espera mi respuesta, pero yo todavía estoy sorprendida de que el confiado rescatador de mi querida amiga pueda estar nervioso.

—Eh, gracias, yo también necesitaba dormir, tienes razón. Y gracias por el desayuno.

—¿Cómo están el señor y la señora Logan? —pregunta.

—El señor Jimmy sigue en el hospital, pero anoche los médicos dijeron que probablemente podría irse a casa antes de que termine la semana, quizás antes —paso junto a mis peludos mendigos y cojo sus recipientes de comida—. Creo que Lynn está buscando un hotel.

Carmen se detiene de camino a su cuenco de comida, con la cola agitándose mientras mira a Alex. Un saludo gatuno. Pero está demasiado distraída por su comida como para acercarse.

—¡Dios mío! —exclama. Su sonrisa es tan amplia que se le arrugan los ojos oscuros—. ¡Ha crecido tanto!

Se agacha y Carmen abandona su comida para acercarse a él. Alex la coge y la acuna contra su pecho. Veo a este hombre grande y fornido acunando a una gatita. Le rasca la barriga y deja que le dé manotazos, luego ella le mordisquee los nudillos mientras él se ríe.

—Uno de sus ojos parece marrón —dice, preocupado—. ¿Es normal? ¿Está bien?

Asiento y sonrío. Me quito la toalla del pelo. No es como si no me hubiera visto hecha un desastre antes. A la mierda.

—Sí, es totalmente normal. Probablemente será heterocromática. Ojos de diferentes colores. Pasa todo el tiempo.

—Eso no significa que tenga ningún problema subyacente, ¿verdad? O sea, ¿es normal en los gatos?

La deja en el suelo y ella sale disparada hacia su cuenco de comida.

—Es más común en gatos que en personas. Y no está relacionado con ningún otro problema genético. Carmen estará bien —le aseguro.

Las cajas que Alex ha traído tienen un texto en negro: "Sweet Thing". Aparto una silla y me siento.

—Entonces, ¿ese es el nombre de la pastelería?

—Sí —levanta una de las tapas y muestra el tesoro que hay dentro. Son danesas con diferentes rellenos—. Es una pastelería de Charleston. La pastelería de mi hermana gemela. Es increíble. Te encantará. Prueba una.

—¿Tienes una hermana gemela? —Me sorprende que por fin se esté abriendo. Nunca la había mencionado antes. Pero nuestras interacciones hasta ahora no se han basado en la conversación. Cojo una servilleta y elijo lo que parece ser una danesa rellena de cereza.

—Se llama Alyssa —dice mientras coge una simple. Abre la siguiente caja, que está llena de donas preciosas.

De hecho, mi danesa de cereza parece sacada de la receta destacada de una revista.

—¿Ella hizo esto? ¿O sea, desde cero?

Asiente con orgullo y le da un mordisco enorme a su danesa. Pruebo la mía y sabe tan bien como se ve. No, sabe mejor que eso. Lo miro y mi reacción debe estar escrita por toda mi cara.

—Es la hostia, ¿verdad?

—Dios mío, ¿pesa ella doscientos setenta kilos?

Se ríe.

—Deberías probar una cuando están calientes y recién hechas. Es la mejor pastelera de toda Carolina del Sur. Quizás de todo el país.

Está siendo demasiado adorable ahora mismo y me doy cuenta de que condujo hasta Charleston esta mañana. Eso son cuarenta y cinco minutos de viaje en cada dirección. Y realmente cree todo lo que está diciendo sobre su hermana. Sigue hablando maravillas de ella mientras termina su pastel, con la admiración claramente reflejada en su rostro. Y es encantador.

—Entonces, ¿cómo es tu gemela? —me pregunto.

—Alyssa es la mejor —responde con entusiasmo—. Está casada con un magnate, que uno pensaría que sería un imbécil, pero en realidad él también es genial. Me ha llevado a pescar en su velero y está con los brazos metidos hasta los codos en las tripas de los peces como todos los demás, no es como si estuvieras en un yate con personal y todas esas tonterías. Tienen una hija adorable, Clara, ¡oh, hola, Carmen! —Se distrae con su ternura y mi cocina nunca ha estado tan animada.

Carmen se sienta y mira a Alex por un momento, su cola se mueve, su nariz rosa se agita. Después de unos segundos de enfrentamiento, intenta saltar a su regazo y falla. La pobre no es lo suficientemente fuerte para un salto tan grande. Se cae pero se pone de pie rápidamente.

Alex se ríe y la levanta mientras ella le maúlla. Una vez en su regazo, se acomoda y ronronea, más feliz de lo que la he visto jamás. Él la mima: —Realmente ha crecido mucho. Gracias por acogerla.

Asiento. —Está muy sana, según el veterinario. Ha recibido sus vacunas y desparasitación, y la esterilizaré tan pronto como pueda.

—¿No quieres ser abuela?

Me río ante la idea. —Todavía no.

Él asiente y la acaricia un poco más, su atención dividida entre nosotros.

—Así que —aclaro mi garganta para preguntar—, ¿por qué fuiste hasta Charleston esta mañana? Aparte de por los pasteles, que de hecho son revolucionarios.

—Solo por los pasteles. Quería que tuvieras un desayuno de verdad después de todo el caos de anoche, y los de Alyssa son el mejor desayuno que se me ocurrió.

Doy otro bocado y me doy cuenta de lo cerca que estoy de terminar. ¿Ha cambiado desde que lo conocí, o siempre fue así y simplemente asumí que era alguien diferente? Sentada frente a él mientras acaricia a una gatita dormida y se deshace en elogios sobre su gemela, conduciendo todo ese camino por unos pasteles para mí, cuando es el tipo que salvó a mi amiga... es casi...

¿Noble? ¿Valiente?

Alex pregunta: —¿Tienes familia en la zona?

Siempre es una pregunta difícil de responder, sin importar dónde viva. ¿Debería decirle la fea verdad o disimularla? Todavía es algo de lo que no quiero hablar. Miro a Monroe, terminando su desayuno. —Solo los gatos. Soy hija única. Y mis padres fallecieron hace unos años.

Él dice en voz baja: —Lo siento mucho, Raina.

No puedo mirar su cara. Verá mi dolor y eso me hará llorar. Trisha siempre me insiste en que hable de ello, sin embargo. Tal vez... —Mamá tuvo cáncer. Lo venció. Luego lo tuvo de nuevo. Papá... se enfermó justo después. Siendo hija única... solo estoy yo estos días.

Alex no dice nada. Sé que tiene que estar incómodo. A nadie le gusta hablar de la muerte. Pero no intenta callarme con algún aforismo o frase trillada sobre el plan del universo.

Simplemente me deja hablar.

—Mamá y papá no venían de familias grandes tampoco. Los pocos parientes que tenían ya se habían mudado al norte o al oeste. —Mi acento sureño suena fuerte y claro cuanto más emocionada me siento—. Tenían amigos alrededor, pero yo nunca fui cercana a ellos. Me mudé aquí desde Mount Pleasant cuando terminé de vender su casa. Mi dolor fue demasiado para mi novio Spencer en ese momento, y rompió conmigo después de sus muertes. Necesitaba un cambio. Uno grande.

Alex me había mirado con los ojos muy abiertos cuando dije la parte sobre mi novio. Sabía que tenía cosas que decir, su mente corría salvaje como evidenciaba su expresión. Pero aun así, permaneció en silencio.

Me río un poco. Suena extraño a mis oídos, como si fuera inapropiado o fuera de lugar. No debería reírme pensando en el peor año de mi vida, pero después de sentir todas las demás emociones, parece que me quedo con el humor negro. —Él también es psiquiatra.

—No quiero interrumpir, pero ¿tu novio psiquiatra te dejó por llorar a tus padres?

Asiento.

—Spencer es un imbécil.

Me río. —Para decirlo de manera sucinta.

Él sacude la cabeza con disgusto. —Entonces, ¿qué te hizo venir a Rockville?

—Lancé un dardo al mapa.

Se ríe. —¿En serio?

—Tuve suerte, ya que mi mejor amiga está a solo una hora de distancia. Ella también es nuestra veterinaria. Y desde que me mudé aquí, los Logan han sido las únicas personas que conozco, pero son geniales, así que me considero muy afortunada.

—Y yo —añade.

Sus ojos oscuros están abiertos y sinceros. Quiere estar en mi lista de amigos.

—Y tú —digo con una sonrisa.

-

Capítulo Catorce

Alex

Hablamos durante horas. Es como si no pudiera dejar de hablar, pero cuando lo hago, ella interviene. La conversación es fácil y fluida, y después de terminar dos cafeteras y demasiados pasteles, bebemos todo su té dulce. Ella vuelve a alimentar a los gatos y se peina el cabello. Yo juego con Carmen. Le pregunto sobre su trabajo, ella me pregunta sobre el mío. Es literalmente el mejor día que he tenido en mucho tiempo. El mejor día con ropa, al menos. Finalmente, echo un vistazo afuera y está oscuro. Le digo:

—Vaya, abre las cortinas.

Ella se levanta y se estira, luego tira de las cortinas hacia atrás.

—¡Dios mío!, ¿ya es de noche? Con razón tengo hambre.

—Cuando encendiste las luces antes, pensé que te habrías dado cuenta de que la noche se nos echaba encima.

—Supongo que sí, pero no le había prestado mucha atención. Estaba agradablemente distraída —dice con una sonrisa.

Como se está haciendo tarde, me pongo de pie y me estiro también. Las sillas de su cocina no están hechas para conversaciones de diez horas y algo en mi espalda cruje.

—Quizás debería irme a casa.

Raina tiene una expresión en su rostro, luego sonrío.

Agarro algunas de las cajas de pasteles y las desmonto para que quepan en el cubo de basura.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Limpiando. ¿Dónde están las toallas de papel? Hice un pequeño desastre en mi lado de la mesa.

—Ni hablar —alcanza las cajas—, los invitados no limpian.

—Los invitados bien educados sí —digo mientras mantengo las cajas fuera de su alcance.

Ella protesta:

—Los invitados bien educados hacen lo que dice la anfitriona —lo intenta de nuevo, y es tan lindo cuando salta por las cajas. Nunca las alcanzará así, pero cuando salta, sus pechos rebotan, y

me distraigo—. ¡Déjame ser una buena anfitriona, maldita sea!

Su último salto hace que choque conmigo, y casi me hace perder el equilibrio. Luego se tambalea y dejo caer las cajas para evitar que se caiga. La agarro por la cintura y es un momento sin aliento, como en las películas románticas. Miro su rostro. Puedo decir que ella también lo siente.

No sé cuál de los dos se inclina primero, pero nos encontramos a mitad de camino, labios primero. Su beso me vuelve loco. Hay electricidad en esos labios y quiero cada sensación chispeante que envía por mi columna vertebral.

No puedo detenerme y no lo haría si pudiera. La última vez que hicimos esto fue el mejor sexo que he tenido en mi vida, y lo quiero una y otra vez. Paso mis manos por su espalda y su cabello. Quiero que mis dedos huelan a su champú mañana.

Ella me besa con más fuerza, como si también tuviera hambre de mí. Es un alivio saber que no estoy solo en mi deseo por esto. Sus manos se deslizan sobre mis vaqueros y me acaricia allí. Gimo en su boca, palpito en su mano y ansío cada centímetro de su cuerpo.

Mis dedos tocan esa franja de piel entre el cuello de su bata, y ella me lo permite. Raina se estremece cuando hago contacto, y parte de mí se pregunta si se va a volver toda una Reina de Hielo en cualquier momento. Espero por Dios que no. Quiero hacerla estremecer de nuevo.

Sus manos vagan por mi cuerpo y mi ropa, como si también estuviera buscando piel. Finalmente, logra sacarme la camisa y sus fríos dedos hacen cosquillas en mis cálidos abdominales.

Jadeo:

—¡Frío!

Ella dice seductoramente:

—Entonces deberías calentarme.

—Estaré encantado. Si me lo permites.

Raina desata su bata y la deja caer al suelo.

—Sígueme.

Sin dudar, la sigo por el pasillo hasta su dormitorio, quitándome la ropa por el camino. Una vez que también estoy desnudo, *accidentalmente* choco con ella por detrás. Ella se ríe, y maldita sea si ese no es el sonido más sexy del planeta.

Una vez dentro de su dormitorio, se abalanza sobre mí y nos derriba sobre su cama. Me está volviendo loco. Es tan pequeña y femenina que su lado sexual juguetón siempre parece tomarme por sorpresa. Besa mi cuello, luego mi pecho. Lame mi pectoral, luego me da un pequeño mordisco, antes de mirarme y sonreír.

Finjo regañarla:

—Niña mala.

Ella se ríe de nuevo y dice:

—Supongo que tendrás que castigarme.

—Y yo que planeaba recompensarte. En fin —digo antes de levantarla y voltearla sobre su espalda. Ella se ríe y forcejea todo el camino. Luego, sujeto sus manos contra la cama—. Dijiste que tengo que castigarte. ¿Verdad?

Ella no habla, pero la mirada salvaje en sus ojos y el sutil asentimiento hablan por sí solos.

Sujeto ambas manos juntas bajo una de las mías, toco su suave piel por todas partes. Luego acaricio su piel suave, comenzando por su clavícula, luego su esternón y alrededor de su ombligo. Luego hago el mismo patrón de nuevo. Para cuando hago otro, ella está temblando y gimieando. Finalmente, llego entre sus piernas después de la cuarta vez alrededor de sus zonas no

erógenas, y ella jadea:

—¡Alex!

—¿Se siente bien?

—¡Dios, sí! —Entonces libero sus manos y bajo por su cuerpo. Cuando le hice sexo oral la última vez, me sentí apresurado. Hoy no me apresuro. Planto suavemente besos y mordiscos por todo su cuerpo antes de llegar a lo bueno. Agarro una almohada antes de bajar allí, luego levanto sus caderas sobre ella. Ella se ríe—. ¿Qué estás haciendo?

—Castigándote —digo con un guiño antes de acomodarme entre sus muslos. Entonces comienzo. Deslizo mi lengua alrededor de su piel sensible, y ella se retuerce pero no puede moverse mucho debido a la almohada. La separo y encuentro su clítoris. Cada parte de ella es hermosa y la rodeo allí con mi lengua, mientras ella gime mi nombre de nuevo. Busco ese punto que encontré la última vez hasta que hace un cierto ruido. No es muy diferente a un chillido, pero es más dulce que eso. Cuando lo hace de nuevo, todo su cuerpo se pone rígido.

Ese es el punto.

Me quedo quieto, pero dejo que mis dedos jueguen dentro de ella. Raina comienza a temblar rápidamente, pero no tengo planes de detenerme. Sus muslos aprietan mi cabeza, y ya no puedo oírla, pero sus talones se clavan en mi espalda cuando su cuerpo se tensa, así que lo tomo como una buena señal. Dentro de ella, todo se está humedeciendo más y se aprieta alrededor de mis dedos. Finalmente, puedo oírla sobre la presión de sus piernas alrededor de mis oídos.

Y sigo adelante.

Raina se retuerce más, pero no me detengo. Hasta que finalmente, se impulsa con sus hombros y se aleja de mí. Su respiración es entrecortada y agitada, y me arrodillo. Me mira a los ojos, con la cara sonrojada. Me da un asentimiento, así que me arrastro de vuelta hacia ella en la cama.

Me recuesto sobre su diminuto cuerpo, temeroso de aplastarla, aunque sé que puede soportarlo. De lo que no estoy seguro es del resto de ella. Rápidamente pregunto:

—¿Condón?

—Estoy limpia y tomo anticonceptivos.

Sonrío.

—Yo también estoy limpio.

Se muerde el labio inferior y dice:

—Entonces, realmente no los necesitamos, ¿verdad?

—Yo no, si tú no —le digo. Ha pasado mucho tiempo desde que prescindí de ellos, pero confío en Raina sin dudar.

—No los necesito.

Asiento y me presiono contra su delicada intimidad. Está húmeda y cálida, y se siente tan bien que quiero gritar. Me froto contra ella allí, saboreando cada sensación. Finalmente, no puedo soportarlo más y empujo una pulgada. Tengo que darle tiempo para que se ajuste; es pequeña en todas partes. Me deslizo dentro y fuera, poco a poco, hasta que sé que no voy a lastimarla. Sus gemidos se convierten en gruñidos. Entonces, me recuesto sobre ella más completamente. Una vez que estoy completamente dentro, susurro:

—¿Raina? ¿Lo hiciste?

—Sí —jadea con fuerza. Empujo más fuerte dentro de ella y en mis embestidas, empieza a maldecir como un marinero. Estoy tan contento de haberla llevado allí primero. No puedo aguantar mucho más; todo el día se ha sentido como un juego previo tántrico para mí. Pero entonces dice algo que nunca olvidaré.

—Dime cuándo.

—Sí —gruño.

—Quiero usar mi boca —suelta de repente.

Eso es todo. Gimo y acelero, antes de jadear:

—¡Ahora!

Me empuja hacia atrás y me toma en su boca, dejándome terminar allí mismo. Pero entonces, no me suelta. Me retuerzo bajo ella y suplico:

—Raina, ¡por favor!

Ella se ríe y finalmente me suelta. Me desplomo sobre sus almohadas. Todo está torcido en la habitación, incluida su sonrisa. Se arrastra hasta mis brazos.

—Eso fue increíble.

Jadeo e intento recuperar el equilibrio.

—Sí, lo eres, pequeña descarada.

Ella se ríe de nuevo, y todo está bien en el mundo. Mientras me quedo dormido, espero que esta sea la Raina con la que me despierte, y no la Reina de Hielo que me destrozó la última vez.

-

Capítulo Quince

Raina

¿En qué demonios estaba pensando?

Mi primer pensamiento del día y ya estoy enojada conmigo misma. Estoy envuelta en los gruesos brazos musculosos de Alex y estoy furiosa. Me deslizo fuera de su cuerpo y me abro paso por la casa. Después de alimentar a los gatos, recojo su ropa y la dejo doblada junto a su lado de la cama.

No. No es su lado de la cama. Es el lado de mi cama donde está durmiendo. Nada aquí es suyo.

¿En qué demonios estaba pensando?

Es el pensamiento que me acompaña durante toda la mañana. Me visto con ropa de la secadora para no tener que entrar en el dormitorio y ver su cuerpo escultural y hermoso enredado en mis sábanas de nuevo. Es tan guapo.

No es mío. Nunca lo será. Es moderno.

Sin ningún tipo de compromiso, estaba más que feliz de dormir conmigo otra vez. Solo que esta vez, se quedó a dormir. Toda la noche.

Y se sintió tan bien dormir a su lado.

Miro con furia a la estúpida romántica en mi cabeza. ¿Qué sabe ella? Nunca he sido muy aficionada a los dulces, no hasta que probé los pasteles de la hermana de Alex. Antes de eso, cuando me sentía deprimida o sola, era una chica de lo salado, completamente. Tal vez si alimento a mi romántica interior con un poco de tocino, se calmará.

Después de poner el café, extendiendo el tocino en una bandeja para hornear, y de repente Monroe está muy interesado en lo que estoy haciendo. Le digo que no, pero no es muy buen oyente, y pronto una tira de tocino crudo va arrastrándose detrás de él mientras corre. Carmen va en caliente persecución de la nueva cola grasienta de Monroe. No le he dado nada como tocino crudo todavía, y sé que le molestará el estómago, así que ahora yo también los estoy persiguiendo.

La puerta de mi habitación se abre, y escucho:

—Oh, hola, qué...

Antes de chocar contra una pared. Caigo de culo frente a Alex, los gatos corren en direcciones opuestas, y la tira de tocino abandonada yace sola en el suelo junto a mí. Bueno, al menos gané esa batalla. Pero me duelen el hombro y el trasero.

—Ay.

Alex está de rodillas a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás bien? ¿Te golpeaste la cabeza? ¿Cuántos dedos estoy mostrando?

Resoplo.

—Estoy bien. No me golpeé la cabeza. 82.

—No es gracioso. ¿Segura que estás bien?

—Me duelen el hombro y el trasero, aparte de eso, estoy genial.

Frunce el ceño y dice:

—Déjame ayudarte a levantarte.

Me pone de pie en un instante, y agarro el tocino para mantenerlo lejos de los gatos.

—Gracias. No puedo dejar que Carmen llegue al tocino crudo.

Asiente y dice:

—Eso parece una buena idea.

—Ven —le digo, y vamos a la cocina. Afortunadamente, mi caída parece haber dispersado a los gatos, así que la bandeja de tocino crudo está intacta. La meto en el horno y le digo a mi romántica interior que el tocino está en camino. Necesito mantenerla distraída de lo que estoy a punto de hacer.

Saco dos tazas del armario y sirvo nuestros cafés, luego pongo la crema y el azúcar. Mientras preparamos nuestras tazas, él dice:

—Tuve un gran día contigo ayer.

—Fue agradable. —Vale, agradable no era la palabra. Tuve el mejor día ayer, incluso antes del sexo. Pero no puedo seguir haciendo esto.

—Me gustaría tener más días agradables contigo.

—Eres dulce, Alex.

Tiene una mirada cautelosa.

—Y somos buenos —hago un gesto vago hacia el dormitorio—, allí.

—También somos bastante buenos aquí.

—¿Qué quieres decir?

Sonríe, pero hay una tristeza en ello.

—No vine ayer aquí por sexo. Vine ayer porque me invitaste, y pensé que podría tener la oportunidad de conocerte. Y ese pensamiento me mantuvo feliz todo el camino hasta Charleston y de vuelta.

¿Por qué tiene que ser tan encantador?

—Alex...

—Conozco ese tono, Raina. Y te estoy conociendo. Tu... temperamento. Tus estados de ánimo. Eres un laberinto, y estoy aprendiendo dónde están tus callejones sin salida. No te gusta el compromiso. No te gusta sentirte atrapada, a menos que sea en tu cama. —Sonríe con picardía.

Me sonrojo intensamente. Nunca antes un chico me había hecho eso, y fue excitante. Mi cuerpo se sintió eléctrico cuando lo hizo.

—Yo...

Alex niega ligeramente con la cabeza y dice:

—Y no estoy tratando de hacerte comprometer con nada más que la posibilidad de otra cita. Tal vez incluso una cita real. En algún lugar que no sea tu casa. Podría haber incluso servilletas de tela, pero no quiero que pienses que eso significa un compromiso a largo plazo. —Está siendo tan lindo ahora mismo.

Maldita sea.

—No lo sé, Alex. Es que...

El temporizador del horno suena. Resoplo, luego me levanto y saco el tocino. Huele tan bien

que se me hace agua la boca. Estoy famélica. Coloco el tocino sobre unas toallas de papel, luego me doy la vuelta. El silencio ha vuelto a llenar el espacio entre nosotros.

Finalmente suelto lo que he necesitado decir:

—Es que no sé si eres el chico adecuado para mí. Sé que no se supone que deba decir ese tipo de cosas a un chico con el que acabo de tener sexo, pero lo estoy diciendo de todos modos.

—Esto no tiene por qué ser complicado, Raina.

—¡Y ese es el problema! Toda esa forma moderna de ver las relaciones, saltando a la cama cada vez que te apetece...

—A ti también te apeteció, si mal no recuerdo.

Mi cara arde con esa acotación. Me trago mi confusión y le digo:

—Eres todo lo que nunca he querido.

Me estudia por un minuto y parece molesto.

—¿Hay algo que debería hacer de manera diferente contigo?

Suspiro ruidosamente.

—Es que... no sé qué podrías hacer de manera diferente, Alex. Eres quien eres. Yo soy quien soy. Y no veo un futuro aquí.

Se pone de pie y dice:

—Tal vez sea porque estás demasiado ocupada mirando al pasado. —Agarra sus llaves y su teléfono, luego se pone las botas—. Gracias por el café. Y por lo de ayer. —Luego se fue.

Un extraño dolor florece en mi pecho, y empiezo a llorar. Es extraño. Salí con Spencer durante más de un año, y me dejó en el peor momento de mi vida, y no lloré por él. Pero Alex es diferente. Y no estoy segura de por qué.

* * *

Tengo que llevar a Carmen a ponerse sus vacunas de refuerzo hoy. No quiero salir de casa, pero esto me dará la oportunidad de hablar con Trisha. Tal vez ella pueda decirme si estoy siendo estúpida.

No puedo dejar de pensar en Alex. Pero estoy desesperada por hacerlo. Han pasado casi dos días desde que... bueno, aún no estoy segura de lo que hice. Los momentos que hemos compartido se repiten en mi mente. Los pasteles que quería compartir conmigo, lo que le dio una excusa para hablar con orgullo de su hermana. Las veces que ha rescatado a Monroe. Su risa. La forma en que ama tanto a Carmen que estaba dispuesto a renunciar a ella, porque era lo mejor para ella. Sus manos en mi cabello. Sus dedos sobre mi piel.

El ceño fruncido en su frente, cuando le dije que no era el adecuado para mí.

Odio haberlo lastimado así, pero parece cierto. La mirada abatida en su rostro y su postura repentinamente encorvada casi me hicieron retractarme de todo. Y parte de mí aún quiere hacerlo. Pero la llené de tocino para hacerla callar.

Mi alarma me dice que es hora de ir al veterinario, así que reúno a los niños y estamos en la carretera solo diez minutos tarde. Un nuevo récord para mí.

En el coche, lucho contra el impulso de mover el pie con impaciencia. Necesito hablar con Trisha. Hay tanto que decir. No le he contado a nadie en Rockville lo que pasó con mis padres y Spencer. No pensé que quisiera compartir algo tan profundo con alguien nunca más. Pero Alex de alguna manera lo sacó de mí. Trisha lo sabe, por supuesto. Fue una de las primeras personas a las que llamé cuando todo se fue al infierno. Siempre ha estado ahí para mí, y viceversa. Siempre he pensado que terminaríamos en una situación tipo Las chicas de oro algún día. Yo sería Betty

White, y ella sería una combinación de las otras tres.

Llego a su oficina y aparco. No hay otros coches en el estacionamiento. Los empleados aparkan en la parte de atrás. Tan pronto como abro la puerta del pasajero para sacar a los gatos, oigo su voz:

—¡Eres mi única cita hoy!

Miro hacia ella y veo que viene a ayudar con ellos.

—Hola, chica. Gracias por agarrar ese.

—Por supuesto, ¿qué más tengo que hacer hoy?

—¿Todo bien con el negocio?

Ella asiente.

—El trabajo de veterinario es así a veces. Un día tienes un paciente en la agenda, al siguiente, tienes gente gritando que no pueden conseguir una cita.

Entramos, y la recepcionista ni siquiera se molesta en levantar la vista de su teléfono cuando llegamos. Nunca he entendido por qué se le permite mantener su trabajo, cuando es tan desatenta, pero a Trisha le cae bien, así que me guardo mi opinión. Estamos en la Sala de Examen B de nuevo, y las vacunas están colocadas en la encimera. La molesto:

—¿No merecemos la Sala de Examen A?

—La A generalmente se usa para almacenamiento, así que no.

Saca a Carmen de su transportín y dice:

—¿Y cómo está mi niña hoy?

Carmen se acurruca contra ella.

—Cariñosa y saludable, creo. Se ha estado moviendo bien y ella y Monroe son inseparables.

—Bien, bien. Está muy alerta.

Trisha se pone los guantes, luego pregunta:

—¿Cómo estás tú?

—Algo pasó el otro día.

—¿Cuándo?

—Anteayer.

—Bueno, suéltalo.

—Me acosté con Alex otra vez.

—¿El señor Darcy? —Trisha jadea. Aplaude con entusiasmo y Carmen intenta escapar, pero Trisha atrapa a la gatita sin siquiera romper el contacto visual conmigo. Es una experta—. ¿Qué pasó?

Suspiro y le cuento todo sobre el incendio en casa de los Logan que me llevó a pedirle que viniera:

—...y lo abracé y le pedí que viniera.

—Tú. Raina Groves. Lo abrazaste.

Asiento.

—No te gustan los abrazos.

Inclino la cabeza hacia atrás y me quejo:

—Lo sé.

—Continúa.

—Estaba agradecida de que salvara al señor Jimmy. Fue algo de una sola vez.

—¿Por qué no abrazaste a los otros bomberos? ¿O lo hiciste? —pregunta con una ceja levantada.

Pongo los ojos en blanco.

—Abracé a un bombero.

—Vale, ve a la parte del sexo.

Me río de su completa falta de refinamiento.

—Así que vino, me trajo pasteles de la panadería de su hermana gemela en Charleston...

—¿Tiene una hermana gemela?

Asiento.

—Es adorable cuando habla de ella, también. La llama asombrosa, habla con orgullo de ella.

Está maravillado con ella.

Ella murmura en voz baja, pero de manera significativa:

—Creo que tú estás maravillada con él.

—Cállate y déjame terminar.

—Vale, vale.

—No se equivoca sobre ella, al menos no en lo que respecta a sus pasteles. La chica sabe hornear.

Trisha dice:

—Tendré que comprobarlo por mí misma.

—De todos modos, hablamos todo el día y hasta la noche. Fue —suspiro y admito— maravilloso. Y luego, cuando llegó el momento de que se fuera, simplemente... colisionamos.

—¿Ustedes dos lo hicieron en la cocina?

Me estremezco.

—No lo digas así.

—¿Quieres que encuentre una palabra más colorida para ello? Se aparearon, se montaron, se enrollaron, se...

—¡Trisha!

Ella se ríe.

—Continúa.

—De todos modos, a la mañana siguiente, él mencionó la idea de tener una cita real.

—Oh, Dios mío, con razón estás de tan buen humor hoy.

Pongo los ojos en blanco.

—No voy a ir.

—¿Por qué diablos no?

Me encojo de hombros tímidamente.

—En serio, Raina. ¿Por qué no salir con el sexy bombero que salva a tus gatos y a tus amigos? Oh, espera. ¿El sexo fue malo?

Me río.

—Realmente eres Blanche.

Ella resopla.

—¿Lo fue?

—Esa es la cosa, Trisha. Nunca había tenido sexo así antes. Fue... —Niego con la cabeza.

—¿Fue qué, cariño?

—Sexo que altera la mente, que sacude la tierra, que se siente hasta en los dedos de los pies. El tipo de sexo que te hace feliz de ser mujer. No, agradecida de ser mujer. Como cuando tu cabeza cuelga de la cama y no te importa tener un dolor de cuello al día siguiente porque no puedes pensar tan lejos porque lo único que importa en el mundo es lo que está sucediendo entre tus piernas.

Trisha me mira con una expresión tan extraña. Luego parpadea rápidamente. Luego me da un

aplauso lento.

Me río y mis mejillas se sonrojan.

—¿Qué?

—No tenía idea de que algún hombre pudiera hacerte pensar así.

—¿De qué estás hablando?

—Eso es lo más lujurioso que te he oído decir jamás, y eso incluye aquella vez en la despedida de soltera de Ginny en Nueva Orleans cuando el policía stripper te dejó boquiabierto al arrancarse los pantalones.

Me río. —¡Dios, me había olvidado por completo del Agente Perverso!

—Nunca olvidaré esa cara que pusiste —dice entre risitas—, ni cómo le metiste descaradamente el billete de veinte en el tanga.

—Oh, maldición —digo con una risa nasal—. ¿Sabes una cosa? Alex saca ese lado de mí mejor que cualquier otro hombre que haya conocido. Es como si no me sintiera tímida ni reservada con él... hasta después del sexo. Y por eso sé que no es el adecuado para mí.

Y con eso, la alegría ha abandonado la habitación. —Vaya, menuda forma de matar el ambiente.

—No lo es, Trisha. Simplemente se mete en la cama cada vez que me ve. Eso es lo que busca. Yo quiero caballerosidad, romance, un héroe...

—¡Quieres un hombre que no existe, Raina! Dios, estoy tan harta de esto, ¿cuándo vas a aprender? El señor Darcy es ficción. No es real.

—Sí existen, ¿cómo si no escribiríamos sobre ellos?

Su frente se arruga con el ceño fruncido, y sé que estoy en problemas. —La gente también escribe sobre dragones, unicornios y el Conejo de Pascua.

La miro con enojo pero no digo nada. No puedo rebatir su argumento.

—Y no eres una víctima aquí, Raina. Tú también te metes en la cama con él. A menos que te hayas tropezado y caído sobre su pene. Repetidamente. ¿Te caíste sobre su pene repetidamente?

Pongo los ojos en blanco. —No he dicho que sea una víctima.

—¡Entonces deja de actuar como si lo fueras! —Pone a Carmen en su jaula, y me doy cuenta de que le ha puesto las inyecciones mientras hablábamos—. Ya no puedo contenerme más, cariño. Estás siendo tonta. Legítimamente tonta respecto a Alex y los hombres en general. —Se vuelve hacia mí y su voz se ha suavizado—. Sé que tienes terror de volver a apegarte a alguien después de todo lo que has pasado con tus padres, con Spencer. Pero te prometo que vale la pena.

Mi voz es baja cuando pregunto: —¿Pero y si todo sale mal?

—Lo que quieres decir es, ¿y si todo sale bien y terminas apegándote a alguien otra vez?

—Es lo mismo.

Sonríe. —Nunca lo sabrás hasta que te permitas intentarlo.

-

Capítulo Dieciséis

Alex

En la estación, me sobresalto cuando alguien choca conmigo. Miro con furia instantánea al intruso. Ben se encoge y dice:

—Lo siento, hermano.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, reprochándome. Me siento y trato de relajarme, pero mi postura era terrible hace un momento y todo me duele. Cuando finalmente me relajo, algo grande cruje en mi espalda.

He estado tenso y nervioso. No puedo hacer que pare. Me digo a mí mismo que es por el incendio de Logan. Nunca me recuperaré realmente de toda esa locura. Cuando pienso en el fuego, todavía sonrío.

Evité que el fuego se cobrara otra víctima.

Cada vez que logro hacer eso, es otra victoria sobre el fuego. No importa cuántas personas salve, nunca deshará lo que les pasó a mis padres, y lo sé conscientemente, pero en mi corazón, gané otra victoria sobre el fuego. Y ahora mismo, podría usar esa victoria.

Nada relacionado con Raina se siente como una victoria. Es cierto que tuve el mejor día con ella no hace mucho, pero fue seguido por el peor, y eso hace que los buenos recuerdos duelan. Y no tengo a nadie en la estación con quien hablar sobre ello.

Ben es genial, pero no es ese tipo de amigo. Tara y Michael están dando una presentación sobre seguridad contra incendios en una escuela primaria, y Bridges está entrenando voluntarios en un pequeño cuartel de bomberos en un pueblo vecino. Incluso el Capitán está fuera ahora.

No ha habido llamadas de emergencia últimamente, y me alegro por eso. Pero podría usar una llamada. Cualquier llamada. Necesito una distracción o tal vez debería ir a hacer ejercicio. Cada vez que la radio crepita, salto de mi asiento. Cuando me doy cuenta de que no es nada, me siento de nuevo, y mi cuerpo se tensa otra vez.

No me había sentido así desde la secundaria. Confuso, fuera de control. Listo para saltar sobre cualquiera que se interponga en mi camino. No es saludable y lo sé. En la secundaria, era un desastre hormonal, pendiente de cada palabra o gesto de mi novia, como si eso me dijera lo

que realmente estaba pensando. Y ahora, con Raina...

Bueno, no estoy con Raina, ¿verdad?

Paso mis dedos por mi cabello y miro fijamente el reloj, como si eso hiciera que el tiempo pasara más rápido. Casi termino mi turno, así que mi mente da vueltas pensando con quién puedo hablar, hasta que doy con la persona adecuada.

Alyssa.

Ahora, estoy aún más inquieto. Estaba demasiado ocupada en la panadería para hablar con ella la última vez que la visité, así que espero que tenga tiempo para hablar hoy. Su panadería cierra a las cuatro, pero ella limpia durante dos horas después, y cuando el reloj marca las cinco, salto de mi silla.

Ben pregunta:

—¿Ya terminaste?

—Sí. ¿Estás bien esperando hasta que Tara y Michael regresen?

Él asiente.

—Tara dijo que volverían con la cena a las 5:15. ¿Seguro que no quieres esperar?

—Pon la mía en el refrigerador, si no te importa.

—Claro, no hay problema.

Estoy en la carretera antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo. A Alyssa nunca le ha gustado nadie con quien he salido, y si le digo algo equivocado, odiará a Raina para siempre. No es que importe. Ya que no estamos juntos. Pero si terminamos... Sacudo la cabeza y me concentro en la carretera.

Cuando llego, las luces están bajas y ella está trapeando para terminar el día. Veo tanto el nuevo SUV de Alyssa (un regalo de Navidad de su esposo Grant), como el Mustang clásico de su mejor amigo Dan. Me alegro de que ambos estén aquí. Podría usar todas sus opiniones sobre el asunto.

Golpeo la puerta principal, y sin levantar la vista, dice:

—Lo siento, estamos cerrados —Su voz está amortiguada por el cristal entre nosotros. Golpeo de nuevo y ella se da la vuelta—. Yo... ¡Oh, Dios mío, Alex! —Alyssa tiene el cabello recogido en un moño y un delantal sobre su ropa, luciendo completamente como una panadera. Sonríe, corre hacia la puerta y la desbloquea—. ¿Qué haces aquí? ¡Pasa!

—No quiero ensuciar tu piso.

Ella pone los ojos en blanco y me arrastra hacia adentro sobre sus pisos mojados.

—Ten cuidado, tontorrón.

Una voz masculina se escucha desde atrás:

—¡Estamos cerrados!

Me río y ella responde:

—¡Es Alex!

Dan, Grant, Clara y su perro, Cocoa, corren al espacio principal de la tienda. Es Clara quien llega a mí primero y casi me ensordece con un chillido agudo de:

—¡Klex! —La niña de dos años aún no ha captado que "Tío Alex" son dos palabras, y siempre sale como "¡Klex!". Cocoa es la siguiente, seguida por los chicos. El pelaje marrón de Cocoa me recuerda a mi antigua bola de pelo, y aunque es un perro, mi corazón duele un poco más.

El moño rubio desordenado de Dan está aún más desarreglado de lo habitual. Pregunta:

—Oye, amigo, no sabía que vendrías de visita.

—Yo tampoco —admito.

Grant me mira como diciendo: "¿Está todo bien?"

Levanto a Clara y ella me rodea el cuello con sus brazos regordetes. Su versión de un abrazo. Luego, Alyssa dice:

—Déjame verla —Clara chilla y agita sus brazos hacia su mami, antes de ser asegurada en su agarre—. ¿Qué está pasando?

—¿Aún queda café?

Dan dice:

—Haré una cafetera fresca.

—No quiero ser una molestia, amigo.

—No te preocupes —sonríe y se pone a ello.

Grant toma algunas sillas de una mesa, y todos nos sentamos mientras el café se prepara.

Alyssa le pide a Dan:

—¿Puedes traer algunos cupcakes?

—Claro —Alcanza la vitrina refrigerada.

—No vine aquí a robar tu comida.

—Lo sé. Viniste a robar algunos consejos, puedo verlo en tu cara. Pero me muero de hambre y quiero un maldito cupcake —dice con una sonrisa.

Dan trae una variedad de sabores y no importa cuál agarre, todos van a estar deliciosos. Excepto el de terciopelo rojo. No los soporto. Ese es para Grant, quien lo agarra y pregunta:

—¿Qué está pasando, Alex?

—Hay una chica.

Alyssa se queda inmóvil, sus ojos brillando hacia mí. Quiere sonreír, pero escucha la cautela en mi voz.

—¿Y?

Clara pregunta:

—¿Una chica?

—Clara, el tío Alex tiene novia —dice Alyssa, un poco demasiado complacida consigo misma. Recoge a Clara y la coloca en su regazo.

—¡Klex gull-fend!

—No es mi novia —le digo a la mesa—. Solo... —Miro la cara redonda de Clara cubierta de glaseado rosa—. Hemos *horneado pasteles*. Algunas veces.

Afortunadamente, la mesa capta mi significado y siguen el juego frente a Clara. Dan pregunta:

—Entonces, ¿cómo estuvo el pastel?

Le lanzo una mirada y sus ojos bailan en su cabeza.

—¿Tan bueno, eh?

—El mejor pastel que he probado en mi vida. El tipo de pastel sobre el que la gente escribe canciones. Un pastel tan bueno que podrías llorar de alegría.

Grant mira a mi hermana y dice:

—Sé a qué te refieres.

Ella se sonroja y yo frunzo el ceño.

—Ew. Es mi hermana, tío.

Él sonríe y Alyssa suelta una risita antes de decir:

—Bueno, ¿cómo se llama esta escandalosa pastelera?

—Raina Groves —les cuento todo lo que puedo sin ser inapropiado frente a Clara. Dan trae el café y la crema, y todos escuchan con gran atención mientras comparto mi incapacidad para

convencer a una mujer de que me quiera.

—...¿así que por eso compraste todos esos pasteles el otro día? —sonríe y dice—: ¿Estás enamorado?

—No dije amor. Recuerdo claramente que no usé esa palabra. Ella sigue diciendo que soy demasiado moderno para ella, pero...

—¿Siendo una autora de romance histórico, está buscando a alguien más parecido a los hombres de esos libros? —pregunta Grant. Es mucho más inteligente que la mayoría de las personas que conozco.

Asiento.

—Y ahora, no estoy seguro de que volveré a hornear pasteles con ella.

Dan dice:

—Si quiere a alguien caballeroso y valiente, ¿por qué demonios un bombero no encaja en esa descripción?

Alyssa asiente.

—Los héroes de esos libros viven vidas relativamente libres de pasteles hasta que se casan, y apuesto a que ese es su problema.

—¡Pero ella es quien inicia el horneado! —frunzo el ceño confundido.

Grant pregunta:

—¿No has iniciado tú... el horneado con ella?

—Incluso nuestro primer beso, ella fue quien lo inició. Yo solo estaba haciendo mi trabajo salvando a su gato, y ¡bam!, de la nada, me besó.

Alyssa dice:

—Todo tu trabajo consiste en ser caballeroso. Si existiera una versión moderna del hombre de sus fantasías, serías tú.

Resoplo.

—El problema es la parte "moderna" de esa descripción.

—O te está dando falsas esperanzas por alguna razón, o realmente no sabe lo que quiere de alguien, y ninguna de las dos opciones es muy justa contigo —declara ella.

Me hundo en mi silla y me meto en la boca el resto de mi cupcake de chocolate con relleno de frambuesa y glaseado de chocolate, luego termino mi café.

—No creo que me importe la justicia ahora mismo.

—Bueno, tal vez podrías conquistarla con algún gran gesto, algo realmente romántico —dice Dan. Clara trepa por su regazo de camino a su padre y le arrebató el último trozo de su cupcake en el camino. Él se ríe—. ¡Ladrona!

Ella se ríe con el cupcake en la boca y casi lo pierde ante Cocoa, que la sigue alrededor de la mesa, esperando accidentes.

—Eso es —dice Grant, mientras Clara se acurruca sobre él—. Tienes que robarle el corazón. No le des la oportunidad de cambiar de opinión, presiona a fondo, quiere romance, róbele el pastel con romance.

—Pero, ¿qué es lo que más le gusta en el mundo? —pregunta Alyssa.

—Por lo que parece, el romance —responde Dan.

—De acuerdo, chicos, claro, pero no estoy hecho de dinero. Entonces, ¿cuál es un gran gesto romántico que no cueste una fortuna? No puedo simplemente tirar el dinero o donar a una organización benéfica de gatos en su nombre o algo así.

Alyssa y Grant se ríen, pero Dan pregunta:

—¿Por qué es gracioso eso?

—Cuando Alex dijo que había salvado a un gatito y lo había alimentado con biberón —dice Alyssa—, la razón por la que jadeé fue porque mi hermano, el mejor tipo que conozco, odia a los gatos.

Dan jadea:

—¿Cómo puedes odiar a los gatos?

—Ya no los odio —admito.

Alyssa se burla:

—Oh, Dios mío, ¿te estás sonrojando?

—Clara, tu mamá está siendo mala conmigo.

—¡Mamá! —dice Clara con tanta conmoción como una monja regañona. La mesa se disuelve en ataques de risa, y la más joven de nosotros está perpleja.

Después de recuperar el aliento, les pregunto:

—Entonces, ¿qué hago?

Grant dice:

—Es una novelista de romance histórico que anhela el romance. Dale eso, en lugar de más pastel. De hecho, abstente del pastel. Haz que ruegue por el pastel.

Alyssa asiente.

—Tiene razón. Ella está molesta porque ya han horneado hasta perder la cabeza. Guarda esa cabeza y concéntrate en el romance.

Dan está de acuerdo:

—Si quieres a esta chica, entonces estás a dieta. No más pastel para ti.

—¿Incluso si ella intenta que hornee?

Alyssa dice:

—Especialmente si lo intenta. No querrá el horno si puede obtener el pastel gratis.

Dan se ríe y dice:

—Estás regalando el pastel así como así. Tienes que hacer que se esfuerce por el pastel. Tal vez espera hasta que te ponga un anillo en el dedo, tío.

Entonces me doy cuenta.

—Oh, Dios mío, yo soy la chica en esto, ¿no es así?

Grant asiente.

—Me temo que sí, amigo.

—Madre pastelera.

-

Capítulo Diecisiete

Raina

Entrecierro los ojos mirando la pantalla de mi teléfono, tratando de ignorar a Monroe que me maúlla sus penas. No le he dado nada del queso de la bolsa, y la injusticia no ha pasado desapercibida.

Cierro la bolsa y la arrojo sobre la encimera, luego agarro las patatas. Mis hombros se tensan y me limpio la frente. Esta es una receta nueva, y es para los Logan, así que estoy haciendo todo lo posible por no estropearla.

Acerco mi teléfono a la tabla de cortar y sigo revisando la receta en busca de errores. Hasta ahora, todo bien. Corto las patatas en trozos y me preocupo por la tarta que quería hacerles. Nunca he sido muy buena repostera, demasiada ciencia involucrada. Es como química deliciosa.

Oh, me gusta esa frase. Me limpio las manos y la escribo en una nota adhesiva, luego pego la nota en la pared. Me quedo mirando la nota un momento de más. Está activando algo en mi mente.

Química deliciosa es lo que tengo con Alex.

Rayos. Ahí voy otra vez, pensando en él sin motivo aparente. Mis pensamientos siguen girando a su alrededor, y como con la repostería, tampoco he sido nunca muy buena bailarina. Dejo caer los pálidos trozos de patata en el agua hirviendo y los veo rebotar entre sí con gracia. Siempre deseé haber crecido tomando clases de baile, como tantas de mis amigas. Me las imagino bailando con pomposos vestidos blancos de gala, girando y dando vueltas, hacia y desde sus pretendientes, y me hace sonreír. Mientras observo las patatas valsar entre sí, Monroe golpea la bolsa de queso, y vuelvo a la realidad. —Monroe, ya has tenido suficientes golosinas por ahora.

Hace una mueca, luego salta de la encimera y persigue a Carmen.

¿Por qué elegí una receta nueva para esto? Podría haber optado por algo que ya sabía hacer, pero no. Necesitaba probar algo nuevo. Después de la reprimenda de Trisha, siento la necesidad de empezar de cero en todo.

No es la primera vez que me da un sermón. Es mi mejor amiga, y como la mayoría de las mejores amigas, nos decimos la fea verdad de vez en cuando. Algunas verdades feas son más difíciles de tragar que otras.

Tal vez estaba siendo estúpida.

Tal vez mis quejas sobre la modernidad eran ridículas.

Pero eso no cambia la forma en que me siento. Todavía no podía creer que ella, de todas las personas, me estuviera diciendo que cambiara por un hombre. La mismísima Señorita

Independiente. *Ya verá cuando encuentre a un chico al que ame como yo amo a Alex. Lo entenderá.*

Vaya, ¿de dónde salió eso?

Sacudo la cabeza para aclararme y miro la receta. Pero la cazuela está en el horno. Y el temporizador está contando regresivamente. ¿Cuándo hice todo eso? Parece que estoy extra distraída hoy. Mis propias manos me traicionan, porque no puedo dejar de pensar en ese hombre.

Garabateo el pensamiento en una nota adhesiva y la cuelgo junto a la nota de Química Deliciosa. Hmm... puede que esté confundida sobre Alex, pero al menos sacaré algo bueno de esto.

-

Podría haber pasado por la panadería de la hermana de Alex. Los Logan están en Charleston. Me encojo de hombros y le digo a la cazuela en el asiento del copiloto: —Ya es tarde ahora.

El GPS de mi teléfono me lleva al hotel de estancia prolongada, donde Lynn y el Sr. Jimmy se están quedando hasta que reconstruyan su casa. He tomado fotos del progreso y me propongo no quejarme del ruido. Es una alteración para mi escritura, pero si necesitara silencio, podría haber comprado una cabaña en el bosque.

La cazuela todavía está caliente cuando la recojo para entrar. Me dirijo a través del vestíbulo principal, y paso rápidamente frente al conserje. Él solo sonríe, ya que parece que sé a dónde voy.

Espero que Lynn haya recibido mi mensaje de texto: el ascensor no subirá más allá del segundo piso sin una llave de habitación, así que no puedo subir por mi cuenta. Pero entonces escucho el timbre del ascensor, y un alegre: —¡Vaya, cariño, no tenías que venir hasta aquí!

Sonríó cuando veo su dulce rostro. El incendio la ha envejecido aún más, y se ve cansada, pero feliz. Niego con la cabeza y sonrío. —¿Por qué crees que pedí la dirección?

—Nunca se sabe con ustedes los jóvenes, siempre tramando algo. Acabas de perderte la visita de nuestro hijo.

—¡Oh, me alegro tanto de que pudieran verlo!

Ella asiente: —Yo también. Le hizo mucho bien a Jimmy.

La puerta se abre y vamos a su habitación. Es bonita, pero pequeña, aunque no imagino que necesiten mucho. Las alfombras son de un gris estampado, y las paredes tienen un papel tapiz beige, pero de alguna manera combina con todos los muebles neutros. El Sr. Jimmy está sentado en la sala de estar con el control remoto. Su rostro se ilumina cuando me ve. —¡Señorita Raina!

—¡Hola, Sr. Jimmy!

—¿Qué traes ahí?

—Cazuela de patatas con queso.

—¿Y la trajiste para nosotros?

Me río. —Por supuesto. Es miércoles.

Se pone de pie, y parece que le cuesta. Pero toma la cazuela y la deja a un lado para poder abrazarme. Está tan delgado que sus costillas me clavan. No esperaba que nuestro primer abrazo fuera tan doloroso, y me alegro de haber cargado la cazuela con mantequilla extra. Se está consumiendo. —Gracias, dulce niña.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar. —Me suelta y por primera vez en mi vida, siento que un abrazo fue demasiado corto—. Vaya, es como un apartamento aquí dentro.

—Claro que sí —dice Lynn—. Un poco pequeño, pero estoy tratando de que se sienta como en casa. —Señala unas mantas que no combinan con ninguna parte de la decoración. Me imagino que compró esas monstruosidades de rayas brillantes por QVC tan pronto como pudo.

—Eso parece más propio —sonríe y me siento en la pequeña mesa donde él dejó la cazuela. Es para cuatro personas, pero solo si todos estuvieran muy cómodos entre sí.

El Sr. Jimmy dice: —Algo te está molestando, ¿verdad?

Me encojo de hombros rápidamente y pregunto: —¿Qué te hace pensar eso?

Sus ojos se entrecierran mirándome. —Lyndy, algo le pasa a la chica.

—No, no —niego con la cabeza y escucho el estrés en mi propia voz. Todos sabemos que estoy mintiendo, y no me gusta sentirme tan expuesta. Pero si pudiera exponerme de manera segura frente a alguien, sería frente a los encantadores Logan.

—¡Lyndy!

Pone los ojos en blanco y dice: —Jimmy, no tienes que gritar, estamos en la misma habitación.

—¡Mírala!

Fija sus ojos en los míos y quiero apartar la mirada, pero sería descortés. Ambas sabemos que voy a ceder, y no me gusta rendirme sin luchar. Finalmente, mira la cacerola y nos sirve porciones en platos de poliestireno. Pregunta suavemente: —¿Es el bombero?

—No fue nada —suspiro.

Sus labios forman una línea mientras piensa cómo sonsacármelo. Conozco bien esa mirada. Solía recibirla de mis padres cada vez que surgía el tema de los chicos. Se sienta frente a mí y el señor Jimmy se une a nosotras en la mesa. Él dice: —No parece que no sea nada.

—Ambos tienen suficiente en sus platos ahora mismo —les digo—. Mis problemas no son nada comparados con una casa quemada.

Ella le lanza una mirada astuta, luego dice: —Sean cuales sean nuestros problemas, sabes que me encanta el chisme.

No puedo evitar reírme de ella.

—Además, después de todo lo que hemos pasado, ¿no quieres entretener a estos pobres ancianos? —pregunta el señor Jimmy con un guiño.

—Oh, está bien —sonríe y pongo los ojos en blanco. Sabía que una vez que empezaran, no habría vuelta atrás—. *Es el bombero.*

—¡Oh, lo sabía! —Lynn está eufórica.

El señor Jimmy pregunta: —¿El que me salvó?

Asiento lentamente.

Lynn dice: —Le dije que lo invitara a tomar una limonada, él te salvó la vida, ¡y ahora son pareja! Cuéntanos cómo sucedió todo.

—Bueno, no somos exactamente pareja.

El señor Jimmy pregunta: —¿No reconoce a una chica hermosa cuando la ve? ¿Qué le pasa a este chico? ¿Quieres que lo llame?

Me río. —Oh, Dios, no. Pero gracias. Nosotros... —mi mente se dispersa y luego se recompone. Me pregunto cómo hablarles de toda esta tontería—. Hemos estado... involucrados.

—¿Involucrados? Suena a pareja para mí —dice ella.

—No exactamente —les digo.

—Oh. *OH.* Ya veo —dice el señor Jimmy.

Lynn pregunta: —¿Qué? ¿Qué ves?

Él le da una inclinación de cabeza y una mirada intensa que se lo dice todo.

—Ahhh. *Ese* tipo de involucrados —asiente con complicidad—. Bueno, ¿cuántas veces habéis estado *involucrados*?

—Algunas —Mi cara arde, y estoy segura de que está roja brillante.

Lynn se ríe y el señor Jimmy me da una pequeña sonrisa burlona. Pero ambos permanecen callados sobre el asunto por un momento.

—Y creo... creo que me gusta —tartamudeo las palabras.

Él se ríe: —¡Pues eso espero!

Ella se ríe. —Raina, ¿eras virgen?

—¡Oh, Dios, no!

—Entonces, ¿por qué sueñas tan confundida sobre cómo te sientes? Este no es tu primer romance.

Tomo un respiro profundo y les cuento sobre nuestras desventuras románticas y mi particular fetiche por los caballeros de época. —...es complicado.

—Y una mierda, niña —dice el señor Jimmy—, ¡simplemente estás asustada!

—¿Qué? —Estoy sorprendida de que haya dicho eso.

Se encoge de hombros: —Él te invitó a salir. Te gusta. Ya has roto las leyes del Señor...

Lynn lo regaña: —Jimmy, no juzgamos...

—No estoy juzgando, solo digo verdades. Y no veo por qué esto tiene que ser tan complicado, excepto por lo que sea que esté pasando en tu cabeza, señorita Raina. Créeme —el señor Jimmy da una palmadita en la mano de Lynn y dice—, la vida se complica lo suficiente sin ponerte obstáculos tú misma.

Lynn dice: —Puede que no tenga la gracia de lengua, pero tiene la gracia de corazón, Raina. Jimmy tiene razón. Estás haciendo esto mucho más complicado de lo necesario.

—Pero... mis héroes victorianos —murmuro débilmente.

—Sueñas como los niños pequeños que se quejan cuando descubren que sus héroes de cómics son falsos, cariño —dice el señor Jimmy—. Si todo lo que quieres de la vida es un hombre con el que puedas fantasear, entonces deja a los hombres reales fuera de tu dormitorio. No es justo para ellos, y puedes morir solterona sin destrozar hombres en el camino. O —me mira directamente a los ojos—, puedes aceptar tus debilidades, llamar a ese hombre, decirle que lo amas y ver a dónde lleva esto.

—¡Eso es absurdo! No lo amo, lo detesto. Se mete en la cama en cuanto pestañeo... me pone tan... —Frunzo el ceño al mirarlo, pero me pierdo en mi frase.

—No lo es, querida —Lynn niega con la cabeza. Su voz es dulce y sureña cuando se inclina para decir—: Raina, eres inteligente y talentosa, y una de las mujeres más tontas que he conocido cuando se trata de hombres.

Me río. —Tal vez.

—Ahora cuéntame todos los jugosos detalles sobre tu *involucramiento*.

Me río de nuevo, más fuerte esta vez.

-

Capítulo Dieciocho

Alex

Miro de reojo al Capitán. Está dormido en su sillón, con los pies sobre el reposapiés y los dedos entrelazados sobre el estómago. Tiene la boca abierta y de vez en cuando emite un ronquido. El control remoto descansa sobre el brazo del sillón.

Intercambio una mirada con Ben, quien me hace un gesto firme con la cabeza. Michael hace lo mismo. Les devuelvo el gesto para indicarles que la misión está en marcha.

Vuelvo a mirar al Capitán para asegurarme de que está realmente dormido y comienzo mi búsqueda. Me inclino desde mi silla hacia el control remoto. Extiendo la mano, con los dedos tratando de alcanzarlo. Si mi silla cruje, la misión se aborta, porque se despertará al instante. No es la primera vez que hago esto.

Me he estirado todo lo que puedo y mis dedos rozan el control. El Cap no se mueve. Con cuidado, lo arrastro hasta tenerlo en la palma de mi mano. ¡Éxito!

Me reclino con la misma lentitud para no hacer crujir la silla. Levanto el control sobre mi cabeza en señal de victoria silenciosa y recibo puños al aire y aplausos mudos de mis fans, todos agradecidos de que no habrá más Bonanza por hoy. Bridges sacude la cabeza y vuelve a su crucigrama. Hace años que renunció al control de su televisor.

Cambio al drama adolescente del que estamos obsesionados, y el Cap resopla y se incorpora.

—Estaba viendo eso.

Gruño, y el equipo se une a mí.

Tara dice:

—Vamos, Cap, es Bonanza. Siempre es una repetición.

—¡Todas las unidades! —La voz de Terri hace que la radio cobre vida, y suena mucho más estresada de lo habitual.

Inmediatamente presiono el botón de silencio y todos escuchamos con gran atención. Un "Todas las unidades" nunca es una buena señal.

-

Prepararse para un incendio siempre es extraño. Nos movemos como una máquina bien

engrasada para ponernos nuestros trajes, nos alineamos en los vehículos correctos y nos balanceamos hasta nuestras posiciones. Bridges pone en marcha el camión antes de que las sirenas ensordecedoras suenen por encima. Seguimos al camión de Ben fuera del garaje y hacia la carretera.

No hay mucho tráfico, gracias a Dios. Odio las llamadas con mucho tráfico. Personalmente no he estado en una colisión automovilística en el camión, pero conozco a otros que sí, y es duro. Los camiones de bomberos no tienen mucho margen de error, y cuando algo sale mal, todo lo demás también. Sin mencionar que quien sea que necesitara nuestra ayuda está absolutamente jodido si nos estrellamos contra el lado de un coche.

Bridges y yo nos sentamos en el silencio gris de la charla por radio y las sirenas que aúllan. No hablamos de camino a un incendio. Ambos estamos en nuestras cabezas, preparándonos para lo que viene.

Este es un gran incendio. Un almacén. La voz del Cap sale volando de la radio para decirnos que vamos a la ofensiva, lo que significa que entraremos al edificio. Aún hay trabajadores atrapados dentro.

Ese es mi trabajo. Mi enfoque.

Sorprendentemente, somos la primera unidad en la escena; unos cuantos coches de policía y ambulancias están dispersos por el estacionamiento. Las llamas acarician el techo y las paredes, y mi mente entra en un estado meditativo e hiperfocalizado mientras me deslizo fuera del camión y me pongo a trabajar.

Los protocolos son ejecutados por músculos que conocen su trabajo. Bridges, el Cap y los demás comienzan a preparar las mangueras, mientras yo corro hacia el edificio mismo.

—¿Cuántos hay dentro? —pregunto por la radio de mi casco.

—El informe dice seis —responde el Cap.

—¿Qué tipo de almacén es este?

—Mecánico, por lo que parece. Precaución.

—Entendido.

Seis son muchos para rescatar, pero me pertenecen a mí, no al fuego. Lo mecánico puede significar muchas cosas. Podría estar lleno de equipos o productos químicos, pero no escuché ninguna llamada para unidades industriales, así que probablemente estemos a salvo del elemento químico.

Probablemente.

El edificio en sí es cuadrado, plano y bajo. Pasaría desapercibido si no estuviera cubierto de fuego. La entrada principal está comprometida. Ventana.

Ya no estoy en mi cuerpo. Voy de paseo. Mi voz suena extraña cuando transmito información a la unidad. El protocolo es mantenerlos informados de mi ubicación en todo momento, para que sepan dónde concentrar su trabajo. Mis brazos sacan mi hacha y la balancean para romper la ventana.

Mi cuerpo trepa por la ventana recién abierta y aterriza sólidamente en el suelo plano de concreto. He sido transportado al infierno.

El humo se eleva contra las vigas de acero expuestas. Los productos mecánicos que había aquí ahora están rostizados y medio derretidos en algunos puntos. Todo brilla en rojo, naranja o negro. El fuego devora cajas de cartón, su contenido estalla y cruje.

Grito:

—¿Hay alguien aquí?

Y busco señales de vida cerca. Nada. En lo alto del piso del almacén, en el lado este del

edificio, hay una escalera de metal con un pasamanos de madera que conduce a lo que imagino es una oficina. Pido por radio escaleras para la ventana alta del este.

Pero la respuesta no viene de la radio.

Viene de un anciano, acurrucado en una carretilla elevadora. Un casco y un chaleco ignífugo ofrecen algo de protección, pero está demasiado cerca del andamio. La carga del palé en la horquilla está ardiendo y propagándose. No puede salir con seguridad.

Corro hacia él, gritando para llamar su atención para que se quede quieto hasta que llegue. Estoy en la carretilla elevadora antes de que pueda moverse. Lo saco del asiento y lo cargo sobre mis hombros, luego lo llevo fuera por la ventana rota.

Tose y grita:

—¡Hay más gente dentro!

—Me encargo de ello —me dirijo hacia la ventana, pero Bridges está allí, a contraluz de aún más camiones de bomberos.

—¿Tienes suficiente O2?

—Estoy bien.

Bridges asiente y lleva al hombre a las ambulancias, supongo. Estoy dentro del almacén antes de ver si llega allí. Me adentro más. *Uno menos, faltan cinco.*

Encuentro a otro trabajador bajo unas cajas mojadas y lo saco afuera. Mientras lo cargo, me pregunto si alguna vez podré preguntarle si fue él quien mojó las cajas o si fue una coincidencia afortunada. El cartón mojado no arde bien en absoluto. *Cuatro.*

El techo cruje arriba cuando vuelvo a entrar. No aguantará mucho. Uno escondido en el baño. Ella es rápida —no tengo que cargarla durante la mitad del camino hacia la ventana, pero cuando las llamas se cierran sobre nosotros, le toca ir a hombros. Las medias pueden dejar quemaduras desagradables en las piernas. *Tres.*

Esta vez veo el cielo a través de partes del techo. No es bueno. Vuelvo a gritar y escucho un débil —¡EH!—. Un hombre bajo una mesa. Es frágil y viejo, y me preocupa romperlo. Pero los huesos rotos sanan mejor que las quemaduras. Lo acuno hasta que llegamos a la ventana, luego lo cargo sobre mi hombro para movernos a través de ella. *Dos.*

Los escombros humeantes caen en cascada desde el techo. Explosiones de ceniza estallan a mi derecha. Las cosas que aún no se habían quemado ahora se están incendiando por las partes del techo que colapsan. En un incendio, todo se mueve, así que tienes que escuchar las voces reales, no buscar movimiento. Pero a veces, el metal retorciéndose también puede sonar como personas. Veo movimiento, antes de que pueda llamarlo, y una viga en I cae frente a mí, rozando mi cabeza y mis botas.

Una advertencia.

Grito: —¡Hola!

—¡AYUDA! —responde la misteriosa figura.

Corro hacia ella, escondiéndome bajo un andamio aleatorio. No está quemada, pero tose y jadea, mientras el humo sale de su boca. Es una mujer, y me alcanza desesperadamente cuando llego. —Sr. Greene —balbucea y señala la oficina.

Ya no puedo ver ni siquiera la escalera, mucho menos la oficina.

—Cúbrete la nariz con el cuello —le digo. Lleva vaqueros, así que la guío hacia mi ventana en lugar de cargarla. Los vaqueros no se queman fácilmente. A mitad de camino, un crujido por encima llama mi atención. Un enorme trozo de techo se precipita hacia nosotros.

La empujo fuera del camino. Ella tropieza y cae, pero se libra de recibir un golpe en la cabeza con los escombros. Como yo.

Las brasas estallan contra mi máscara, y todo se convierte en destellos cegadores y humo denso. Agarro un andamio cercano y está casi demasiado caliente para sostenerlo, incluso con mis guantes. Mi cabeza duele por su propio peso. ¿Se ha aflojado mi máscara? No estoy seguro.

—¿Estás bien? —grita la mujer.

Asiento y las cenizas caen de mi casco y adornan mi chaqueta. —Estoy bien, ¡vamos! —Si no supiera ya dónde está la ventana, estaría perdido. El humo la ha cubierto, y sé que las llamas vendrán después por el agujero. Le doy un impulso para que pase por el borde y otro bombero la ayuda a cruzar.

Le pido una escalera al bombero y me consigue una. No puedo arriesgarme a que la integridad de la escalera ceda. Me lanzo de nuevo hacia la oficina.

Uno más.

Mi cuerpo quiere rendirse. *Pero no abandonamos nada*, le digo. Nos empujo hacia donde vimos la escalera por última vez. La barandilla de madera está ardiendo. La escalera es solo una guía para llevarme a la oficina. Sigo la barandilla en llamas hasta donde probablemente aún está la oficina. No hay escombros debajo.

Apoyo la escalera en la ventana de la oficina y me doy cuenta de que hay otros bomberos conmigo. Extraño. Se supone que deben anunciar cuando tienes ayuda uniéndose a ti.

Empiezo a subir y mis músculos me dicen que mejor tome una siesta. Después de cargar a cuatro personas, creen que deberían descansar. Les digo de nuevo, *No abandonamos nada*.

En lo alto de la escalera, saco mi hacha de nuevo y rompo la enorme ventana. El vidrio llueve sobre un escritorio y una computadora. La mitad este de la habitación está envuelta en llamas. En la esquina más alejada, un hombre pequeño y calvo está luchando con una puerta metálica más pequeña.

Grito: —¡Eso está caliente! —pero él lo intenta de todos modos. La gente no usa la lógica cuando cree que va a morir quemada—. ¿Sr. Greene?

Él asiente y grita: —¡Necesito la caja fuerte!

—¡No si está muerto!

—¡La necesito! —Sufre un ataque de tos. Lo agarro pero tengo que arrancarlo de su agarre en la caja fuerte—. ¡NO! —grita y se sacude, golpeando mi máscara.

El sello se rompe y el humo inunda. Me ahogo, mis ojos lagrimean, y aseguro mi agarre en la muñeca del Sr. Greene, luego lo subo a mis hombros. Está demasiado débil para luchar contra mí ahora.

Mi cabeza da vueltas mientras lucho por encontrar la ventana. El humo ha encontrado la nueva abertura y la ha cubierto. Pero oigo a los otros bomberos en lo alto de la escalera y veo manos enguantadas que atraviesan el humo. Lo paso como si fuera un saco de comida para perros y desaparece en la oscuridad. Luego mi base tiembla.

No estoy recibiendo suficiente aire. Mi máscara está comprometida, pero casi siempre es una mala idea quitarse la máscara, así que la dejo en su lugar. El techo de la oficina está desapareciendo hacia el suelo de la oficina, que empieza a temblar. Estrellas estallan en mi visión. Estoy tan condenadamente cansado...

No abandonamos. Cuando ya no puedo oír al Sr. Greene gritando y tosiendo sobre su caja fuerte, sé que la parte superior de la escalera está despejada. Mis rodillas tiemblan y mis caderas intentan doblarse mientras me arrastro por la ventana. Debajo de mí, el bombero desciende al suelo del almacén y saca al Sr. Greene. Mi trabajo está hecho. *Cero*. Paso al siguiente peldaño, y se rompe bajo mi pie.

Capítulo Diecinueve

Raina

Las verduras se cocinan al vapor y, mientras los bordes se doran, me duele la cabeza. La salsa de soja sisea en la sartén caliente y el aroma llega a mi nariz, haciendo que se me haga la boca agua. Echo los fideos a continuación, y mientras los espaguetis comienzan a bailar por el calor, Carmen empieza a golpear la sartén caliente. Le grito: —¡Carmen, para!— Pero es intrépida y vuelve a golpearla. La rocío con el atomizador de agua, y ella salta del mostrador y sale corriendo de la cocina. Monroe maúlla cuando ella pasa a toda prisa por su lado.

Se han aficionado a este juego. Carmen salta al mostrador mientras cocino, la rocío, ella huye, y Monroe maúlla y la persigue. Luego, charlan sobre los momentos destacados de esta ronda o algo así. Yo no encuentro el juego particularmente agradable, pero parece que a ellos les encanta.

Esta noche no tengo paciencia para escucharlos parlotear. Me desperté de mal humor, después de enterarme ayer de que mi agente ha organizado otra sesión de preguntas y respuestas. Aunque adoro a mis lectores, el estrés de hablar en público ha empañado terriblemente mi estado de ánimo.

Todo lo que quiero para mi noche es preparar un buen salteado, una copa de vino, algo de televisión basura y relajarme. Me merezco algo mejor que mi comida habitual para microondas. Añado el pollo en rodajas y se vuelven locos. Subo el volumen de la tele, sin prestar mucha atención a lo que están poniendo. Pero me gustaría oírla. —¡Monroe, Carmen, silencio!

No me hacen ni caso, corriendo de un lado a otro.

—Mis queridos, sé que oléis el pollo, pero voy a necesitar algo de paz cuando esté comiendo, así que sacaos esa energía del cuerpo ahora.

Se van corriendo y por fin puedo oír las voces en la televisión. Hay una charla insustancial sobre el tiempo, que está cálido. Me desconecto una vez más, mientras el pollo termina de cocinarse. Mi mente divaga hacia la trama de mi nueva novela, he estado encontrando agujeros en la trama y estoy angustiada.

La estructura de toda novela romántica es básicamente la misma: se conocen, coquetean, se enamoran, luego algo se interpone en su camino, pero al final, viven felices para siempre. Sin embargo, las novelas mueren en los detalles, y sin clavarlos todos, los agujeros en la trama engendran más agujeros. Los problemas estructurales podrían echarlo todo a perder, y...

—Hubo algunos daños estructurales —dice Alex.

Parpadeo y me pregunto si estoy perdiendo la cabeza. Miro alrededor y él no está en mi casa. ¿Qué demonios?

Pero entonces oigo una voz en off: —Alex Whitmore fue uno de los bomberos en la escena. Miembro del primer equipo en llegar, Whitmore se lanzó al almacén en llamas y logró rescatar a los seis trabajadores del almacén por sí solo. Derek Greene, el supervisor de turno esa noche, canta sus alabanzas.

Mi atención está completamente enfocada en la pantalla. No podría apartar la mirada aunque quisiera.

—Él nos salvó a los seis por sí mismo —dice el hombre pequeño y calvo, mientras se ajusta las gafas. Está en lo que parece ser la sala de espera de un hospital—. No estaría vivo de no ser por el señor Whitmore.

La escena cambia a un hombre con el uniforme completo de bombero, su pelo está empapado de sudor, su casco metido bajo el brazo. Las luces azules y rojas lo iluminan, y parece que todavía estaba en la escena. El fondo es un edificio quemado y humeante. —Todo fue gracias a Whitmore. Por supuesto, nosotros apagamos el fuego, pero Alex es en quien confiamos para entrar en los edificios en llamas y sacar a la gente. —Se encoge de hombros—. Así es él. Es un héroe.

Han cambiado a su habitación de hospital, y mi mano está sobre mi boca sin pensarlo. Alex, el hombre enorme que es, parece tan pequeño en una cama de hospital. Hay tubos en sus gruesos brazos y mi corazón se ha detenido completamente ante la visión de todo esto. Pero entonces habla: —No soy un héroe —niega con la cabeza como si estuviera luchando por encontrar las palabras correctas—, es solo mi trabajo. —Su voz es áspera, como si hubiera inhalado mucho humo—. No soy un héroe.

—Cuando hablamos con su equipo y los demás, señor Whitmore, cada uno dijo que usted es la razón por la que no hubo víctimas mortales en el masivo incendio del almacén —dice la reportera.

Parece tan incómodo, y no estoy segura de si es por la cama del hospital, sus heridas, o por ser llamado héroe. Sus palabras son suaves cuando pregunta: —¿De verdad dijeron eso?

La escena pasa de los equipos cantando sus alabanzas a algunas de las personas que rescató contándole a la audiencia sobre el valor de Alex. El señor Greene vuelve a aparecer y dice: —No sé de qué está hecho ese hombre, pero es de un material más duro que cualquiera que haya conocido. Corrió hacia el fuego, me levantó sobre su cabeza y me llevó él solo hasta la escalera. Nunca he visto nada parecido.

Estoy cautivada por toda la pompa que rodea a Alex. Estoy orgullosa de sus logros y agradecida al destino de que esté vivo y relativamente ileso. Mis pulmones se tensan cuando pienso en él rescatando a extraños de esta manera. Y después de todo lo que ha hecho por mí... Las palabras de la reportera se cuelan en mi aturdimiento de fan: —Whitmore fue hospitalizado por inhalación severa de humo y varias lesiones.

Alex vuelve a aparecer en pantalla y se encoge de hombros: —Riesgo ocupacional. No es gran cosa. —Pero entonces tose terriblemente y agarra su agua. Su cara está roja, y parece cansado cuando dice a la cámara—: Viene con el territorio.

De repente me encuentro plantada frente al televisor mientras la pantalla cambia de nuevo. La reportera está de pie frente a los restos del almacén, que está carbonizado en la luz del día. Su monólogo está ilustrado por las imágenes de los escombros. *Dios mío, entró ahí.* Ella da información sobre el incendio y el almacén en sí, pero yo estoy esperando impacientemente que Alex vuelva a mi pantalla. Cuando pasa a otro lugar, mi corazón da un salto, pero es solo ese señor Greene otra vez.

—Es todo culpa mía que esté herido —admite y hace que lo odie. Hace un gesto y hay una

pulsera de hospital en su muñeca. Él también es un paciente—. Estaba entrando en pánico cuando me llevaba, y le quité la máscara. Señor Whitmore, si ve esto, tiene mis más sinceras disculpas.

La cámara vuelve a Alex de nuevo. Me inclino hacia adelante, fijada en el hombre frente a mí y enojada por no estar con él ahora mismo. Deberían haberme llamado a mí primero cuando esto sucedió. En cambio, estoy en mi maldita casa. Tose y dice: —Eso no es culpa suya. La gente entra en pánico en un incendio, cuando no ha tenido entrenamiento. Es simplemente lucha o huida.

La voz en off de la reportera lo interrumpe para decir: —Whitmore se niega a culpar a nadie más por sus lesiones.

Él sonrío y dice: —Me alegro de saber que el señor Greene estará bien. —Luego rompe en otra serie de toses. Toses duras y dolorosas, por lo que parece. Mi estómago da un vuelco, mientras mi corazón se estremece.

Necesito llegar hasta Alex. Nunca esperé verlo tan indefenso y herido. Es más grande que la vida misma, pero ahora, parece que me necesita. O tal vez, yo lo necesito a él. ¿Hay alguna diferencia?

La voz en off del reportero vuelve a sonar, esta vez para resumir toda la historia en una frase larga pero concisa que concluye con todos insistiendo en que es indiscutiblemente un héroe. Luego cambian a una toma de Alex en su cama de nuevo. Los tubos en sus brazos y la bata de hospital son puñales en mi corazón herido. Él dice: —No puedes ser bombero y tener miedo de entrar en un edificio en llamas. Es simplemente el trabajo. Me alegro de que todos hayan salido adelante. Es lo único que me importa.

El reportero se despide y vuelven al estudio, y pierdo todo interés. No me interesa la siguiente noticia sobre un festival histórico y una tormenta inminente. No puedo pensar en nada más. Solo en Alex.

Todo lo que los demás me han estado diciendo da vueltas en mi mente. He sido tan estúpida. He estado buscando un héroe a la antigua usanza. Caballeroso. Valiente. Un hombre de verdad. Un hombre que me trate como quiero ser tratada. Que es exactamente quién y qué es Alex Whitmore. Un caballero moderno.

Si alguien es un caballero moderno, es un bombero. Claro, la policía y los soldados se acercan, pero hay diferencias claras entre ellos. A diferencia de la policía, los bomberos saben que su trabajo los pondrá en peligro algún día. Los policías pueden trabajar tras un escritorio toda su carrera. Y a diferencia de los soldados, los bomberos no pueden razonar con sus oponentes. Pero los soldados, especialmente los modernos, a menudo pueden desescalar una situación con sus palabras. No se puede hablar con el fuego para calmarlo.

Alex salva a las personas, sin importar el costo para sí mismo. Y está acostado solo en una cama de hospital porque salvó a seis personas de un edificio en llamas anoche.

¿Qué hice yo anoche? Creé un personaje basado en el hombre valiente, caballeroso y apuesto al que maltraté. Mi cabeza cae en mis manos y les digo a los gatos: —Dios mío, anoche escribí fanfiction de Alex Whitmore—. No parecen importarles, aunque las orejas de Carmen se erizan cuando digo su nombre.

Tengo que ir a verlo. Ni siquiera estoy segura de qué le diré. No importa. Siento una necesidad visceral de verlo y estar ahí para él, si me lo permite. Tengo que hacerle saber que ha tenido razón todo el tiempo y que he sido estúpida respecto a él y a nosotros, y esperar que me perdone. Todo este tiempo, he estado esperando a un hombre perfecto. Y todo este tiempo, estaba justo frente a mí.

Él es mi señor Darcy.

Una sirena atraviesa mi mente y los gatos se vuelven locos. Monroe sale corriendo por el pasillo para ver el problema, mientras Carmen huye de la cocina. El humo se eleva hacia el techo desde un pequeño fuego en la estufa.

—¡Maldición! —Corro hacia el pequeño fuego y golpeo la gruesa tapa de vidrio sobre la sartén. Mi corazón se acelera y jadeo en mi puro pánico. *Y eso fue solo un fuego pequeño.* Lo quito del calor y apago el quemador. Todo detrás de la tapa de vidrio son trozos negros.

El pitido continúa hasta que encuentro un trozo de correo viejo y abro la alarma con un poco de aire fresco. No puedo alcanzarla sin el taburete, y por el momento, no puedo recordar dónde está mi taburete. No puedo pensar en nada más que en Alex.

Mientras trato de calmarme, levanto cuidadosamente la tapa de lo que era la cena. Está tan arruinada como ese almacén. Los presentadores de noticias continúan hablando sobre algún festival histórico que viene a la ciudad y la lluvia esperada para esta noche, pero apenas lo noto. El fuego en la sartén fue una señal.

Necesito ver a Alex.

-

Capítulo Veinte

Alex

—No hacía falta que vinieras desde tan lejos —digo antes de que me ataque otro ataque de tos. He bebido tanta agua en el último día que he pasado la mayor parte de la mañana en el baño.

—¿Estás de broma, Alex? ¡Casi mueres!

Pongo los ojos en blanco y le digo:

—Alyssa, no estuve a punto de morir, los otros bomberos estaban justo allí cuando me caí...

—¡Te juro por Dios, Alex, que no me vengas con eso de que "el fuego no es para tanto"! —de repente estaba tan enfadada que no supe qué decir—. Tú y yo sabemos perfectamente lo grave que es un incendio —su voz se quiebra y me abraza rápidamente.

Suspiro. A mi hermana le cuesta incluso aceptar mi carrera, y mucho menos decir la palabra "fuego". Su ansiedad es tan fuerte que su mascota es un perro de terapia.

—Tienes razón, Lyssi. Lo siento. No quería actuar como si no fuera importante.

Ella sorbe por la nariz y dice:

—Idiota.

Me río y ella se aparta.

—Soy lo que soy.

Sus mejillas están surcadas de lágrimas, pero sonrío.

—¿No podrías ser otra persona por una vez?

—¿Dónde está la familia?

—Le dije a Grant que mantuviera a Clara en el pasillo, por si estabas lleno de cables y tubos, y para que pudiéramos hablar un minuto. Además, pensé que si necesitabas tranquilidad, en lugar del ruido de una niña pequeña, la mantendría fuera.

Niego con la cabeza y le digo:

—No me importaría ver a mi familia ahora mismo.

—Antes de decirles que entren, cuéntame qué pasó. Has hecho esto cientos de veces, Alex. ¿Qué salió mal?

—Nada, en realidad. No te preocupes.

Alyssa es firme cuando dice:

—Alexander. No puedes decirme eso. Nunca. Me debes la verdad. Me debes respuestas. ¿Recuerdas nuestro acuerdo, cuando decidiste elegir la peor carrera del mundo?

—Es la mejor carrera del mundo, Lyssi, yo...

—Me debes respuestas. Juraste que siempre me contarías sobre tu trabajo cuando te preguntara, por si pensaba que te estabas pasando de la raya. Sé que necesitas combatir incendios y vengarte del fuego por mamá y papá, o lo que sea, pero acordamos que si alguna vez pensaba que te estabas excediendo y corriendo demasiados riesgos, lo dejarías, y cumplirás tu promesa, Alex —su voz tiembla, pero no se rinde—. Dime qué pasó. Explícame por qué no debería poner fin a tu carrera. Teníamos un trato.

—Está bien, Lyssi. Tienes razón, tienes razón. Lo recuerdo —doy un sorbo, me recuesto y pienso detenidamente—. Tenía el oxígeno que necesitaba. Mi equipo funcionaba correctamente. Estaba bien descansado. Hice todas las mismas cosas que siempre hago, y todos los demás también. Estábamos en forma y era un buen día, dentro de lo que cabe —repaso mentalmente la noche anterior y me cuesta decir las palabras—. Había rescatado a cuatro personas antes de que las cosas empezaran a ir... mal.

Ella se sienta en la silla de visitas.

—Continúa.

—Durante el quinto rescate, parte del techo se derrumbó y golpeó mi casco. Me dejó bastante aturdido, pero seguía en pie. La saqué con bastante facilidad. Pero ella me habló del gerente que estaba atrapado en la oficina. Sin embargo, la barandilla que llevaba a la oficina estaba en llamas, y no podría haberlo sacado de allí por ese camino. Pude conseguir una escalera y que otros bomberos vinieran conmigo. Aparecieron de la nada... Todavía no estoy seguro de quiénes eran.

—Averiguaré quiénes son y les enviaré algunos dulces como agradecimiento.

—Oye, ¿dónde están mis dulces?

Ella se ríe y luego me da un golpecito en el brazo.

—No estaba segura de si podrías comer sólidos. Sigue curándote y *quizás* te traiga algo también.

Me río suavemente.

—Gracias por eso. En fin, llevamos la escalera hasta la ventana de la oficina. Mi cuerpo estaba cansándose, pero subí la escalera y usé mi hacha en la ventana antes de darme cuenta. En ese momento actúas por memoria muscular, todo el entrenamiento, eso es lo que te ayuda a superar los momentos difíciles.

Alyssa asiente y dice:

—Lo entiendo. Es como cuando hago un pastel. Lo he hecho miles de veces. No pienso en lo que estoy haciendo. Simplemente lo hago. Como en piloto automático.

—Sí, exactamente. Así que entro en la oficina y ese hombrecillo calvo...

—¿El señor Greene?

Asiento y cierro los ojos.

—Ese mismo. Está arrodillado frente a una caja fuerte, quemándose la mano, estoy seguro. Pero está en modo de lucha o huida, sin pensar en nada más que en el dinero, porque la gente no es lógica en un incendio, e intento que venga conmigo, pero está obsesionado. Así que lo cargo sobre mis hombros y él lucha conmigo... —puedo recordar la pizca de pánico que me invadió en el momento en que se rompió el sello de mi máscara—. Y aflojó mi máscara. Y el humo me ataca.

Los ojos de Alyssa brillan, pero no habla.

Cuando éramos niños, ambos teníamos pesadillas sobre un monstruo de humo que mató a nuestros padres. El humo, quizás incluso más que el fuego, es lo más aterrador, porque es lo que mata a la mayoría de las personas que mueren en incendios. Muchos adultos bien intencionados nos lo dijeron: "Es el humo lo que mata a la mayoría de la gente. Probablemente solo se durmieron y no lo notaron. No sufrieron".

Bueno, tal vez no sufrieron. Lo que significa que un monstruo sigiloso y reptante es lo que asesinó a nuestros padres. Y durante meses, ninguno de los dos durmió en absoluto. Seguíamos esperando que el monstruo de humo viniera también por nosotros.

Me trago el miedo de un solo golpe y me atraganto de nuevo. Alyssa me sirve otra taza de agua y me la bebo.

—Pero tenía a un hombre sobre mis hombros al que debía ayudar a salir del almacén. Y de alguna manera lo superé. La parte superior de la escalera estaba cubierta de humo. Pero a través del humo, vi los brazos de un bombero extenderse. Entregué a Greene y cuando ya no lo oí gritar sobre la caja fuerte, supe que la parte superior de la escalera estaba despejada. Tanteé alrededor y me subí. Sentí que algo se rompía o algún tipo de impacto, y lo siguiente que recuerdo es que desperté tosiendo.

—¿Qué salió mal? —pregunta mientras se seca las lágrimas.

—Me dijeron que una viga en I cayó del techo y golpeó la escalera, derribándola por completo. Tuve suerte de que no me golpeará a mí también.

Ella toma mi mano y la sostiene.

—Todos tenemos suerte.

Me encojo de hombros. —Sí. La conmoción cerebral no es lo peor que han visto, y no me rompí nada importante. El daño pulmonar es solo por inhalación de humo, y no tan grave, según los médicos. Necesitaré oxígeno continuo y un par de tratamientos pulmonares diferentes por un tiempo, pero son mayormente moretones y golpes. No creen que haya daño cerebral por envenenamiento por monóxido de carbono. Tuve suerte. —Me ahogo con las cenizas restantes en mis pulmones.

—Creo que el daño cerebral era una condición preexistente —bromea ella.

Me río. —Sí, tal vez. Aun así, dado lo que pasó... —Sacudo la cabeza—. ¿Cuáles eran las probabilidades?

Ella sonríe y dice: —Entonces parece que este es uno de esos momentos en los que debería agradecer a mi buena estrella y a la tuya también, y regañarte por no enviar a otro bombero a subir la escalera cuando tenías una maldita lesión en la cabeza...

—¡Oye!

Me lanza una mirada que me hace callar. —Y decirte que te amo.

—Yo también te amo, Lyssi —le sonrío—. Y tienes razón, debería haber enviado a alguien más. Ya no estaba pensando. Todo lo que sabía era que tenía seis personas que salvar, no cinco. Me quedaba una más por rescatar. Fue estúpido, pero bueno, tenía una lesión en la cabeza.

—¿Estúpido? Sí. Pero este accidente no fue tu culpa.

Sacudí la cabeza. —No. Fue solo un accidente. Demonios, si hubiera estado al pie de la escalera, me habría golpeado la viga en I.

—Extrañamente, eso no me hace sentir mejor. —Suspira—. Iré a buscar a Clara y Grant.

—Gracias. Y gracias por venir.

—¿Eso es una broma?

Frunzo el ceño. —¿Por qué sería una broma?

—¿Dónde demonios más estaría yo ahora mismo, Alex? —me mira como si hubiera perdido

la cabeza.

—Lo siento, todavía no estoy del todo aquí.

—¿Alguna vez lo estuviste? —dice con sarcasmo.

Cuando Grant y Clara entran, él parece haber envejecido cinco años desde la última vez que lo vi. Tiene bolsas bajo los ojos y la piel cetrina. —Hola, Alex.

—Hola, amigo. ¿Estás bien?

—Tú eres el que está en la cama del hospital. No yo.

—Sí, pero parece que tú también podrías necesitar una —señalo.

—Es que mi cuñado casi muere anoche, así que no dormí mucho exactamente —dice con una sonrisa irónica.

Somos amigos, pero no esperaba que se preocupara por mí así. —No te preocupes por mí, Grant. Soy más fuerte de lo que parezco. —Entonces me da otro ataque de tos. No puedo esperar a que se acaben.

—¡Klex! —chilla Clara y se sube a la cama conmigo, golpeando la cánula de oxígeno de mi nariz. Lucho por volver a ponerla en su lugar, mientras ella canta: —¡Klex! ¡Klex!

No puedo evitar contagiarme de su energía de niña pequeña. Sonrío: —Hola, Clara-abeja.

—¿Por qué? —Señala los tubos y cables a mi alrededor, luego pierde el equilibrio y casi golpea mi vía intravenosa.

Alyssa entra en pánico y la levanta. —No juguemos con eso ahora, ni nunca.

Le digo: —Necesito esto para mantenerme vivo.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchos pupis.

Mira los moretones en mi cara y los estudia cuidadosamente. —¿Paque?

Miro a Alyssa, pero Grant explica: —Su amigo Edison se cayó de la escalera del tobogán en el parque y se rompió el brazo, se golpeó la cara al caer. Está bien, no te preocupes.

Sonrío y por primera vez en toda la mañana, puedo sentir los moretones cuando sonrío y hablo. Hago una mueca. —Es hora de más medicamentos. Um, Clara-abeja, me lastimé en el trabajo. ¿Recuerdas cuando te conté lo que hago?

Ella dice: —Nino, nino —como un camión de bomberos.

Me río, y eso también duele. Oh, qué bien. Presiono el botón para llamar a la enfermera. —Sí. El trabajo de nino-nino. Bueno, a veces el trabajo de nino-nino es más duro de lo que nos gustaría, y me golpearon.

—Oooh —dice ella de esa manera típica de niña pequeña. Luego, sacude la cabeza y exige: —No más nino-nino.

Alyssa la abraza fuerte. —A veces, Clara-abeja, por mucho que no quiera admitirlo, hay que hacer nino-nino.

La niña dice firmemente: —¡NO!

—Sí —asiento, mientras Clara sacude la cabeza. Le digo: —Estaré bien, Clara-abeja. Solo necesito mucha más ayuda para lograrlo. —El enfermero entra y le digo que necesito más medicamentos. Nos deja—. Ese hombre amable va a ayudar a mis pupis de nino-nino trayéndome golosinas especiales.

—¡Golosinas! —chilla con alegría infantil.

—Oh, ahora sí la has liado —me reprende Grant suavemente.

Alyssa dice: —Y ahora, alguien va a conseguir una gelatina en la cafetería.

Me río, luego me ahogo, y bebo agua. Cuando mi enfermero regresa, me da unas pastillas y casi me ahogo al tratar de tomarlas. Es un desafío, pero logro tragarlas. Algo así como forzar dos

limones por una manguera de jardín. —¿Tal vez algo en una aguja la próxima vez?

—Le preguntaré a su médico. ¿Necesita algo más?

—Estoy bien, gracias, David.

—¿Qué tal para alguien más? —pregunta a la habitación.

Clara grita: —¡Golosinas!

Él se ríe y dice: —Tengo justo lo que necesitas —pero luego mira a Alyssa y dice: —si se le permite.

Ella asiente: —Este es su tío, así que está profundamente angustiada. Hoy tiene pase libre. Dale todo el azúcar que quieras.

—Bueno, no llevo golosinas azucaradas, pero —se ríe y se arrodilla frente a ella—. ¿Alguna vez has probado un rollito de frutas?

—No —dice ella, fascinada.

Saca el pequeño paquete plano de su bolsillo. —Tienen poderes mágicos que te ayudan a crecer grande y fuerte, como una superheroína. Se llaman vitaminas. ¿Quieres ser grande y fuerte?

—¿Como Una Mujer?

Él mira a Alyssa, quien explica: —La Mujer Maravilla.

—¡Oh! Sí, cariño, grande y fuerte como la Mujer Maravilla. Ella toma todas las vitaminas que puede, para poder salvar a la gente como lo hace tu tío Alex.

—¿Una Mujer niño, niño?

—Camión de bomberos —traduce Alyssa para él.

—Ah —asiente él—. Entonces, ¿qué me dices, señorita? ¿Quieres ser una heroína?

—¡Sí! —aplaude alegremente.

—Aquí tienes —se lo pasa.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Alyssa empieza a traducir, pero él le dice:

—Esa la entendí.

Se vuelve hacia Clara y dice:

—De nada. Necesitamos más héroes en el mundo.

Se pone de pie y me dice:

—Ya sabes cómo contactarme.

Asiento con la cabeza y empiezo a sentir que los medicamentos están haciendo efecto.

—Oye, Lyssi, estoy a punto de quedarme dormido por las pastillas.

—Entonces nos iremos. Descansa mucho, Alex.

Sale con su familia y yo me voy quedando dormido.

-

Capítulo Veintiuno

Raina

Estoy en mi coche antes de poder pensar en lo que estoy haciendo. Necesito ver a Alex. Sin embargo, una vez en la carretera, me doy cuenta de que no tengo idea de en qué hospital está y está comenzando a lloviznar. Llamo a Lynn, ya que conoce la zona mejor que yo. Está sin aliento y pregunta:

—Cariño, ¿viste...?

—¿Las noticias?

—Suenas extraña, como si estuvieras al final de un pasillo.

—Estoy conduciendo al hospital para verlo. Te tengo en el altavoz.

—Entonces, ¿lo viste?

Asiento sin sentido.

—Sí, lo vi. ¿Sabes qué hospital era ese?

—St. Francis.

—Muchas gracias, tengo que irme.

—Salúdalo de nuestra parte —se ríe.

Busco el hospital en mi teléfono para obtener direcciones. Es prácticamente un camino directo hasta allí, y mi mente intenta desconectarse como suelo hacer en viajes largos. Pero no puedo. Todo en lo que puedo pensar es que necesito ver a Alex. La imagen de su bata de hospital está grabada en mi cerebro y no puedo pensar en nada más.

El hospital está justo a las afueras de Charleston. Es bonito, pero está concurrido. Doy vueltas por el estacionamiento y la falta de plazas se siente como otra barrera más entre Alex y yo. Me rindo intentando encontrar algo cerca y opto por un lugar lejano. Está bien, siempre y cuando no llueva.

Estoy a treinta pies de mi coche cuando pienso: *Debería haber traído un paraguas*. La lluvia no era tan mala al principio, pero pronto está cayendo a cántaros. Para cuando llego a las grandes puertas de cristal, estoy empapada. Una vez dentro del aire acondicionado, me estoy congelando y se me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Estoy convencida de que mi ropa se congelará sobre mi piel si no sigo moviéndome.

El vestíbulo está repleto de vida, desde la larga fila en el mostrador de recepción hasta los bancos y asientos ocupados. Me quedo temblando al final de la fila y observándolo todo. Todo es muy ruidoso, las superficies brillantes de azulejos y las paredes reflejan las voces del intercomunicador y el parloteo de los visitantes va directo a mi cerebro confundido.

Los hospitales no son lugares felices para nadie, y después de lidiar con las enfermedades de

mis padres, la falsa alegría de las plantas en macetas es mucho para asimilar. Las pinturas de paisajes y las cruces en las paredes se supone que deben brindar consuelo, pero no funcionan conmigo. Es casi como si cada peculiaridad del diseño estuviera ahí para mentirme.

Ya he desconectado las voces de las personas a mi alrededor. Tengo que hacerlo. No puedo absorber también su miseria, preocupándome por sus seres queridos. En su lugar, practico qué decirle a Alex. El frío se mete en mis huesos y el agua gotea de mi pelo por mi espalda.

Finalmente, estoy casi al frente de la fila. La mujer delante de mí baja los hombros. Está vestida de punta en blanco, pero su rostro se desploma cuando se da la vuelta. Está enojada y decepcionada. Me siento mal por ella. No puedo imaginar qué terrible noticia acaba de recibir.

La recepcionista resopla:

—¿Sí?

Me lleva veinte años y tiene un moño con mechas grises. Su etiqueta dice *Brenda*.

—Hola. Eh, estoy buscando la habitación de Alex Whitmore.

—Usted y todas las demás chicas aquí —hace un gesto señalando la sala a mi alrededor.

Echo un vistazo y me doy cuenta de que todas las demás personas en el vestíbulo son mujeres bien vestidas. Algunas están cerca de mi edad, pero todas tienen el pelo y el maquillaje perfectos. Le pregunto a la recepcionista:

—¿Por qué?

—Lo mismo que usted. Vieron la entrevista del bombero y se enamoraron. Siga adelante, señora, alguien en esta fila podría necesitar ayuda legítima. Por favor, hágase a un lado.

Sacudo la cabeza y la miro de nuevo.

—No, yo realmente conozco a Alex.

—Estoy segura de que sí. ¡Siguiente en la fila! —se inclina alrededor de mí.

—¡No, no siguiente, yo! —le espeto a la mujer detrás de mí. Ella da un paso atrás sorprendida. Giro la cabeza de nuevo y le digo a Brenda—: Llámelo y dígame...

—Señora, yo...

—Dígale que Raina Groves quiere verlo.

—Cariño, he tenido a sus "hermanas", "primas", tres de sus "madres", y ninguna de ellas ha sido verificada excepto una —teclea en su teclado y dice—: Tengo una lista de personas aprobadas en su lista de visitantes, y usted no está en ella.

—¡Pero tengo que verlo! —me siento mal por gritar, pero estoy empezando a entrar en pánico. Un guardia de seguridad está sentado junto a ella y observa mi ataque de nervios—. Lo siento. Solo estoy preocupada por mi amigo. Por favor, llámelo y dígame que Raina Groves está aquí para visitarlo.

Ella dice:

—Señorita Groves, si no...

—Disculpe —dice una mujer detrás de mí. Me giro hacia ella y casi le grito. Pero hay algo en ella. Es más o menos de mi altura, con el pelo castaño corto y una niña pequeña en la cadera—. ¿Raina? ¿Raina Groves?

—¿Sí?

Sonríe y estrecha mi mano temblorosa, pero su mano se retrae rápidamente.

—¡Oh, estás congelada! Pobrecita.

Asiento, pero estoy confundida.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Alyssa Marks. Soy la hermana de Alex.

Mi corazón empieza a latir en mis oídos. ¿Va a decirme que me vaya?

Alyssa sonríe a la recepcionista.

—Está bien, yo respondo por ella —me dice—: Ven. Te llevaré a ver a Alex.

Brenda se encoge de hombros y se gira para atender a la siguiente mujer en la fila, mientras yo sigo a Alyssa. Mis dientes castañetean mientras le digo:

—Gracias.

—Por supuesto —dice con una sonrisa. Nos detenemos frente a las puertas del ascensor y dice—: Tengo un cambio de ropa en mi coche, si lo quieres.

—E-estoy bien —tartamudeo, luego meto las manos bajo mis brazos para calentarme.

—Bueno —añade—, hay una tienda de regalos en el segundo piso. Y hace aún más frío en la habitación de Alex. Y estás goteando —mira hacia mis pies.

Así que yo también miro allí. Tiene razón, estoy dejando un desastre.

—Tal vez la tienda de regalos sea una buena idea —acepto.

—Te llevaré allí —dice con una sonrisa.

Las puertas se abren y entramos. La niña pequeña está inconsciente, con la cabeza apoyada en el hombro de Alyssa y la boca bien abierta.

—Está agotada.

—Sí, hemos estado aquí un buen rato —presiona el botón del segundo piso—. Nos vamos a casa en un par de minutos.

—¿Te estoy retrasando?

—Qué va —niega con la cabeza.

La miro y me pregunto: *¿Por qué me está ayudando? ¿Qué está pasando ahora mismo?*

Cuando la puerta se abre, hay un largo pasillo con señales que apuntan en todas direcciones. Alyssa, por otro lado, parece conocer el camino. La tienda de regalos no tiene mucha ropa. Hay flores, ositos de peluche y globos. Me dirijo a las camisetas, ninguna de mi talla. Agarro la más cercana y unos leggings de estampado brillante que a Lynn le encantarían, junto con unos zuecos caros.

Alyssa espera junto al baño mientras me cambio a mi ropa nueva, y tiro mi ropa mojada en la bolsa de compras. Es agradable estar seca de nuevo, pero parezco completamente loca. Pero ella dice:

—Ahora te ves mucho más cómoda.

—Parezco una loca, pero gracias.

Ella se ríe y dice:

—Bueno, al menos ahora estás seca.

Asiento. El viaje en el ascensor es más largo esta vez. Ella tararea y mece suavemente a su bebé dormido. Yo me muevo inquieta en la ropa extraña. Todavía está rígida y huele a hospital. Me pregunto si me contagiare de algo por usar ropa de hospital sin lavar.

Cuando las puertas del ascensor se abren de nuevo, mi estómago palpita y recuerdo que aún no he cenado. Tampoco he pensado en qué decirle a Alex. Alyssa toma la iniciativa de nuevo, afortunadamente. Dice en voz baja:

—Puede que esté dormido.

—¿Entonces debería estar aquí siquiera?

—Estará bien. Estoy segura de que se animará en cuanto te vea. No te preocupes.

He estado tratando de no mirar dentro de las habitaciones abiertas mientras pasamos. El estrés de estar en un hospital me está agotando. No puedo permitirme pensar en mi entorno y sigo quedándome en blanco cuando pienso en Alex, así que mi mente sigue rebotando entre los dos temas con cada paso. Izquierda, hospital. Derecha, Alex.

Alyssa se detiene y abre una puerta, y me quedo paralizada. Hay una gran ventana con cortinas blancas. Hay un jarrón con margaritas en el alféizar. Solo puedo ver la mitad inferior de la cama. Pero entonces escucho: «¡Lyssi!» y mis pies me impulsan a entrar en la habitación detrás de ella.

—Hola, tú —le dice ella.

Cierro la puerta suavemente. Cuando rodeo la cortina, él le está sonriendo a Alyssa y a su bebé. Su bata de hospital parece demasiado pequeña para sus hombros. Tiene una vía intravenosa y un tubo de oxígeno bajo la nariz. Su barba incipiente sombrea su mandíbula, y está aún más sexy. Sus ojos se iluminan cuando me ve, y su boca se abre con incredulidad.

—¿Raina?

—La encontré deambulando como un cachorro perdido en el vestíbulo —dice Alyssa dulcemente.

—Hola —murmuro.

Durante unos largos y incómodos momentos, nadie habla. El único sonido es el televisor en la esquina.

Alyssa finalmente rompe la tensión con:

—Bueno, tengo que llevar a este pequeño a casa.

—Acaricia a Cocoa por mí —le dice Alex, y luego bosteza.

Alyssa le sonríe sin responder. Antes de cerrar la puerta, le lanza una sonrisa pícara y un guiño. Y de repente, estamos solos.

-

Capítulo Veintidós

Alex

Es impresionante. Es decir, estoy completamente atónito. Aunque también podrían ser las drogas.

Raina siempre es hermosa, incluso cuando su cabello está mojado y alborotado o cuando está descalza sobre el césped. Tal vez sea porque ha aparecido sin avisar, o porque hace tiempo que no la veo, pero hoy está absolutamente deslumbrante.

Incluso con ese atuendo.

Las gotas de lluvia salpican la ventana y normalmente, mis pensamientos estarían en Alyssa conduciendo a casa con el mal tiempo, pero admito que estoy distraído por Raina. Su cabello rizado está despeinado por la lluvia. Lleva una camiseta de recuerdo y unas mallas con estampados brillantes. Los zuecos en sus pies parecen ser una talla más grande.

Y estoy cautivado por su imagen.

Su voz es más baja de lo que jamás la he oído. —¿Cómo estás? —No se acerca más, como si yo fuera alguna bestia temible. Hay temor en sus ojos y quiero destruir lo que sea que lo haya puesto allí. Sus manos retuercen inútilmente las asas de una bolsa de la tienda de regalos.

Quiero preguntarle qué le pasa. Quiero saber quién la ha molestado tanto y quiero patearle el trasero. Pero yo no figuro en su mundo de galanes y caballeros nobles, o lo que sea, así que no me corresponde salvarla. Pero cada hueso de mi cuerpo quiere salvarla. Respiro hondo y me encojo de hombros. —He estado mejor. He estado peor.

Ella se toca la mejilla debajo del ojo. —Ese moretón parece doloroso.

Me toco la cara en ese punto. Luego me río para mis adentros. —Ah, sí. Me había olvidado de este. Deberías ver cómo quedó el otro tipo. —Logro esbozar una sonrisa antes de que otro ataque de tos me interrumpa.

Después de terminar de beber más agua, Raina murmura: —Te vi en las noticias. Y vi... al otro tipo. Ese almacén ahora es solo escombros.

No puedo evitarlo. Tengo que preguntar: —¿Está todo bien? Contigo, quiero decir. Tu amigo Jimmy, ¿sigue bien?

Ella asiente. —Se está recuperando. Gracias a ti.

Resto importancia al asunto. —Solo hacía mi trabajo.

—Lo sé. Por eso estás aquí. Por eso estoy aquí... —Da el más pequeño paso hacia mí—. No puedo creer que te metieras corriendo en ese edificio.

Me río, toso y bebo. Cada vez que trago agua, es como si tragara vidrios rotos. Logro decir con voz ronca: —Algunos nacemos lo suficientemente estúpidos como para hacer cosas estúpidas. Algunos somos lo suficientemente inteligentes como para usar nuestra estupidez para cosas buenas. Me gustaría pensar que estoy en la segunda categoría.

Otro paso imperceptible más cerca y murmura algo que no alcanzo a oír.

—Lo siento, pero mi audición no está muy bien ahora mismo. El fuego fue muy, muy ruidoso.

Ella se aclara la garganta y pregunta: —¿La pérdida de audición es permanente?

Niego con la cabeza. —Debería ser temporal, como la última vez.

—Dijiste que eres estúpido.

Sonrío y asiento. —Lo soy.

—Tenemos eso en común —dice claramente.

—No puedes ser estúpida y escribir libros, Raina.

—¡Lo soy! Soy tan estúpida, Alex. Y lo siento tanto. —Su voz me rompe el corazón.

—Dime qué está mal, Raina. Dime cómo puedo ayudar.

Ella aparta la mirada y dice: —No hay nada que puedas hacer, excepto perdonarme por ser tan condenadamente estúpida.

Mi garganta se tensa y necesito más agua. Bebo un poco más y le pregunto: —¿De qué estás hablando? No entiendo.

Nerviosamente, pasa los dedos por su cabello mojado. —Alex, he sido ridícula y poco realista y... —Raina camina de un lado a otro al pie de mi cama mientras comienza a divagar—: He estado esperando a un chico que sea perfecto y caballeroso y valiente y galante, algún tipo salido directamente de una novela. Una combinación de caballero y gentleman, un señor Darcy...

—¿Un quién?

—El señor Darcy, de Orgullo y prejuicio —me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—Ah, ese señor Darcy —digo con una sonrisa.

Ella continúa: —Pero en realidad, no he estado esperando a algún hombre perfecto. He sido una cobarde. He estado usando esta fantasía para evitar vincularme con alguien. Y nunca he sido buena vinculándome con la gente en primer lugar...

Asiento. —Entiendo eso.

Su voz se quiebra y se nota incómoda, pero sigue adelante: —Después de perder a mi familia y que mi novio rompiera conmigo, me aislé, porque si no me acercaba a nadie, entonces no podía perderlos. Y no podían herirme de nuevo. No podía ser destruida por la pérdida otra vez...

Mi pecho se hincha y mis ojos arden. Sé exactamente a lo que se refiere, y quiero decírselo, pero no quiero interrumpir. —Continúa. Si quieres.

Se aparta el cabello de la cara, luego me mira. —Pero no tengo excusa. Estoy tan asustada de ti...

—¿Qué? —se me escapó.

—Porque nunca me había sentido así antes.

Debajo de las mantas, mis manos se tensan y se relajan. Creo que está diciendo lo que siempre he querido oír. Espero que así sea. Rezo para que así sea. Mi corazón está al filo de la navaja.

Deja caer sus manos a los lados y finalmente camina hasta mi cama. —Alex, quiero estar contigo. Si puedes soportar estar con alguien que es emocionalmente inepta y...

La agarro por el cuello, la atraigo hacia mí y la beso. Sus suaves manos tocan mi cara, y me estremezco y me tenso. No pude evitarlo, solo un reflejo. Ella se aparta y se da cuenta de que estoy dolorido de nuevo. Raina suelta: —¡Dios, lo siento tanto!

Le sonrío y le digo: —Apenas lo noté. Ven aquí...

—No puedo lastimarte de nuevo —dice ella.

—Solo dolerá si no me besas ahora mismo.

Su dulce sonrisa me estremece. Luego me besa de nuevo. Se derrite contra mí, tanto como puede mientras todavía estoy en la cama y ella esquiva el suero. Raina hace unos pequeños gemidos de satisfacción, y es casi como si estuviera ronroneando en mi boca.

Definitivamente me he vuelto un amante de los gatos.

Mi corazón está a punto de estallar, y me siento abrumado por lo que siento por ella. Quiero esto. Lo he querido durante tanto tiempo. Pero dado nuestro pasado, tengo que preguntar: —¿Lo dices en serio, Raina? ¿Quieres estar conmigo?

—Sí —dice ella sin vacilar.

Vuelvo a acercar sus labios a los míos y me deleito con la sensación. Por fin puedo abrazarla, respirar su aroma. Quiero envolverla a mi alrededor y despertar con mi rostro enterrado en su cabello. Mi corazón se eleva al saber que esta vez las cosas son diferentes.

Aun así, la duda me llama, me dice que sea precavido. Podría cambiar de opinión. Podría alejarse. Podría volver a ser fría. Las cosas podrían salir muy mal muy rápido, justo como antes.

Pero esta vez, todo es diferente. No solo por cómo se siente, sino porque ella también lo quiere.

Raina se inclina sobre la cama, sentándose en el borde del colchón. Tiene cuidado de no golpear mi vía intravenosa o la cánula nasal. Nuestro beso se vuelve más intenso cuanto más tiempo puedo sentir su cuerpo presionado contra el mío. Susurra: —¿Alguna vez lo has hecho en una cama de hospital?

—Me encanta... tu entusiasmo, pero por mucho que no quiera admitirlo, estoy un poco demasiado destrozado para eso.

Ella sonríe y se encoge de hombros alegremente. —Me lo puedes compensar más tarde. — Luego me besa de nuevo. Su lengua es cálida y suave, y cada roce envía nueva vida entre mis piernas. A medida que la sangre corre por mis venas, nuevos dolores y molestias palpitan. Mi cabeza también late. Pero, por Dios, la deseo.

—¡Oh! —dice alguien cerca de la puerta.

Raina se queda helada, luego mira a nuestra intrusa y se sonroja. Su voz es entrecortada cuando pregunta: —¿Hola?

Mi doctora sonríe y ofrece: —Puedo volver más tarde.

Raina insiste: —No, por favor, doctora. Quédese.

Ella nos dice: —Le daré el alta para el fin de semana, señor Whitmore, siempre que siga mejorando como espero. Quiero mantenerlo aquí en observación un poco más, para asegurarme de que su conmoción cerebral no sea peor de lo que se sospechaba inicialmente. Pueden ser muy engañosas, y no voy a correr riesgos con el famoso bombero. Mi hermana, y todo el vestíbulo, me matarían.

Me río y pregunto: —¿De qué está hablando?

—¿Su novia no se lo ha dicho?

Miro a Raina y pregunto: —¿De qué está hablando?

Su rostro aún está sonrojado por la intrusión. Me dice: —Hay alrededor de treinta mujeres en el vestíbulo que quieren conocer al héroe que salvó a seis personas anoche.

Me río y me atraganto y me río de nuevo, antes de beber más agua. —¿Me estás tomando el pelo?

—No me sorprendería encontrar a mi hermana allí abajo con ellas —la Dra. Knudsen niega con la cabeza y dice—: Usted es un héroe, según las noticias, señor Whitmore. Y voy a mantenerlo con vida todo el tiempo que pueda. Así que tal vez mantenga las actividades amorosas en algo manejable. Y si siente que algo va mal, recuerde detenerse.

Me encojo de hombros y le digo: —Lo que usted diga, Doctora Knudsen. No obtendrá ninguna objeción de mi parte.

—Disfruten su noche —dice con una sonrisa antes de irse.

Una vez que el camino está despejado, Raina se mete en la cama conmigo y se acurruca contra mí. Su cabello mojado empapa mi bata de hospital. Hay un goteo del charco que se está deslizando por mi pecho. El cosquilleo irritante me hace saber que ella está realmente aquí.

Pongo mi barbilla sobre su cabeza y estoy sonriendo como loco. Pregunto: —Entonces, ¿esto es lo que quieres? ¿Un bombero roto?

Ella se ríe y dice: —No estás roto. Solo un poco estropeado. Como yo.

Sus risitas me llenan de una alegría que nunca antes había conocido. Beso la parte superior de su cabeza y no puedo creer mi suerte.

-

Capítulo Veintitrés

Raina

Cuando me sumerjo de verdad en la escritura, es como una extraña meditación, como si me fusionara con mi teclado. Mi mente y mi cuerpo trabajan juntos por su cuenta. Los sonidos y las preocupaciones externas se desvanecen en el fondo. Ya no soy solo yo. Soy cada personaje en una escena. Soy cada uno de sus gestos, cada uno de sus miedos y deseos. Me convierto en su mundo.

Así que suelo perderme las llamadas telefónicas.

Mi móvil vibra a todo volumen, y doy un salto tan fuerte que me imagino un terremoto que hace que mis personajes se tambaleen. En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a la realidad. Estoy mirando una pantalla, no girando en un vals. Tengo el pie dormido. Y tengo algo de hambre. Estiro el pie y miro mi teléfono.

Es Alex.

Estoy sonriendo antes de poder pensar con claridad. Me envió un mensaje ayer para avisarme que le dan el alta hoy. No quería agobiarle: su hermana planeaba recogerle, y pensé que era mejor dejar que pasaran tiempo juntos. Así que decidí usar la mañana para escribir, y para asegurarme de no perder su llamada, había subido la vibración de mi teléfono. Aunque no podía soportar un tono de llamada real. Para mí, escribir requiere silencio.

Deslizo el pulgar sobre el círculo verde para contestar la llamada, y mi mano tiembla mientras me llevo el teléfono a la oreja. Estoy tan emocionada que mi voz suena entrecortada:

—¿Hola?

—Hola, ¿qué tal? —dice Alex. Suena como si estuviera sonriendo.

—¡Hola! —Me echo hacia atrás en mi escritorio y empiezo a flexionar los dedos de los pies con más fuerza para deshacerme del hormigueo—. ¿Cómo estás?

—Estoy genial —dice. Su voz suena casi normal—. ¿Cómo va la escritura?

—Voy por el capítulo tres.

—Vaya.

Me llevo las rodillas al pecho y admito:

—Honestamente, esto me está llevando mucho más tiempo de lo habitual. Normalmente, ya estaría por el seis o el siete a estas alturas.

—¿Tienes alguna idea de por qué?

Sonríó con picardía y le digo:

—Puede que esté distraída por los acontecimientos de esta semana.

—¡Oh! ¿Así que es mi culpa? —se ríe.

—Si es culpa de alguien, sí.

Su risa alimenta mi sonrisa. Dice:

—Bueno, intentaré mantener mis hospitalizaciones al mínimo de ahora en adelante. No quisiera interferir con tu mojo de escritora.

—Eres muy considerado. Gracias por la atención —le devuelvo la broma.

—Bueno, ¿crees que estás cerca de un punto donde puedas parar?

—Puedo estarlo.

Su voz suena tensa:

—Quería saber si te gustaría tener una cita.

—¿Esta noche? —Nunca hubiera pensado que estaría dispuesto tan pronto.

—Sí, ¿está bien?

—Hmm —finjo debatir mi respuesta—, ¿qué tipo de cita?

Dice:

—El tipo de cita en la que un chico recoge a una chica bonita que le gusta y la lleva a algún lugar divertido. Y la chica lleva una chaqueta, porque podría hacer frío esta noche.

—¿Así que es una cita al aire libre?

—Sí —cubre el teléfono y tose. Suena mejor que cuando lo vi en el hospital.

—¿Estás bien?

—Estoy genial —se aclara la garganta—. Entonces, ¿le gustaría a la chica ir a una cita al aire libre con el chico?

—Dadas las lesiones del chico, ¿sería prudente que el chico llevara a la chica a una cita al aire libre?

—La doctora Knudsen dice que el aire fresco le haría bien a los pulmones del chico.

—Entonces la chica quiere ir.

Suena aliviado:

—Bueno, entonces, creo que el chico la recogerá alrededor de las seis.

—Entonces, es una cita —le digo.

—No puedo esperar, Raina.

La forma en que dice mi nombre hace que mi estómago dé un vuelco. Espero que él sepa lo que se siente.

—Yo tampoco, Alex.

Tan pronto como colgamos, marco el número de Trisha. Contesta con un adormilado:

—¿Hola?

—¿Estabas durmiendo? —Me apresuro de mi oficina a la sala de estar. Carmen y Monroe maúllan lastimeramente cuando me ven.

—Soy una mujer adulta y puedo echar una siesta cuando quiera.

Me río de ella.

—Sí, puedes.

—¿Qué pasa, chica?

—Tengo una cita.

Ahora está despierta. Jadea:

—¿Con el bombero?

—Con el bombero.

Grita tan fuerte que tengo que apartar el teléfono de mi oreja:

—¡YA ERA HORA, MALDITA SEA!

Luego, sigue divagando sobre mi tontería y lo feliz que está de que por fin haya dejado de

interponerme en mi propio camino. Tiene tanto ímpetu que la pongo en altavoz para poder cambiar las cajas de arena de los gatos.

Cuando termino, me doy cuenta de que sus gritos han disminuido.

—¿Ya has terminado?

—Por ahora. ¿Has hecho alguna otra estupidez con él?

—Oh, pensé que me habías ascendido a *tonta* en tu diatriba, Trisha —la provoco.

Se ríe.

—Creo que son las dos caras de la misma moneda, Raina.

—Bueno, ¿has visto las noticias?

Suena perpleja:

—¿Las noticias están cubriendo tu cita?

Me río.

—En cierto modo. Cubrieron lo de él el otro día.

La pongo al día sobre todas sus heroicidades y ella o bien escucha con atención absorta, o está haciendo algo trivial mientras yo divago. Sería un justo desquite.

—...así que verlo en las noticias es lo que me obligó a darme cuenta de que había sido una completa idiota respecto a la situación. Bueno, eso y que todos los demás me dijeran lo estúpida que estaba siendo. Así que gracias por eso. Te lo agradezco, Trisha. Si no me hubieras dado ese toque de realidad, no sé si esta noche estaría teniendo una cita con el hombre que... me gusta.

—Siento que haya hecho falta que te gritara y que él casi muriera para que te dieras cuenta de lo que todos podíamos ver, pero me alegro de que todo esté saliendo bien.

—Así que necesito hablar de la ropa.

Chilla y dice:

—Ponme en FaceTime.

-

Vaqueros, una blusa bonita y una chaqueta elegante. Es casi lo que llevé a mi primera firma de libros. Me miro en el espejo de cuerpo entero y me pregunto si es demasiado formal para una cita. Pero como él dijo, probablemente hará frío y si vamos a estar al aire libre, necesito capas.

La batería de mi teléfono está agotada después de hacer FaceTime con Trisha, así que lo conecto al cargador. Mejor tener una buena batería ya que voy a tener una cita al aire libre. Y la parte al aire libre me hace pasar demasiado tiempo en mi cabello. Cantidades copiosas de mousse, peinado y horquillas me han ayudado a darle un estilo lindo, pero sé que el viento va a ganar esta batalla.

Holgazaneo por mi sala mientras espero a Alex. El sol se está poniendo, y me pregunto si también se está poniendo en mi vida amorosa. No he tenido una cita en al menos un año, e incluso entonces, Spencer no era muy aficionado a las citas reales. ¿Y si he olvidado cómo comportarme en una cita? Reviso mis dientes, mi maquillaje y mi cabello una vez más. Aunque haya olvidado cómo actuar, al menos puedo lucir bien.

Nuestro primer encuentro romántico fue sexo, seguido de desagradados. ¿Cómo será una cita real con él? Estoy segura de que no está planeando tener sexo al aire libre, pero... espera, ¿lo está?

Suena un golpe en la puerta y miro por encima del hombro para comprobar a los niños peludos. Carmen y Monroe no se inmutan por el golpe, durmiendo acurrucados juntos. Respiro profundamente, relajo los hombros y sonrío antes de abrir la puerta.

Hay un extraño ante mí. Lleva sombrero de copa y frac. Se toca ligeramente el sombrero con manos enguantadas de blanco, y empiezo a preguntarme si estoy alucinando sobre mis libros. Su

voz con acento inglés pregunta:

—¿Señorita Raina Groves?

—¿Sí? —baluceo.

Da un amplio paso, luego indica mi entrada con un gesto amplio.

—Su carruaje la espera.

Mi boca se abre al contemplar la escena. En efecto, el carruaje espera. Estacionado detrás de mi coche hay un carruaje blanco con lazos de terciopelo rojo profundo y detalles dorados. Un hombre elegantemente vestido con sombrero de copa y frac está en el asiento del conductor sosteniendo las riendas. Las correas de cuero se agitan ligeramente porque el caballo sacude la cabeza. La hermosa criatura es blanca como la nieve, alta y orgullosa. Su melena blanca y suelta recuerda al cabello de un mago. Sería un unicornio perfecto.

Una mano saluda desde la parte trasera del carruaje y roba mi atención del caballo perfecto. Es Alex.

Me río. No tengo palabras. Cierro la puerta de mi casa, luego el primer hombre del sombrero de copa me guía por el jardín hasta el carruaje. Alex sonríe desde el asiento mientras el hombre toma mi mano y me ayuda a subir y acomodarme en el asiento.

Alex me da un descarado:

—Buenas noches, señorita Groves.

Sonriendo, digo:

—¿De qué se trata todo esto?

Los dos hombres con sombrero de copa se emparejan en el banco del conductor, y comenzamos a trotar por la carretera.

—Es un carruaje tirado por caballos. Pensé que estarías familiarizada con ellos, dado tu género literario.

Le doy un suave golpe en el brazo.

—Ya lo sé.

Se ríe y dice:

—Oye, recientemente se me cayó un almacén encima. Tal vez no deberías dañar la mercancía.

—Dios mío, Alex, ¿me vas a decir qué está pasando?

Con cuidado pone su brazo alrededor de mis hombros, y me acurruco contra él.

—Hay un festival histórico en la ciudad, y pensé que podríamos tomar la ruta escénica para llegar allí.

—Esto es Fancy.

Alex y los hombres del sombrero de copa se ríen.

—¿Qué?

Alex explica:

—Ese es el nombre del caballo.

Uno de los hombres del sombrero de copa dice:

—Casi todos dicen lo mismo cuando suben. —Se da la vuelta—. Así que por eso la llamamos así: Fancy.

Todavía estoy maravillada por el momento. Estoy en un carruaje tirado por caballos en una cita. Es una noche preciosa, y el sol se ha hundido bajo el horizonte, pero el frío de la noche aún no se ha colado. Me quito la chaqueta y la pongo a mi lado. Alex coloca su brazo alrededor de mis hombros y sus dedos rozan suavemente mi brazo. La calle está desierta, a excepción de nuestro carruaje.

Al final de la calle, veo un vistazo del festival instalado en un campo yermo. Es un grupo de puestos, iluminados por luces de hadas y velas que parpadean en las manos de la gente mientras caminan. Todo es mágico.

Alex se inclina hacia mí y pone sus labios contra mi oído.

—Entonces, ¿esto cuenta como barrer el piso contigo?

—Absolutamente —casi jadeo.

Luego me besa el cuello. Mis preocupaciones se disuelven en el éter. Somos una buena pareja.

-

Fancy y el carruaje nos dan una vuelta alrededor del campo, y luego nuestro paseo termina. Alex y yo deambulamos por los puestos, mirando las diferentes mercancías de antaño. Velas y jabones artesanales, joyas de fantasía y pinturas antiguas, además de algunos alimentos vintage. Me encantaría una pierna de pavo, pero no parece un bocado apropiado para una cita.

Un viejo puesto de mantequilla llama su atención, y me imagino que en realidad es la mujer voluptuosa en traje de época la que realmente lo tiene hipnotizado. Su escote se derrama hacia arriba y casi sale de su corpiño. Ella lo mira y sonrío, pero yo observo la mirada de Alex. Está fija en la mantequilla.

—No tenía idea de que así es como se hace la mantequilla.

—Me imagino que es un poco diferente a escala industrial.

Había pequeñas ollas de cerámica y pan moreno para probar, y Alex tomó una muestra, la untó con la mantequilla fresca y la sostuvo frente a mis labios.

—¿Quieres probar?

—Sí.

El pan y la mantequilla eran una combinación perfecta.

—Oh, debes probarlo.

Unto un trozo para él y se lo ofrezco. Toma el pan de mis dedos, luego astutamente lame la punta. La sensación me da escalofríos.

—Delicioso.

No tardamos mucho en ver todo en el pequeño festival. Alex me compra una vela de lavanda, y yo le compro una barra de jabón de madera de cedro. Se inclina cerca y pregunta:

—¿Es para ti o para mí?

—¿Qué quieres decir?

—Para que huela bien para ti.

Niego con la cabeza.

—Creo que el aroma te quedará bien.

Me acerca y dice:

—Cómpralo solo si te va a gustar. Quiero que me desees.

Luego, me toma en sus brazos y presiona sus labios contra los míos con fuerza. Mi corazón late en mis oídos y mi cuerpo cobra vida. Es todo lo que puedo hacer para no arrastrarlo fuera del festival y tener mi camino bestial con él. Estoy sin aliento cuando pregunta:

—Entonces, ¿funcionará ese jabón?

—Mm, ¿qué?

—Para mis propósitos —se pone de pie y sonrío con suficiencia—. ¿Es la madera de cedro la clave?

—Creo que funcionará muy bien.

—Excelente. ¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta—. O podríamos ir a mi lugar. Estoy

bien abastecido de palitos de mozzarella congelados.

Me río.

—Eso podría ser un poco anacrónico.

—Supongo que sería de mal gusto, ¿eh? Entonces tal vez debería llevarte a comer pollo asado y cólera.

Suelto una risa por la nariz y él se ríe de mí. Declaro:

—En realidad, ahora quiero absolutamente palitos de mozzarella.

—Mi coche está por aquí.

-

Capítulo Veinticuatro

Alex

El viaje nos lleva fuera del centro de Rockville, pero aun así es un trayecto corto. Rockville es un pueblo pequeño. Mi casa es de una sola planta, sin porche y con techo puntiagudo. Le digo, casi como una disculpa:

—Es pequeña —Su casa debe tener unos cien metros cuadrados más que la mía y me siento extraño por eso—. Pero paso la mayor parte del tiempo en la estación, así que nunca he necesitado mucho.

Aparco en el camino de grava y le abro la puerta del coche, esperando continuar con la velada galante. Tomo su mano y la sostengo mientras caminamos hacia la entrada. Admito en un murmullo:

—No he traído a nadie aquí en mucho tiempo.

En el momento antes de entrar, me pregunto si estará imaginando una pesadilla de desastres de soltero en el interior. Pero una vez dentro, lo peor de mi casa es que está casi vacía. Parece casi un piso amueblado de alquiler. Solo hay una foto en la pared; un retrato familiar de la pequeña familia de Alyssa. Es innegablemente dulce: están en pijama frente a su chimenea. Lo mejor de todo es que yo sabía que a Alyssa siempre le habían desagradado las chimeneas, pero Grant la hace sentir lo suficientemente segura como para tener una en su hogar.

Le quito la chaqueta y la cuelgo. Luego voy a la cocina y pregunto:

—Entonces, ¿palitos de mozzarella?

Me ha seguido hasta allí. Estoy frente a la puerta abierta del congelador. Hay algo que me atrae hacia ella, pero no quiero abusar de mi suerte. Sé cómo es ella respecto al sexo y no voy a apresurarnos tan pronto después de haber vuelto a estar juntos. Pero su voz es baja y ronca:

—No tengo hambre de queso ahora mismo.

Al instante, levanto las cejas mientras la miro y cierro la puerta del congelador.

—¿Ah, no?

Ella extiende la mano y toma las mías.

—Eres todo un caballero, Alexander Whitmore.

—¿Lo soy?

Ella asiente lentamente.

—Eres considerado.

—¿Quién? ¿Yo?

Una sonrisa se dibuja en la comisura de su boca.

—Y esta noche me has dejado absolutamente impresionada.

—Todavía no —gruño. Entonces, la tomo en mis brazos y la llevo por la casa hasta mi dormitorio, donde la arrojo sobre la cama.

Ella rebota y se ríe. Cuando me subo a la cama, comienza:

—Alex...

Y entro en pánico.

—Espera —me detengo en seco—. ¿Es esto lo que quieres?

Ella agarra mi cuello y me atrae hacia sí. Quiere esto, lo sé. Pero tengo miedo de que me odie por ello. Y no sé cómo evitar enamorarme aún más de ella en este momento. Presiono mis labios contra los suyos y la tomo en mis brazos. Raina me empuja hacia atrás y dice:

—He estado deseando esto toda mi vida.

Algo en mí finalmente se relaja, antes de besarla de nuevo. Ella se acuesta y me observa. Con cuidado me arrodillo, luego cautelosamente me quito el suéter por encima de la cabeza. Hay moretones y otras heridas en mi pecho y a lo largo de mis costillas, y ella parece tanto fascinada como asustada por ellos. Pero extiende la mano y los explora con sus dedos. Observo cómo me toca, pero luego hago una mueca de dolor. Su mano se aparta bruscamente y murmura:

—Lo siento.

—Nunca te disculpes por tocarme —Tomo sus manos, las beso y luego las sujeto sobre la almohada bajo su cabeza. Ella está debajo de mí, y anhelé esa sensación durante tanto tiempo que me dejo llevar por ella. La beso bruscamente y mis manos exploran su cuerpo.

Cuando acaricio sus pechos por encima de la blusa, ella gime:

—Alex.

Me encanta oírle decir mi nombre así y su nombre sale como vapor de mis labios mientras beso su cuello. Luego me siento y le doy espacio para maniobrar con su ropa. Observo cómo arroja su blusa a algún lugar. Entonces, me inclino hacia adelante y beso la parte superior de sus pechos, mientras trabajo en el broche de su sujetador de encaje color crema.

Me sorprenden las diferencias entre ahora y las últimas veces. Nuestras otras veces juntos fueron casi un ensayo. Esto es lo real.

Ella se retuerce para quitarse los vaqueros y yo observo, absolutamente fascinado. Luego me pongo de pie, y ella mira mientras me quito los míos. Estoy desnudo y excitado, cautivado por su deseo por mí. Antes de que se quite las bragas, niego con la cabeza. Tengo otra cosa en mente. Me subo a la cama de nuevo y me coloco entre sus muslos.

Beso sus suaves muslos internos y observo sus ojos, mientras la toco por encima de sus bragas de encaje color crema para la noche especial. Ligeramente, al principio. El encaje apenas se nota. Pero luego presiono firmemente contra ella, sobre sus bragas, en largos movimientos sobre su sexo. Ella jadea:

—¿Qué estás haciendo?

—Viendo cómo bailas para mí.

Ella está temblando y su voz es entrecortada, pero dice:

—Te quiero ahora.

Deslizo un dedo bajo el encaje y dentro de ella. La cabeza de Raina se hunde en la almohada

y agarra el edredón con los puños apretados. Curvo mi dedo hacia arriba en una enloquecedora búsqueda de ese punto. Cuando lo encuentro, sus piernas se cierran. Entonces, la beso por encima de sus bragas.

No es exactamente un movimiento de mordida, pero casi. Uso mi barbilla para presionar contra su clítoris sobre el encaje y ella jadea:

—¡Oh, Dios! —Está tan húmeda que puedo saborearla a través del encaje. Su calor en mi piel y mi miembro contra mi edredón, es la mejor y peor provocación de mi vida. Lo quiero para siempre, y necesito que se intensifique ahora mismo. Susurro—: No puedo soportar esto más.

—¿Qué pasa? —dice ella con voz chillona.

—Esto —Aparto mi mano, luego le arranco las bragas como si no fueran nada. La lamo por todas partes, antes de succionar mi boca alrededor de su clítoris. Mi lengua se balancea de lado a lado en un movimiento constante.

Su espalda se arquea y mueve sus caderas hacia mi cara. No puede quedarse quieta, y me encanta volverla loca de esta manera. Abandona el edredón y agarra mi pelo en su lugar. Me aparta de ella, pero lucho por un momento. Me estaba divirtiendo dándole placer oral, es una tortura deliciosa para ambos. Está jadeando cuando me dice:

—Alex, hazme el amor.

Es exactamente lo que quería oír de ella. Me arrastro sobre su delicado cuerpo. Pero ella dice:

—Recuéstate.

Lo hago, y ella decide tomarse su tiempo también. Me observa mientras juguetea conmigo. Parece disfrutar de los ligeros estremecimientos mientras me adapto a la sensación de su pequeña mano ahí. Sus uñas me llevan al límite. Me acaricia y finalmente, no puedo soportarlo más. Suplico:

—Raina, por favor.

Entonces, me lame ahí. Un rígido «Oh, Dios mío» sale de mí.

Pero parece que ella tampoco puede soportar esta provocación.

Se sube encima de mí, con cuidado de no molestar mis heridas, apoyando sus manos en la almohada debajo de mí. Sin embargo, cuando está completamente sobre mi cuerpo, tiene una expresión muy extraña en su rostro. Pregunta:

—¿Alex?

—¿Sí?

—¿Estás seguro de esto? ¿Aún puedes desearme después de todo lo que te he hecho?

La miro y lo veo en todo su hermoso rostro. Culpa. Estoy asombrado. Nunca he querido que se sienta así conmigo. Alzo la mano y acuno su mejilla.

—¿Por qué parece sentirte culpable?

—Porque sé que te lastimé cuando te aparté.

La atraigo hacia mí para besarla.

—Lo que haya pasado en el pasado, queda en el pasado.

—Pero no quiero que pienses que esto es todo lo que quiero de ti y que cada vez que nos juntemos, terminemos aquí.

Sonrío a esta maravillosa mujer encima de mí.

—Raina, si quieres que te haga el amor, prométeme que seguirás siendo tú misma en la mañana, y no esa chica asustada que me apartó.

Sus labios se curvan en una sonrisa y dice:

—Lo prometo.

Luego, se inclina para besarme y presiona su cuerpo hacia atrás para recibirme dentro de ella.

Gemimos en la boca del otro. Está tan húmeda y en ese ángulo logro introducir la mitad de mí en ella de una sola vez. Se mece hacia adelante y hacia atrás contra mí, y mi cuerpo se impulsa hacia arriba dentro de ella. Pronto, encajamos perfectamente.

Es como si nuestro sexo fuera el ejemplo perfecto de nuestras vidas juntos. Le tomó algo de tiempo, pero ha descubierto cómo hacer espacio para mí en su corazón.

Su cuerpo me aprieta y me estremezco entre sus muslos. Me levanto para encontrarme con su movimiento, y ella gime mi nombre. Deslizo mis manos sobre su cadera hasta su trasero, y la sostengo con fuerza, tirando de ella hacia arriba y hacia abajo sobre mi dureza. Palpito contra ella y ella tiembla en mis brazos. Mi boca encuentra la suya de nuevo, y las cosas se vuelven febriles entre nosotros. Ella me está dando el fuego de su cuerpo, haciéndolo mío. Mordiendo, mordisqueando, chupando, tratando de no chocar nuestros dientes. Mi corazón late como un purasangre campeón.

Y embisto hacia ella.

Empujo todo mi cuerpo hacia ella, y ella gruñe. No puedo tener suficiente de ella. Como si todo mi cuerpo quisiera consumirla. Está clavada a mi cuerpo, indefensa ante mi deseo, pero es simplemente un reflejo del suyo. Su palpar se convierte en el mío, y ella grita en mi boca cuando su fuego se desata. Me introduzco en ella una y otra vez, avivando su orgasmo una y otra vez. Cada pulso inunda de calor mis huesos. El placer supremo se filtra por cada poro como vapor. Finalmente, su fuego se convierte en brasas ardientes.

La hago rodar sobre su espalda, mi propio fuego aún no extinguido. Embisto constantemente en ella, mi deseo ardiente volviéndolo imprudente. Estoy cerca, más rápido de lo que creía posible. Ella me alcanza y me acuesto sobre ella, besándola salvajemente. Esta vez, estoy demasiado en el momento para preocuparme por aplastarla, y ella recibe todo mi peso. Raina es lo suficientemente fuerte para soportarlo.

Mi parte superior se bloquea firmemente contra ella, mis caderas se sacuden salvajemente, y gruño en su boca mientras el fuego también me consume. Estamos hirviendo, pero ambos queremos más. Los besos de Raina son cosas necesitadas, como si anhelara mis labios. Pasa sus dedos por mi cabello, y saboreo cada momento.

Esos segundos silenciosos y sin aliento que me dicen todo lo que siempre he necesitado saber sobre Raina Groves. Puedo ver su corazón.

Mi cuerpo se relaja y mis músculos finalmente se liberan. Acaricio su mejilla y miro fijamente sus ojos. Nuestra piel está resbaladiza y sudorosa, y todo es glorioso. Eventualmente, me retiro y ruedo sobre mi espalda. Me limpio en el baño, y cuando regreso, apago la luz y la abrazo por detrás bajo las sábanas. La música de sus dulces ronquidos es todo lo que siempre he necesitado. Estoy locamente enamorado de esta mujer.

Capítulo Veinticinco

Raina

Una tos rompe el silencio de la mañana, así que sé que está despierto. Pobrecito. He estado trajinando por su casa, pero no me llevó mucho tiempo. Sus armarios están vacíos, pero al menos tiene libros. Sus estanterías están sobrecargadas con todo tipo de libros, desde ciencias del fuego hasta forenses. Solo tiene un poco de ficción y lo que tiene es principalmente fantasía urbana, lo cual no me esperaba. Le sirvo una taza de café y empiezo a prepararlo como le gusta, pero entonces escucho un alegre:

—Estás aquí.

Me doy la vuelta y veo a Alex. Sus abdominales amoratados han pasado de un violeta intenso a un rojo furioso con bordes amarillentos moteados. Aun así, se ve condenadamente bien, vistiendo solo un pantalón de pijama azul oscuro y una sonrisa. Le devuelvo la expresión y le digo:

—Así es.

—Y estás usando mi camiseta del cuerpo de bomberos.

—¿Está bien?

Se acerca a mí y sus manos envuelven mi cintura.

—Es sexy como el infierno —luego besa mi frente—. ¿Hiciste café?

—Pensé que no te importaría.

Niega con la cabeza y dice:

—Es maravilloso.

—Es una porquería.

—Me refería a que hicieras café —se ríe—. ¿Qué tiene de malo mi café?

—Bebes café basura, señor —le sonrío con picardía.

—Es el mismo que bebemos en el trabajo. Está bien —dice con una sonrisa.

—¿Recuerdas lo bueno que es el café en mi casa?

—Me gusta todo en tu casa.

Su tono casi me hace estremecer. Le digo con firmeza:

—Bueno, si vamos a hacer que esto funcione, habrá momentos en que me quede aquí, y requiero un café mucho mejor que este.

Sus hombros se relajan y la tensión desaparece de su apuesto rostro.

—¿Lo dices en serio, Raina?

—Oh, Dios mío, sí, no puedes esperar que me quede a dormir aquí si esta porquería es con lo que me voy a despertar.

Se ríe, pero luego dice:

—Me refiero a hacer que esto funcione. Nosotros.

Asiento y le sonrío. Mi corazón se hincha cuando admito:

—Ya no tengo miedo, Alex.

Me abraza fuertemente y besa la parte superior de mi cabeza.

—No puedo decirte lo feliz que me hace oír eso.

Su miembro se endurece contra mí y me río.

—Puedo sentir lo feliz que estás de oír eso.

Alex se aparta y se acomoda.

—Lo siento.

—No lo sientas —niego con la cabeza—. Siempre es agradable saber que *él* también está feliz.

—Feliz y adolorido —dice—. Me dejaste agotado.

Me sonrojo y luego sonrío de nuevo.

—Igual yo.

Levanta una ceja.

—Si sigues mirándome así, tendré que reunir a las tropas.

Me río.

—Si quieres que rinda al máximo, primero tendrás que dejarme descansar.

—No me importaría verte en tu peor momento —sus cejas bailan arriba y abajo.

Me río y le doy un golpecito en el hombro.

—Chico malo.

Se encoge de hombros.

—Probablemente sea lo mejor. Yo también podría usar el descanso. Todavía estoy sanando y todo eso. Entonces, ¿qué hay en tu agenda para hoy?

—Necesito ir a casa y revisar a los gatos. Tal vez pueda prepararte un desayuno decente allí, ya que los únicos víveres que tienes son crema, cuatro tipos de cerveza y seis tipos de mostaza. ¿Qué haces con todo eso?

—Me gustan las salchichas.

Resoplo una risa.

—¿Ah, sí?

Pero con cara seria, responde:

—Kielbasa, bratwurst, principalmente embutidos alemanes. Pero sí, probablemente es mi comida favorita. Y la alemana es mi cocina favorita. ¿Y tú?

—Es bueno saberlo. Me gusta la alemana, pero mi favorita probablemente sea la del sur de Estados Unidos —me encojo de hombros—. Me crié con biscuits y gravy.

—Entonces, debería aprender a hacer biscuits y gravy —dice y sonrío—. Y cualquier otra cosa que te guste.

—¿Cocinas? Porque —hago un gesto alrededor de la cocina—, tu casa no lo demuestra.

—Supongo que no he ido de compras en un tiempo. Que te caiga encima un almacén en llamas tiende a retrasar las compras.

Me río.

—Está bien, héroe, puedes usar esa excusa por otra semana antes de que caduque.

—Ooh, ¿tengo toda una semana?

Asiento.

—Y si quieres, puedo hacer las compras por ti.

Sonríe ante mi broma.

—O —toma mi mano entre las tuyas—, podríamos ir juntos.

—Esa sería mi preferencia también —lo beso y me doy cuenta de que podría acostumbrarme a pasar mis días con Alex. Y mis noches. Las primeras horas de la mañana. El brillante crepúsculo... maldición, extraño mis post-its—. Entonces, ¿cuándo me llevarías a casa?

—Ya que el desayuno está en juego, ¿qué tal si nos vestimos ahora?

—¿Hambriento? —pregunto con una sonrisa.

—Muerto de hambre. Había una chica en mi cama anoche y es una fiera.

Me río y me dirijo al dormitorio, pero él me alcanza y me da una palmada en el trasero antes de que llegue.

—Sigue así y no iremos a ninguna parte.

-

—Estoy en casa —les digo a los bebés mientras entramos en mi casa. Dos fuertes maullidos me responden cuando entro.

Alex pronto es asaltado por Carmen, que se entrelaza entre sus piernas. Se ríe:

—Vaya, hola —luego la levanta.

Pasando junto a ellos, noto que sus cajas de arena están sucias. Les sirvo un poco de croquetas en los platos de comida, y Carmen abandona a Alex por el desayuno. Monroe se une a ella, y sonrío a la feliz pareja.

—Eh, ¿Raina? —dice Alex con inquietud. Su tono instantáneamente me preocupa.

Miro y él está en medio de mi cocina, mirando fijamente el refrigerador y la pared contigua. Ambos están cubiertos con mis post-its.

—Así es como planeo mis libros. Tengo un tablero Kanban en mi oficina que está igualmente empapelado. Todos esos son para mi próximo libro.

Señala uno de los grupos de notas, donde he garabateado un largo monólogo, y pregunta:

—¿Esto va a ir allí?

—Probablemente, pero si no, estará en otro. Me gusta mucho. ¿Puedes traerme la arena para gatos? Está en la despensa detrás de la bolsa de comida.

Abre mi despensa y saca la arena para gatos, luego continúa leyendo las notas.

—Eloise. Elizabetta. Penélope.

—Ideas de nombres para la protagonista femenina, la PF. ¿Ayuda?

Mientras me ayuda con las cajas de arena, me pregunta:

—Entonces, cuando empezaste tu último libro, ¿tu casa se veía así? ¿Con papel tapiz extra?

—Peor, en realidad —le digo, mientras guío la apertura de la bolsa—. Todo mi apartamento parecía cubierto de confeti, como el día después de un desfile.

—¿Y los gatos simplemente los dejan en paz?

Asiento.

—Al principio me preocupaba, pero a Monroe solo le interesa la comida, y Carmen sigue su ejemplo.

Cambiamos la caja de arena de Carmen, limpiamos, y luego le pregunto:

—Para el desayuno, puedo ofrecer huevos, tostadas y tocino. Ah, y café mejorado.

Sonríe y dice:

—¿Debería irme para que puedas escribir?

—Mientras no seas una distracción... —miro en el refrigerador buscando comida.

Se acurruca detrás de mí y murmura:

—No puedo hacer tal promesa.

Me río y me lavo las manos mientras él guarda la arena. Hay algo especial en tenerlo cerca para hacer el trabajo pesado. Más que eso, me gusta que esté siendo útil. Es casi como tener a alguien... cerca. Como una pareja.

Su tono ha cambiado cuando dice:

—Entonces, ¿de qué trata este?

Sigo su mirada y siento que mi cara arde al instante. Alex está señalando la nota que dice ALEXANDER. Trago mis nervios y evito sus ojos.

—Bueno, es el nombre del protagonista masculino, el PM.

Dice secamente:

—Espero que sea un buen tipo.

—Está inspirado en ti —admito—. Tómalo como quieras.

—¿Y es él de quien se enamora la PF?

Asiento.

—¿Está basada en ti?

—Todas mis protagonistas femeninas están basadas en mí hasta cierto punto —balbuceo con un encogimiento de hombros—, pero ese es el peligro del oficio cuando escribes sobre lo que conoces.

—Entonces, ¿un personaje que es como tú se enamora de un personaje que es como yo?

Trato de evitar sus ojos, pero él se acerca más a mí. No puedo evitar mirarlo.

—Bueno... sí.

—Entonces, ¿crees que alguien como tú podría enamorarse de alguien como yo?

Mi corazón retumba. Esto es demasiado pronto, ¿no? No lo sé. No estoy segura de haber estado enamorada antes, pero esto se siente demasiado pronto.

Y se siente correcto. ¿Quién hace estas reglas, de todos modos?

—Sí, lo creo —pongo mi mano en su pecho, porque no puedo *no* tocarlo ahora mismo—. Porque ya lo he hecho.

Su apuesto rostro se vuelve más hermoso por su alivio. Alex me atrae hacia él y me besa, tomándome por sorpresa. Cuando rompe el beso, me mira a los ojos y dice:

—Yo también te amo, Raina Groves.

-

Epílogo

Raina

Un año después

Típico de mí elegir un período y un escenario que no conozco. La Alemania medieval. Hay tantas cosas que podría malinterpretar, gracias a cómo se representa en los medios.

¿Debería asegurarme de ser lo más precisa posible? ¿Debería dejar que las cosas estén mal por el bien de la familiaridad del lector con los medios? ¿Debería elevar su conocimiento al nivel de la historia precisa? Después de todo, la lectura no es solo para entretenimiento. También puede ser educativa.

Esa fue parte de la razón por la que elegí Alemania en primer lugar. Quería aprender más sobre el origen de su cocina favorita. Hasta ahora, he aprendido que las salchichas se usaban para enmascarar los cortes de carne cuestionables, como músculo viejo, trozos de cabeza, sangre y vísceras. Aprender sobre comida en mi condición puede hacerme sentir hambrienta o puede tener el efecto contrario.

¿Y quién quiere educación en medio de su apasionado romance?

Monroe maúlla cuando salta sobre mi escritorio. Se está poniendo un poco gris en los bigotes estos días, pero no es como si alguno de nosotros se estuviera haciendo más joven. —Hola, pequeño —suspiro y lo atraigo a mis brazos. Le doy un beso en la cabeza—. ¿No te estás metiendo en problemas, verdad?

Me acaricia el cuello y luego se acomoda. Estaba en lo suyo otra vez con Carmen esta mañana, correteando y jugando. Pero ahora está bostezando y suspirando. Se cansa rápidamente. Para ser justos, yo también.

—¡Oye, cariño! —se escucha un grito desde la sala de estar.

Respondo:

—¿Sí, mi amor?

—¿Quizás deberías tomar un descanso? Han pasado cinco horas.

Pongo los ojos en blanco. Siempre piensa que ha pasado más tiempo del que realmente ha transcurrido, y oh. Mierda. Esta vez tiene razón.

Me apoyo en el brazo de la nueva silla ergonómica que fue un regalo de mi esposo y me levanto arduamente, manteniendo a Monroe en un brazo. Paso junto a las cajas apiladas en el pasillo, y Monroe salta hacia la pila. La sala de estar está llena de aún más pilas de cajas etiquetadas para sus habitaciones de destino. Pronto estaremos listos para mudarnos a la nueva casa.

Dos mudanzas en dos años. Pongo los ojos en blanco ante mí misma. Pero las cosas cambian

tan rápido cuando estás enamorada.

En el centro de la habitación donde antes estaba mi mesa de café, mi esposo está de pie sobre otra caja. Esta es especial, sin embargo. Sin etiquetar y chillando.

Se ha dedicado a acoger gatos, y la última estaba embarazada, así que ahora somos anfitriones de una fiesta de gatitos. Son adorables, por supuesto, los ocho. Dos negros, tres con calcetines, y los otros tres son calicós. Me hacen sonreír cada vez que miro en la caja. Pero ya no puedo agacharme para verlos. Mi barriga me lo impide.

—Hola —dice Alex cuando me ve. Me acerco tambaleándome y él me planta un beso en la parte superior de la cabeza—. Tienes que tomar descansos más frecuentes. Recuerda lo que dijo el médico sobre la hinchazón de tus tobillos.

—Lo sé —suspiro.

Él toma su mano libre y la posa sobre mi vientre. Cada vez que lo hace, pone la expresión más desconcertada en su rostro y me encanta. —¿Cómo están mis niñas?

—Podrían ser niños, ¿sabes?

Alex sacude la cabeza y dice:

—No. Estoy seguro de que serán un par de hermanas. Y si quieres, podemos usar algunos de los nombres de la época de la Regencia que tanto te gustan.

Le sonrío. —Te amo, y eso es muy dulce. Todavía no me he decidido por ningún nombre que me guste.

—Solo desearía que el médico pudiera decirnos los géneros a estas alturas.

Me encojo de hombros. —¿Es realmente tan importante?

—¿Cómo voy a pintar la habitación del bebé antes de que nos mudemos si no sé los géneros?

—¿Qué tal un jardín?

Él sonríe y piensa. —¿A qué te refieres?

—Podríamos tener flores en la pared, en lugar de solo un color particular en las paredes. Podríamos usar esos apliques de pared sobre un fondo blanco. Ciertamente más fácil que pintar las flores. Los móviles pueden ser mariposas o pájaros...

Alex se ríe. —¿Y si son niños?

Frunzo el ceño. —¿Y qué si lo son?

—¿Flores para niños?

—¿No pueden ser jardineros?

Él pone los ojos en blanco consigo mismo y luego dice:

—Sí, por supuesto. No sé en qué estaba pensando —Me besa.

—¿Dónde está Carmen? No la he visto por aquí.

—Escondiéndose de nuevo.

—¿Todavía no le gustan los gatitos?

—Aún no se ha acostumbrado a ellos —dice sacudiendo la cabeza.

Me río y miro dentro de la caja. La gata madre de pelo largo y negra está acostada de lado, mientras los gatitos se acercan para amamantar. Me inclino y le doy una caricia. —Pobre mamá.

—¿No estás contenta de no ser una gata? —bromea Alex.

—Bien podría serlo. Me has dado una camada.

Él se ríe. —Oye, esto son solo gemelos. Mis primos son trillizos. Da gracias a tu buena estrella.

—Tal vez nuestra suerte debería influir en sus nombres.

Alex bromea: —Lucky Whitmore tiene cierto encanto.

—Hmm —pienso sobre el nombre y me pregunto en voz alta—: ¿Para una niña o un niño?

—Cualquiera de los dos.

—Creo que me gusta.

Él respira profundamente, luego me rodea con sus brazos por detrás. —¿Cuáles son las probabilidades?

—Sabes, Chance Whitmore también tiene su encanto.

—Hmm —reflexiona—. ¿Niño o niña?

—Cualquiera de los dos.

—Lucky y Chance. Creo que es perfecto.

Miro hacia abajo a mi estómago y les digo: —¿Lucky? ¿Chance? ¿Qué piensan?

Hay una pequeña patada y espero que no estén peleando por cuál es cuál. —Creo que les gusta. Siente —Coloco su mano plana sobre mi vientre.

—Oh, creo que sí les gusta.

Suspiro y siento su amor rodeándome. Me apoyo en su hombro y le digo: —Ahora faltan los segundos nombres.

* * *

Si te encanta un romance enemigo-a-amante con mucho fuego, no querrás perderte la historia de Trisha en *Adelanto de Guerra entre vecinos*. ¡Disponible en Kindle Unlimited hoy mismo!" 🔥📖 <https://readerlinks.com/l/4588586>

Capítulo 26

Adelanto de Guerra entre Vecinos

—¡Empecé a leerlo y no pude dejarlo! Reseña

Dos solteros. Un pueblo pequeño. Ambos son PROBLEMAS.

Y tienen el descaro de pensar que pueden mandarme.

Guerra entre vecinos es un ardiente romance contemporáneo de triángulo amoroso. Cuando Perry Logan, un veterano problemático y recientemente dado de baja, se muda al pueblo, hace saltar chispas con su vecina Trisha, tanto buenas como malas. Mientras lucha por adaptarse después de una amputación, descubre que la vida en su nuevo pueblo tiene muchos giros inesperados. Trisha es fuerte y descarada, pero se encuentra enredada con dos de los solteros del pueblo. No te preocupes, este es un libro independiente con final feliz.

Aviso de contenido sensible: Este libro contiene temas que podrían ser perturbadores para algunas personas: TEPT, amputación, un acosador y una escena de pelea entre dos hombres.

+++

Era mi mañana para dormir hasta tarde, pero mis ojos se abren de golpe al escuchar el ladrido de un perro. Es un sonido desagradable.

No es que sea inusual para mí escuchar ladridos. Soy veterinaria, así que los ladridos son parte de mi vida en la oficina, pero no en casa. En raras ocasiones he escuchado aullidos distantes de perros de caza en el bosque detrás de mi casa. Pero esto no es distante. Suena como si viniera de mi porche delantero.

Me siento. Hay humedad; ya puedo sentir mi pelo encrespándose. Los ladridos continúan. Definitivamente es un perro, no un coyote o un lobo, y suena amistoso, juguetón. Sin embargo, agarro una escoba antes de dirigirme hacia la puerta principal.

Mi antigua casa de campo es bastante grande. La conseguí barata de una pareja mayor que se mudaba a Florida. Es de antes de la Guerra Civil, que la pareja renovó en los ochenta. Eran adorables y estaban muy emocionados por mudarse. Con orgullo me mostraron la propiedad. —Solía haber un granero allí—, me dijo la esposa mientras me mostraba el extenso patio trasero. Recuerdo haberme enamorado de la casa al instante, a pesar de todo el trabajo que necesitaba.

Ahora, mientras bajo por las estrechas escaleras, maldigo los crujidos que aún no he arreglado; el perro afuera los escucha y se queda en silencio.

Me deslizo por el suelo de madera hasta la ventana de mi puerta principal y echo un vistazo. Efectivamente, hay un perro —tal vez un cachorro— parado en mi porche delantero, con la cabeza ladeada tanto que corre el riesgo de caerse, inmóvil como una piedra.

Alcanzo el pomo de la puerta con cautela. La cola del perro comienza a menearse. Arriba —bien. Este es un perro amistoso.

Abro la puerta con cuidado, y el perro estalla en un ataque de ladridos antes de bajar corriendo los escalones de mi porche y dar vueltas por mi jardín en un amplio círculo.

Este perro tiene tanta energía. Da unas cuantas vueltas antes de volver corriendo a mi porche y detenerse frente a mí, con la cola aún meneándose ansiosamente y salpicando lodo por todas partes. Está sucio. Sé que llovió anoche —me quedé dormida con el sonido de la lluvia— y por su aspecto, este perro estuvo afuera durante horas.

—Está bien —suspiro—. Sígueme.

Las orejas del perro se levantan. Cuando salgo de mi porche, me sigue obedientemente. Lo llevo alrededor del costado de la casa hasta donde guardo la manguera.

—Te voy a dejar entrar, pero necesitas quitarte todo ese lodo —Alcanzo el collar del perro. No tiene uno; por supuesto. La cola del perro se menea más fuerte que nunca cuando mis dedos rozan su pelaje.

Espera mientras desenrollo la manguera y abro el grifo, pero tan pronto como le doy unas pruebas experimentales al rociador, se vuelve loco; el perro inmediatamente corre hacia el chorro de agua, ladrando de alegría.

Logro agarrarlo por el pellejo del cuello para rociarlo adecuadamente. —Eres una chica —digo una vez que le quito el lodo de la parte trasera—. Bueno saberlo.

Una vez que estoy segura de que está lo suficientemente limpia, la llevo de vuelta a mi porche delantero y la dejo entrar en mi casa. Inmediatamente sale disparada por el corto pasillo.

—Mis pisos —suspiro mientras sus garras los arañan. Silbo; ella regresa disparada desde la cocina, con la lengua colgando de su boca. Tiene orejas de pastor alemán, pero su hocico es más pequeño que el de un pastor; ¿tal vez border collie? Definitivamente es algún tipo de mezcla. La llevo al baño de la planta baja y doy una palmada al lado de la bañera. Ella salta ansiosamente.

—Bueno, ciertamente eres inteligente —Su cola se menea en respuesta.

Agarro un poco de champú para perros de repuesto y abro el agua para darle un baño apropiado, realmente sacando el lodo de su pelaje. Es de color marrón oscuro y negro con pequeñas marcas color canela sobre sus ojos como cejas. Le froto las orejas cuando la enjuago, y su pata trasera golpea rítmicamente.

—¿No eres una dulzura? —le arrullo, y ella me lame la mano.

Consigo una toalla para secarla y la dejo correr un poco por mi casa mientras me dirijo a la cocina. Se detiene ocasionalmente para olfatear algo o sacudirse más agua del pelaje. Todo en mi casa queda salpicado de gotas de agua.

No tengo citas temprano hoy; se supone que no debo ir hasta el mediodía. Emily y Hannah tienen todo bajo control esta mañana. Puedo permitirme pasar un rato antes de ir a la oficina; además, la perra se ha acurrucado en forma de rosquilla soñolienta en la alfombra de mi sala de estar.

Me preparo una taza de café y salgo al porche delantero, donde me quedo flotando y entrecierro los ojos para mirar el jardín. La hierba está creciendo de nuevo; puede que necesite llamar a los Wilson y pedirle a su hijo que la corte pronto. Podría cortarla yo misma, supongo, pero él es un buen chico. Se merece el dinero.

La alarma de mi teléfono suena en el bolsillo de mi bata. Lo saco para silenciarla. Mi momento tranquilo a solas ha terminado; es hora de prepararme para el trabajo.

Entro para deslizar mi taza de café vacía hacia el fregadero, me pongo el uniforme y me recojo el pelo rojo y grueso en una coleta antes de agarrar mis llaves. Ya no me molesto en maquillarme; solía hacerlo, pero forcejear con una vaca herida bajo el calor de Carolina del Sur tiende a derretir esas cosas.

La perra se despierta, sus orejas se levantan al oír el tintineo de mis llaves. —¿Quieres dar un paseo? —le pregunto, y ella salta, moviendo la cola. Definitivamente es el perro perdido de alguien, y puede que tenga un chip.

Vierto el resto del café en un vaso de viaje y saco unas salchichas de la nevera para la perrita. —Vamos, chica; vámonos.

Ni siquiera tengo que usar las salchichas para convencerla de entrar en el coche, pero le doy una de todos modos una vez que me acomodo.

—Es hora de llevarte de vuelta a casa —le digo.

Si te encanta un romance enemigo-a-amante con mucho fuego, no querrás perderte la historia de Trisha en *Adelanto de Guerra entre vecinos*. ¡Disponible en Kindle Unlimited hoy mismo!" 🔥📖 <https://readerlinks.com/1/4588586>